

LOS ORÍGENES

El territorio que hoy llamamos América comprende dos enormes masas continentales unidas por un estrecho corredor terrestre y un conjunto de islas y archipiélagos vecinos a sus costas. Su nombre actual y su unidad geográfica se deben a los europeos, que la invadieron a fines del siglo XV. Fueron también esos invasores quienes extendieron a todos sus pobladores el nombre de «indios» que les asignó Cristóbal Colón en 1492, convencido de haber llegado a las Indias. En ese tiempo, ni este territorio era América ni sus pobladores eran indios.

Raúl Mandrini, 2013.

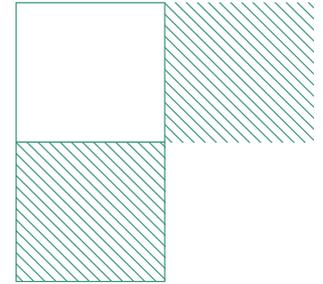
Por diversas razones, el estudio de las sociedades antiguas americanas ha sido abordado —desde fines del siglo XIX— mayoritariamente por la Antropología y la Arqueología, que por la Historia. Debido, tal vez, a la concepción tradicional de que la historia habría comenzado con la escritura y al hecho de que casi la totalidad de los pueblos americanos antiguos fueron ágrafos (o que las formas de escritura no fueran reconocidas como tales), los historiadores generalmente ignoran el tratamiento de las sociedades americanas antiguas como un área de su disciplina. Si lo hacen, algunos establecen recortes muy incompletos para dar cuenta de ellas, con denominaciones estereotipadas, como «pueblos primitivos» —conceptualización asociada a cierto tipo de barbarie—, como aborígenes o culturas autóctonas o en el mejor de los casos, sólo algunas de estas sociedades son tomadas en consideración, sobre todo, aquellas que, para Occidente, han sido «capaces» de construir «grandes civilizaciones». Así reducen 20 000 años de historia a la mera descripción de mayas, aztecas e inkas.

El Positivismo decimonónico clasificó a las sociedades y a las personas en aptos y menos aptos y, con la misma matriz ideológica, redujo el estudio de las sociedades antiguas al ámbito de las Ciencias Naturales, y condenaron a la cosificación a millones de personas que eran contempladas como objetos exóticos en vitrinas de museos junto a rocas, plantas o animales embalsamados. Esta exposición despersonalizante del otro, se complementó con la exclusión de la «Historia Universal» de todos los pueblos no europeos (habría que pensar qué es lo universal), y se delimitó su estudio al campo del conocimiento de las disciplinas antes mencionadas. Si bien el aporte de estas ha sido y es extraordinario, la historia no puede desentenderse de esta cuestión, por lo que debe sumarse a esa labor como una disciplina más, desde su especificidad, para recuperar una Historia ignorada por la historia misma. Recuperar ese pasado, afirmar la historicidad de los Antiguos y de las sociedades que ellos construyeron, considerarlos parte del pasado común, sacarlos de la curiosidad de las vitrinas y visibilizarlos en el relato histórico, constituye —como dice Raúl Mandrini (2008)— un acto de justicia en tanto significa reintegrar a estos pueblos y sociedades en la historia, ya que, si bien fueron expulsados de sus tierras por los conquistadores europeos, también fueron expulsados de la historia por quienes estudian el pasado a partir de categorizaciones y matrices ideológico-culturales eurocéntricas.

Los usurpadores de la memoria cultivan el olvido, y así, la conquista continúa complementando el genocidio del pasado con el etnocidio cultural del presente por medio de un relato histórico euro-criollo que abona la ignorancia o el desprecio de lo propio y la admiración de lo ajeno con quien se referencia. En esta consideración, la Historia Antigua se limita solo al Oriente y al mar Mediterráneo, pues el origen de la Civilización es la cultura clásica y el resto, apenas una geografía donde curiosamente han surgido «grandes civilizaciones», así catalogadas por comparación con las «civilizaciones referentes», ante las cuales les señalan como «limitación» no conocer la rueda, la escritura o el arado, sin considerar la particularidad de sus construcciones culturales, la originalidad de su cosmovisión y en muchos casos, sin visibilizar la vigencia de su identidad tan próxima y tan presente.

Así lo expresó el inolvidable Eduardo Galeano:

La historia oficial nos invita a visitar un museo de momias. Así, no hay peligro: se puede estudiar a los indios que murieron hace siglos y a la vez se puede despreciar o ignorar a los indios que viven ahora. Se puede admirar las ruinas portentosas de los templos de la antigüedad, mientras se asiste de brazos cruzados al envenenamiento de los ríos y el arrasamiento de los bosques donde los indios tienen morada en la actualidad (Galeano, 1992).



Dado que se trata de un proceso social de más de 20 000 años que abarcó un continente, se debe realizar un recorte abrupto que dejará a un lado tiempos y espacios. Pero a pesar de ello, el objetivo es brindar una pequeña aproximación a la complejidad social que tuvo, y por tanto tiene América.

En cuanto a la cuestión espacial, se hará foco en dos regiones: Mesoamérica (que incluye los actuales países de México, Belice, Guatemala y Honduras) y Andes Centrales (actuales Perú y Bolivia). Su historia, dada su extensión y con fines prácticos, será organizada de acuerdo con los siguientes momentos. Al desarrollarlos, la cronología de los primeros dos momentos será expresada en edades Antes del Presente (AP). Mientras que, en los subsiguientes, se pasará a la convención calendárica antes de Cristo (a. C.) y después de Cristo (d. C.). El cambio de convención está dado por la posibilidad de calibración de las edades radiocarbónicas:

Paleoindio: 20 000 años AP a 10 000 años AP

Ingreso de oleadas de grupos de cazadores-recolectores al continente durante la última era glacial. Cambio del Período geológico Pleistoceno al Holoceno.

Arcaico: 10 000 años AP a 3000 años AP

Sociedades cazadoras recolectoras. Inicio de la domesticación de animales y plantas. Surgimiento de las primeras sociedades aldeanas.

Período Formativo: 3000 años AP a 1700 AP

Surgimiento de los primeros Centros Ceremoniales y las primeras sociedades semiurbanas, en convivencia con sociedades aldeanas.

Período Clásico: 1700 años AP a 1100 años AP

Formación de grandes centros urbanos. Integraciones regionales económicas, políticas y culturales.

Período Postclásico: 1100 años AP a 500 AP

Desarrollos Regionales de organizaciones estatales centralizadas políticamente en grandes extensiones territoriales. Conquista europea.



Cabe aclarar que este recorte temporal no constituye una descripción lineal ni «evolutiva» de la multiplicidad de sociedades antiguas americanas que, a lo largo de los tiempos vivieron, interactuaron, confrontaron y forjaron identidades, que luego se resignificaron y se reconstruyeron en las diferentes etapas de estos 20 000 años de historia. Este recorte, pretende ordenar el estudio en el tiempo, a partir de algunas generalidades para nada estáticas, porque las sociedades fueron y son diversas y en tanto unas llegaron a ser grandes centros urbanos o imponentes formas estatales, otras continuaron siendo semiurbanas o nunca dejaron de ser aldeanas o cazadoras-recolectoras hasta bien entrado el siglo XX, como por ejemplo, algunas comunidades amazónicas en la actualidad.

DEL POBLAMIENTO DE AMÉRICA A LA DOMESTICACIÓN DE PLANTAS Y ANIMALES

Buena parte de los investigadores acuerdan en que, en plena época glacial (probablemente hace unos 20 000 años), pequeños grupos de cazadores atravesaron sin saberlo, las tierras de Beringia (actual estrecho de Bering), que, entonces, era un corredor terrestre que unía el extremo oriental de Asia con América, y fueron ocupando, poco a poco, el espacio americano, desde el Norte al Sur. Ahora bien, si esa fue la única ruta de ingreso y sobre el cuándo de ese primer poblamiento, existen posiciones encontradas que tienen en cuenta no solo los hallazgos arqueológicos, sino los lapsos en que pudo haber corredores libres de hielo en el noroeste de los Estados Unidos. Sin embargo, hay otras propuestas que plantean una posible ruta marítima de acceso por la cual no habría sido necesario que existieran esos corredores libres de hielo.

Sobre las rutas de ingreso al continente, fue el antropólogo checo-estadounidense Alex Hrdlicka (1869-1943), quien formuló en Estados Unidos en 1908, la teoría según la cual migrantes emparentados biológicamente con la población mongoloide asiática fueron quienes ingresaron por Beringia y dieron origen al poblamiento americano. Sin embargo, también se han propuesto otras teorías —hoy bastante desacreditadas— de posibles vías de arribo al continente americano, como por ejemplo, el ingreso transpacífico, es decir, a través del Océano Pacífico, expuesta por el etnógrafo francés Paul Rivet (1876-1958). Propuso un origen multirracial para la población americana, con aportes de corrientes poblacionales de origen melanesio y polinesio que habrían cruzado el océano (por hallazgos en las islas Fiji). Otra de estas teorías fue desarrollada por el antropólogo portugués Mendes Correa (1888-1960) quien —aunque con escasos testimonios—, sostuvo una posible ruta de arribo americano desde Australia, cruzando partes de la Antártida.

Con respecto a la antigüedad del hombre en América, las posiciones más conservadoras —basadas en evidencias específicas del ámbito norteamericano como las puntas de proyectiles Folsom y Clovis— aceptan antigüedades máximas de 13 000 a 12 000 años AP, pero varios sitios de Chile (como Cueva Lago Sofía o Cueva Fell) y de la Argentina (como Inca Cueva, en Jujuy, o Piedra Museo, en Santa Cruz) muestran fechados con un sincronismo demasiado ajustado al norteamericano para ser aceptado como definitivo.

Posiciones más extremas, basadas en evidencias arqueológicas del ámbito sudamericano (cuestionadas por los investigadores norteamericanos), plantean



fechados próximos a los 20 000 años AP (Monte Verde, Chile) o a los 40 000 AP (Pedra Furada, Brasil). Frente a estos extremos, una estimación prudente, que tenga en cuenta los cambios ambientales que se observaron hacia fines del Pleistoceno, sería considerar probable que el ingreso de los primeros grupos humanos a América se produjo entre los 20 000 y 15 000 años AP.

Las condiciones ambientales del continente en esos tiempos eran muy diferentes de la actualidad, porque los glaciares cubrían los Andes, por lo que el avance de estos cazadores hacia el sur del continente tiene que haber sido lento y, de ninguna manera lineal, sino que debieron haber seguido más de una vía. Desde Bering, siguiendo el corredor al este de las montañas Rocallosas, donde las condiciones habrán sido menos frías, habrían alcanzado primero las estepas herbáceas de América del Norte, donde el clima benigno concentró a los grandes herbívoros. Otros investigadores suponen que descendieron por la costa del Pacífico de América del Norte, al parecer, libre de hielo y aprovechable de recursos marinos.

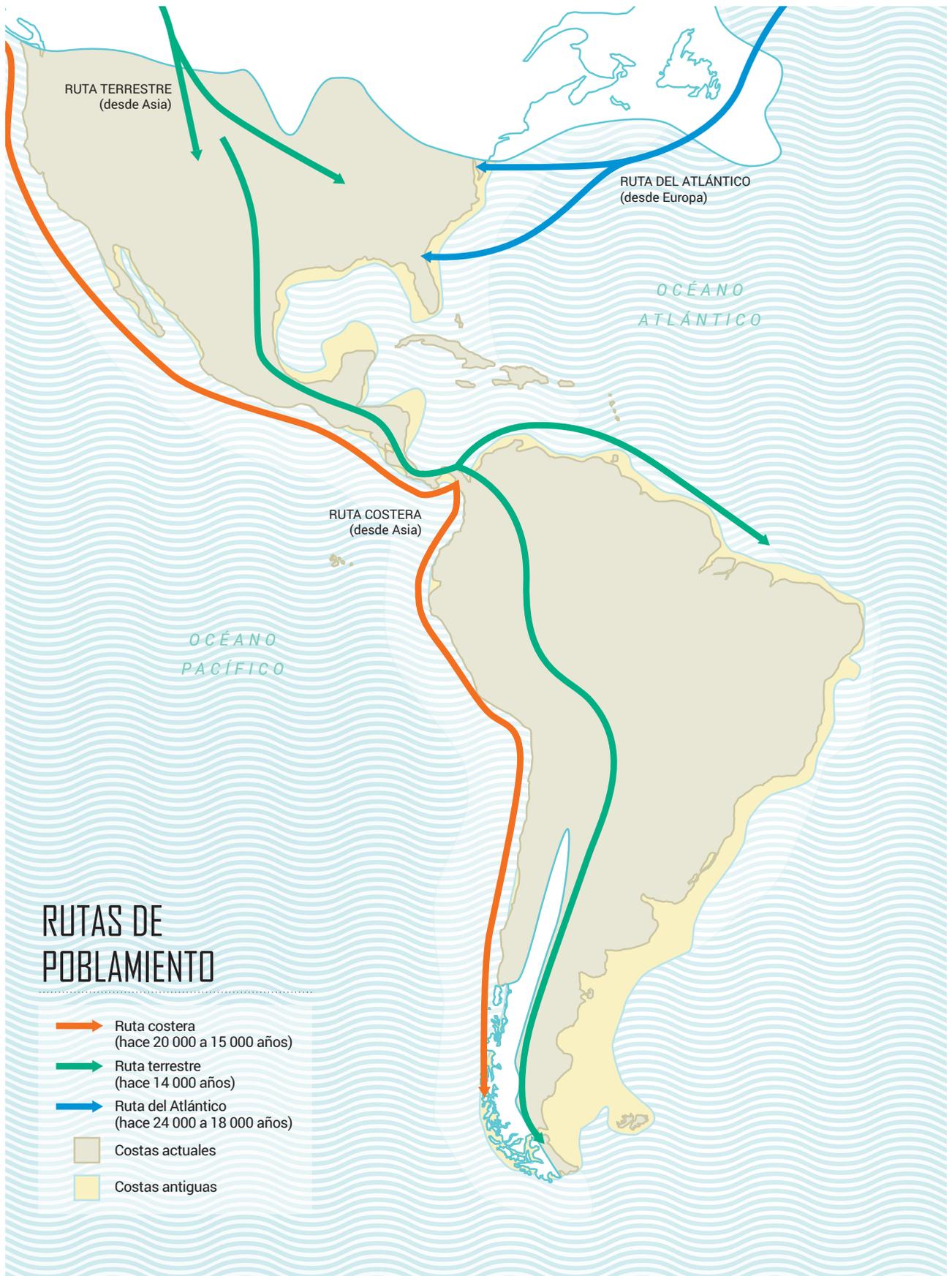
Quienes siguieron camino al Sur por América Central hasta Sudamérica dejaron evidencias de su paso temprano por territorio próximo mexicano, como las puntas Clovis y Folsom (13 000 a 12 000 AP), halladas en Nuevo México (sur de Estados Unidos), en 1932 y 1937; los hallazgos en Itzapan y Zacoalco (13 000 a 12 000 AP), en México, o la polémica datación de las herramientas halladas en Hueyatlaco, Puebla (México).

Si bien las evidencias no abundan en territorio centroamericano, al ingresar en América del Sur —a juzgar por los restos hallados— estos cazadores habrían tomado dos direcciones: unos descendieron por el oeste; otros, por el este.

Unos siguieron por el corredor andino y se desplazaron por los actuales territorios de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina, como lo demuestran los yacimientos de Tequendama (11 000 AP) y Sueva (10 090 AP), en Colombia; la Cueva Negra de Chobshi (10 000 AP), Cubilán (10 500 AP) y El Inga (11 000), en Ecuador; Pikimachay (14 000 AP) y Panalauca (10 000 AP), en Perú; Viscachani (12 000 AP), en Bolivia; Inca Cueva (10 000 AP) y Agua de Cueva (10 900 AP), en Argentina y Monte Verde (14 000 AP), Cueva del Milodón (12 000 AP), en Chile.

Otros se desplazaron hacia el este por el actual territorio venezolano y hacia el Sur, por el Macizo de Brasilia hasta el área amazónica guaraní, los llanos chaco-pampeanos y, por ellos, cruzaron la región pampeana hasta el área patagónica fueguina sudamericana, como lo indican los yacimientos de Taima Taima (13 000 AP), en Venezuela; Pedra Furada (20 000 AP), en Brasil; Mataojo (10 000 AP), Salto, en Uruguay; Cerro La China (11 600 AP) y Cerro El Sombrero (10 800 AP), en Buenos Aires, Argentina; y Los Toldos 3 (12 600 AP) y Piedra Museo 5 (12 800 AP), en Santa Cruz, Argentina.

Son numerosos los yacimientos que atestiguan la presencia humana desde tiempos próximos o anteriores a los 12 000 años AP en territorio Centro y Sudamericano, pese a la resistencia con que los investigadores estadounidenses defienden la hipótesis Clovis Primero (a la que consideran la primera cultura americana) y relativizan o ponen en duda la antigüedad de otros hallazgos que cuestionan dicha hipótesis, con argumentaciones más cercanas a la geopolítica que a la ciencia, sobre todo, si los datos provienen de América del Sur. Pero el reconocimiento formal en 1997 de la antigüedad del sitio de Monte Verde en Chile, cuya excavación estuvo a cargo de Thomas Dillehay, ha forzado a reconsiderar





la antigüedad del arribo del hombre a América que como se dijo antes, debió producirse entre los 20 000 y 15 000 años AP, lapso que estaría más acorde a las dataciones que dan cuenta del avance gradual de ocupación del espacio.

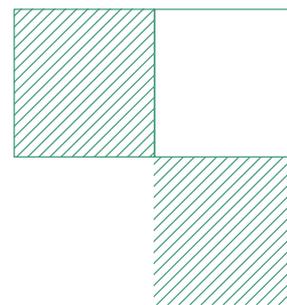
Esta etapa inicial de la historia del poblamiento de América, ha sido llamada «Paleoindio», término originado en América del Norte que equivaldría a la etapa final del Paleolítico Superior, recorte temporal pensado para abordar el estudio de la prehistoria de Eurasia y que refiere a sociedades cuya economía, organización y movilidad, dependieron de la caza de una fauna extinguida a finales del Pleistoceno y comienzos del Holoceno. El paso de períodos geológicos se reflejó en un lento proceso de cambio climático —producido hace unos 13 000 a 12 000 años AP— que determinó la finalización de las grandes glaciaciones debido a un ascenso global de las temperaturas que generaron condiciones climáticas más templadas y secas.

Este fenómeno provocó el ascenso del nivel de los mares y océanos, con el consecuente avance de sus aguas sobre la masa continental. Las amplias franjas más bajas de territorio costero quedaron sumergidas junto con los registros de los primeros pobladores, si se tiene en cuenta la hipótesis de poblamiento costero. Estos cambios modificaron el hábitat de los animales, sus movimientos estacionales y sus comportamientos, que a su vez, influyeron en los circuitos, actividades y técnicas empleadas por los hombres para cazarlos.

A lo largo de unos dos mil años, como resultado de sus interacciones con el medio y entre sí, los grupos colonizadores del continente fueron adaptándose a estos cambios y a los diferentes hábitats, así como también fueron modificando las tecnologías de caza y sus formas de organización socioeconómica. De este modo, hacia los 10 000 años AP, América ofrecía un complejo cuadro de sociedades de economía de recolección y caza, con diversidad de estrategias de organización tecno-económica y social, que posibilitó la explotación de distintos ecosistemas. Se puede hipotetizar que estos grupos eran bandas autónomas compuestas por pocas decenas de individuos, donde quizás el poder político recaía sobre un líder cuya autoridad era más consensuada que impuesta. Su baja demografía se mantuvo gracias a rigurosos controles de natalidad, con el fin de evitar un crecimiento poblacional que llevaría, sin más remedio, a condiciones críticas de desnutrición y mortalidad. Si bien el clima tuvo fuertes cambios y el ambiente generó un impacto grande sobre ellas, siempre existió una respuesta para sobrevivir y continuar.

Con los bruscos cambios climáticos de comienzos del Holoceno, hubo una extinción de los grandes herbívoros pleistocénicos, como el tigre diente de sable, el mamut, la macrauquenia, el milodón, el gliptodonte, el megaterio, entre otros. Esto requirió reelaborar la tecnología cazadora y reforzar el complemento que significaba el consumo de otro tipo de animales —como el guanaco o el bison—, además de semillas y vegetales, lo cual implicó una mayor especialización en las actividades de recolección —tanto de alimentos de origen vegetal, como de materias primas: piedra, madera, fibras y frutos vegetales— y nuevas formas de organización social.

Entre las poblaciones costeras —de áreas fluviales o litorales marinos—, la economía de caza y recolección se desarrolló con técnicas y herramientas diferentes, complementarias a la pesca. En otros ambientes, como por ejemplo las grandes cuencas fluviales de la Amazonía o la Orinoquía, con abundante



vegetación, y la región patagónico fueguina, con condiciones climáticas estacionales, las barreras biogeográficas —estrechos, canales, islas, zonas inundadas o desérticas—, en algunos casos, restringían la movilidad y circulación de las personas, por lo que se combinaron las técnicas de caza convencionales de territorio adentro, con técnicas de pesca —apropiadas a cada área— y desplazamientos en canoas o embarcaciones simples. Por un lado, la variedad de anfibios, lagartos, yacarés, coipos, peces de río, aves costeras y el complemento de la selva misma, por otro lado la diversa fauna de lobos marinos, mejillones, mariscos, peces y los cetáceos que quedaban varados en la costa patagónica, eran recursos disponibles que requirieron de técnicas de recolección, caza y pesca muy específicas, como también de embarcaciones, herramientas y armas apropiadas (arpones de huesos y madera, redes de fibras vegetales, etc.) que utilizaron tanto los pobladores de las grandes cuencas fluviales como los canoeros nómades del mar.

En definitiva, el tipo de economía basado en la captura de animales y la recolección de alimentos e insumos, implicó distintas formas de interactuar y vincularse con el medio, con variedad de técnicas empleadas por estas sociedades para aprovechar los recursos que su hábitat les brindaba. Estas sociedades fueron pequeñas comunidades autosuficientes que habitaron en cuevas o abrigos rocosos. Alternaban estos reductos habitacionales semipermanentes con campamentos temporales conforme a los circuitos que variaban según las estaciones climáticas, de acuerdo con las posibilidades de recolección de vegetales y la movilidad de los animales.

Pero cabría considerar, además, la relación que estas sociedades establecieron con el universo que los circundaba y las formas elegidas para expresar plásticamente esa visión del mundo que los contenía, que les proporcionaba el sustento, pero que, al mismo tiempo, los interpelaba y los atemorizaba, con sus reacciones climáticas y los furores temporales. En las paredes de las cuevas y abrigos que constituyeron sus espacios habitacionales, en grandes rocas dispersas en el campo o en paredones de afloramientos rocosos, estos grupos dejaron manifestaciones gráficas de distinto tipo como pinturas y grabados. Es importante considerar que, si bien la mayoría de los estudios sobre pinturas rupestres corresponden a las manifestaciones de sociedades cazadoras-recolectoras tempranas, no es una forma de expresión plástica exclusiva de estas.

Como expresa María Hernández Llosa (2001), la producción de «arte» es una peculiaridad exclusiva del *homo sapiens* y estas manifestaciones de «artes plásticas» son producto de un proceso de creación, que implica un complejo procedimiento de percepción, selección, abstracción y manejo técnico para concretar la obra. Pero estas manifestaciones de «artes plásticas» no representan un producto meramente decorativo, sino que constituyen la manifestación plástica de universos simbólicos, el vínculo con lo sobrenatural, la materialización de presencias, formas de percibir, entender y experimentar el mundo circundante, fuerzas naturales, sociales y espirituales que lo limitan o contienen.

La variedad de diseños y expresiones más tempranas consisten en pinturas de manos en negativo, escenas de cacería colectiva, figuras humanas y de animales solos, grupos de camélidos y motivos abstractos lineales y geométricos simples, rayos serpentiformes y grabados.



Fue bastante extenso el camino temporal que los cazadores-recolectores recorrieron basando su dieta en el aprovechamiento de las fuentes naturales exclusivamente a través de la extracción de recursos. Llegó un momento en el que la movilidad territorial que desplegaban no era garantía suficiente de supervivencia; si un ecosistema se agotaba o escaseaban los recursos en los circuitos que delimitaban la territorialidad de los diferentes grupos de cazadores-recolectores. Pero durante esos recorridos, las permanentes observaciones sobre las características y el comportamiento de las plantas y de los animales —y sus mecanismos de reproducción— posibilitaron recopilar un cúmulo de conocimientos que —transmitido de generación en generación— les permitió hacer ensayos sobre la vegetación y la fauna. Estas etapas iniciales sucedieron sin que los protagonistas tuvieran intención o consciencia del proceso que estaban inaugurando. De esta forma, se combinaron los productos de estas primeras prácticas de cultivo y domesticación con los recursos extraídos a partir de la caza, la pesca y la recolección. Asimismo, fue disminuyendo la dependencia de las prácticas extractivas para pasar de la no producción a la producción de alimentos, cuando fue necesario recurrir cada vez más sostenidamente a la agricultura y el pastoreo.

El lento y progresivo proceso de domesticación de animales y plantas fue trascendental en la historia de la humanidad no solo porque modificó las técnicas de subsistencia, sino porque fue la base del surgimiento de un nuevo tipo de organización social. Se inició en el Cercano Oriente y el este del Mediterráneo hace unos 10 500 años AP y continuó en los valles fluviales de China y el sudeste asiático hace unos 9500 años AP.

En América, comenzó de modo independiente a Europa y Asia hace unos 8000 años AP, en el actual territorio mexicano, en los Andes centrales de Sudamérica y sobre las cálidas selvas del oriente de la cordillera andina. La experimentación-domesticación agrícola-pastoril no fue un proceso lineal ni uniforme en todas las sociedades que poblaron las diferentes regiones de América. Por el contrario, fue complejo, y en él se entrelazaron múltiples factores de diversa naturaleza. Pero sin duda, los casos de las tierras altas centrales de México, como la costa y la sierra del Perú son las regiones que, por el momento han producido, respectivamente, mayor cantidad de hallazgos.

En Mesoamérica, en el Valle de Tehuacán, en el sureste de Puebla, sus pobladores habrían comenzado con la domesticación de vegetales. Los primeros cultígenos fueron calabazas, maíz, ajíes, aguacates, entre otros. En las cuevas del valle de Oaxaca, donde habitaron los cazadores-recolectores en los períodos invernales, se hallaron semillas de calabaza y pequeños frijoles negros que, si bien podrían ser silvestres, marcan el comienzo del cultivo en el sur del Istmo de Tehuantepec hacia los 9000 años AP. En el abrigo rocoso de Santa Marta, en las tierras altas de Chiapas, hay restos de la calabaza vinatera, de 7500 años AP. En las cuevas y abrigos rocosos de la Sierra de Tamaulipas, se hallaron evidencias de recolección de yuca, excelente suministro de fibras textiles, y pequeñas mazorcas de maíz primitivo con una antigüedad aproximada entre los 7000 y 5000 años AP.

En los Andes Centrales de Sudamérica, tres regiones paralelas expresaron modelos económicos diferentes vinculados a la domesticación de animales y vegetales: la franja costera del Pacífico, la Sierra —que incluye a valles, quebradas y las altiplanicies de la Puna— y las Selvas húmedas y calientes del oriente

LA DOMESTICACIÓN DE PLANTAS Y ANIMALES. EL COMIENZO DE LAS ESTRATEGIAS PRODUCTIVAS

ligadas a la cuenca amazónica, con vegetación boscosa y selvática.

En la Sierra hay evidencias de domesticación de plantas desde hace unos 9000 años AP, en el valle del Callejón de Huaylas, en la cueva Guitarrero, donde se hallaron restos de frijoles, porotos y ají que, seguramente, traían de las cálidas laderas orientales de los Andes. En tanto que, en los abrigos y cuevas de la región de Ayacucho, al sur de Perú, en las Sierras Centrales, se encontraron junto a huesos de animales, numerosas cáscaras de calabazas y semillas de quinua.

La etapa que transcurrió entre los 7000 y los 5000 años AP constituyó un período de transición, en el que se pasó de un tipo de vida trashumante, con economía de caza y recolección, hacia un estilo de vida aldeana donde comenzaron a aparecer caseríos aislados en torno a las sementeras y estructuraron una economía de producción.

Recién hacia los 6000 años AP, en estos valles peruanos, en las cuevas de Ayacucho y en Tiviliche en el norte de Chile, hubo indicios de cultivo de maíz, de papas, calabazas, frijol, quinua y, probablemente, coca.

La cerámica estuvo ausente en toda esta etapa, en la que los recipientes se confeccionaron con fibras vegetales tejidas o bien se utilizaban calabazas para la contención de líquidos. Con respecto a los animales, si bien estos pobladores no abandonaron nunca la caza y recolección, iniciaron una actividad pastoril domesticando las especies silvestres de camélidos —guanaco—, a juzgar por los hallazgos de incipientes corrales, en sitios ubicados al norte de San Pedro de Atacama.

En las cálidas selvas del oriente andino, se hallaron evidencias de cultivo de maíz con un fechado de 5000 años AP, en un abrigo rocoso de Santana do Riacho, Minas Gerais, Brasil. Si bien en esta zona la agricultura fue tardía, se registró el uso del maíz por parte de cazadores-recolectores, para la obtención de bebidas fermentadas.

LA FORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES ALDEANAS

Hace unos 5500 años AP buena parte de las poblaciones de Mesoamérica y los Andes Centrales de Sudamérica vivían en moradas semipermanentes, que si bien al igual que en los momentos anteriores, dependían principalmente de los recursos locales, hay evidencias cada vez más fuertes de contactos e interacciones entre distintos grupos y áreas. En el transcurso de los siglos, el dominio de la agricultura y la actividad pastoril hizo que estas sociedades se asentaran en pequeñas aldeas más estables y conformaran asentamientos permanentes; en tanto que otras permanecieron como sociedades de asentamientos semipermanentes, con prácticas hortícolas, pero vinculadas, sobre todo, a la economía de recolección. Un tercer grupo, cuyo hábitat se ubicaba en las amplias llanuras meridionales y el litoral marítimo patagónico fueguino, continuó siendo de cazadores-recolectores.

La presencia de sociedades aldeanas no debe ser pensada como el resultado de un proceso evolutivo lineal y homogéneo, sino como el entrecruzamiento de diferentes factores interdependientes: una estrategia económica productiva (agricultura o pastoreo), complementada con caza y recolección, con una explotación complementaria de ambientes, asociada a una mayor planificación social del espacio (sedentarismo) y a la incorporación de tecnologías especiales (arquitectura, metalurgia, cerámica).

LAS SOCIEDADES ALDEANAS EN MESOAMÉRICA

Hace 5000 años AP las sociedades aldeanas de los valles de México disponían de especies de maíz híbrido. Si bien sus asentamientos habitacionales se volvieron más estables, la caza y recolección seguían siendo la actividad fundamental. Con la expansión de los cultivos, se impuso la vida sedentaria en aldeas cuyas unidades habitacionales solían ser de planta circular, con ramas o cañas —en ocasiones recubiertas con barro— y techadas con fibras vegetales.

Con mayor disposición de alimento y con mayor integración aldeana, aumentó la población y, en toda la región, los intercambios entre aldeas fueron habituales. Junto al surgimiento de estos circuitos de intercambio, las sociedades aldeanas desarrollaron tres tipos de producción tecnológica de gran importancia: la cerámica, los textiles y una incipiente metalurgia para elementos de ornamentación personal. En este mismo contexto, como parte de los cambios registrados, aumentaron las evidencias de diferenciación de estatus dentro de los grupos.

LAS SOCIEDADES ALDEANAS EN LOS ANDES CENTRALES

En la Costa Sur, en Chilca, un conchero ubicado en la costa al sur de Lima, los habitantes eran cazadores de lobo marino, pescadores y recolectores de mariscos, pero orientados ya hacia el cultivo de algunas plantas (calabazas, porotos, habas, lúcumo, paltas, ají) como complemento de los productos obtenidos del mar, que eran la base de su subsistencia. La aldea de Chilca, parece haber estado compuesta de pequeñas casas de forma circular excavadas en el suelo y con paredes de cañas amarradas. En su interior, se hallaron enterratorios de individuos acompañados de esteras tejidas de junco y redes.

En la Costa Norte, en el sitio de Huaca Prieta, hace 4500 años AP, se observaron recintos habitacionales semisubterráneos, con planta oval o cuadrangular y paredes de piedras redondas formando muros. Hay indicios de cultivo de variedades de calabaza, pallar, chile, algodón y achira, como complemento de una dieta marina.

En la Sierra, las comunidades de las tierras altas —sin dejar de ser cazadoras y viviendo, aún a comienzos del período, en abrigos rocosos y cuevas— comenzaron prácticas pastoriles y formas de asentamientos más estables para controlar y cuidar los rebaños. Los grupos que habitaban los valles fluviales, en cambio, pasaron a desarrollar prácticas agrícolas que se centraban en los cultivos de poroto, calabaza, oca, quinua, ají, papa, maíz; en torno a los campos de labranza, conformando sociedades aldeanas estables.

Es un error frecuente pensar que las sociedades aldeanas vivieron aisladas. Sus habitantes efectuaban amplios circuitos de interacción e intercambio esenciales para acceder a los diferentes recursos, con desplazamientos transversales en relación Este-Oeste, que unían distintos pisos ecológicos (Costa-Sierra-Selva), y formaban redes de circulación e intercambio de vegetales, lana o textiles, sal, frutos e incluso ideas y tecnologías, forjándose identidades culturales particulares, propias de las diferentes áreas territoriales.



LOS PRIMEROS CENTROS CEREMONIALES

Desde hace unos 4000 años AP, la expansión de la agricultura temporal o de regadío acentuó la tendencia de las comunidades aldeanas a establecerse en el interior de los altos valles, cerca de las tierras de cultivo. Con el mejoramiento de la práctica agrícola, las aldeas dispusieron de mayor cantidad de alimento y la población aumentó, disponiendo de más fuerza de trabajo para emprender obras de riego y construcciones públicas, aunque la mayor parte de la población continuó viviendo en pequeñas aldeas junto a sus chacras. El desigual crecimiento de las aldeas, en algunos casos relacionados con el control de recursos críticos, condujo a que ciertas zonas hayan adquirido liderazgo (sea político, económico, simbólico). Se convirtieron así en centros de integración de distintos colectivos identitarios, con una gran influencia interregional.

En los valles de la meseta mexicana, como en las costas y las tierras altas de los valles costeros peruanos, se ubicaron los conjuntos aldeanos en torno a los cuales surgió un nuevo tipo de organización. Se emprendió la construcción de grandes complejos templarios, que fueron residencia de jefes o sacerdotes y centros ceremoniales de gran importancia regional que nuclearon la vida social de las aldeas agrícolas.



1. Sitio arqueológico de Cuicuilco.
2. Sitio arqueológico de Caral.

Estos centros urbano-ceremoniales tuvieron —según las regiones— muchas similitudes de concepción y diseño en su producción cultural, si se considera la disposición del espacio, la traza urbanística arquitectónica, el trabajo en piedra y escultura templaria, la cosmovisión, el ceremonialismo religioso, la producción de cerámica, el tejido en telar, la orfebrería, etc. Pero cultivaron estéticas culturales propias y, más allá de probables contactos interregionales, mantuvieron un funcionamiento independiente.

En Mesoamérica, hace 3500 años, numerosas comunidades aldeanas que poblaban distintos lugares de los valles de Tehuacán, el Valle Central de México, Chiapas, las tierras altas de Guatemala, la costa del Pacífico y del Golfo de México evidenciaron el incipiente proceso de diferenciación aldeana, con el surgimiento de distintos centros con construcciones ceremoniales formadas por plataformas piramidales superpuestas, o grandes montículos rodeados por amplios espacios públicos. Al sur de la actual Chiapas y al oeste de Guatemala sobre el litoral del Pacífico, en las tierras altas mayas, en torno a los 3300 años AP, se desarrollaron los centros: Paso de la Amada, Izapa, Chiapa del Corzo, Kaminaljuyú.

En la costa del Golfo de México, hace unos 3200 años AP, las relaciones interaldeanas dieron lugar al surgimiento del centro ceremonial San Lorenzo Tenochtitlán, en el actual estado de Veracruz. Construido sobre una gran plataforma, posee edificios de enormes dimensiones e inconfundibles rasgos de iconografía olmeca, tanto por las enormes cabezas de piedra, como por las representaciones en distintos soportes del jaguar y serpiente-jaguar.

En el Valle de Oaxaca, el asentamiento más grande fue San José Mogote y, en el Valle de México, el centro de Tlatilco y, posteriormente, Cuicuilco, que tuvo fuertes influencias de y sobre sus contemporáneos de San Lorenzo. Estos procesos de diferenciación social aldeana y surgimiento de centros ceremoniales se produjeron de manera simultánea en diferentes partes de Mesoamérica. Esto revela la existencia de una amplia red de contactos e intercambios entre las comunidades que favoreció la circulación de ideas y creencias. Luego de la investigación de cuantiosos hallazgos arqueológicos, se ha hipotetizado sobre la existencia de diferenciaciones sociales consolidadas hacia el fin del primer milenio antes de Cristo, es decir, hace unos 3000 años AP, en sociedades que habrían alcanzado un grado de complejidad capaz de modificar el desarrollo posterior de las relaciones políticas. En el área de influencia olmeca, este proceso se profundizó a partir del surgimiento de un nuevo centro urbano, La Venta.

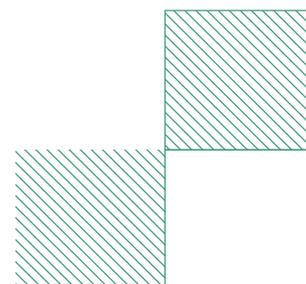
En los Andes Centrales de Sudamérica la arquitectura monumental de los centros ceremoniales surgidos en torno a los 4500 años AP responde a patrones urbanísticos similares: construidos sobre montículos o suaves colinas frente a una planicie, grandes plataformas piramidales superpuestas con una escalinata central en la fachada, frente a un espacio público a modo de plaza, generalmente, semisubterránea y circular.

Los hallazgos más antiguos se registran en la costa peruana del Pacífico, en el Valle de Supe, en Áspero. Son ocho grandes sitios de arquitectura monumental, entre los cuales se hallan Las pirámides de Áspero y, en el mismo valle pero algo más alejado de la costa, el impresionante centro de Caral.

En el interior de los valles alejados de la costa, se hallaron más de veinticinco centros ceremoniales con arquitectura monumental. Hacia la costa del sur peruano, uno de los más grandes centros fue El Paraíso, cuya principal edificación consta de cuatro plataformas superpuestas, con edificios en su cima y un espacio rectangular de pequeñas dimensiones hundido en su centro.



Sitio arqueológico Kotosh con detalle de manos cruzadas.



En la Sierra, el centro ceremonial de Kotosh, en la naciente del río Huallaga, compuesto por tres templos entre los que se destaca el Templo de las Manos Cruzadas. Hay una ausencia de plazas o patios públicos. Esto podría evidenciar que las ceremonias se hayan realizado en cámaras internas.

Por último, en la costa Norte, se encuentra el complejo arqueológico Caballo Muerto, habitado entre 3500 y 2400 años AP. Posee ocho grandes edificios y templos como la Huaca de los Reyes, que refleja en los frisos con rasgos felinos claras influencias del centro serrano de Chavín de Huantar.

PERÍODO FORMATIVO. EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO ORDEN SOCIAL (1000 A. C. A 300 D. C.)

Hace unos 3000 años AP, las sociedades del litoral del Golfo de México en Mesoamérica y de la Sierra Norte del actual Perú, en los Andes Centrales de Sudamérica, transitaron una serie de cambios en el espacio habitacional que implicaron formas de organización cada vez más complejas, de las cuales surgió un nuevo orden social urbano.

El surgimiento de complejos arquitectónicos que nucleaban distintos colectivos sociales supuso una mayor cantidad de fuerza de trabajo, lo cual pudo haber implicado una especialización y jerarquización social cada vez más acentuada. En los centros, residían los dioses, allí se les ofrecía culto y los sacerdotes, como poseedores del saber y de conocimiento ritual, eran sus intérpretes e intermediarios. La estructura social y política se correspondía con su propio universo cosmológico, que trascendía grupos sociales diferentes. Eran complejas unidades superiores que encarnaban dioses y gobernantes, que gozaban de un enorme prestigio y concentración de poder.

Exponentes del surgimiento urbano en este período en Mesoamérica fue la sociedad olmeca de La Venta y, en la Sierra Norte de los Andes Centrales Sudamericanos, Chavín.

LOS CENTROS CÍVICOS-CEREMONIALES EN MESOAMÉRICA

Los nuevos núcleos urbanos de Mesoamérica circundaron la costa del Golfo de México, el istmo de Tehuantepec, las tierras altas de Guatemala y Chiapas, el litoral del Pacífico, las tierras bajas mayas y los valles de Oaxaca y México central.

En la planicie costera del Golfo de México, en los actuales estados de Veracruz y Tabasco (ca. 800 a. C.), las sociedades olmecas afianzaron y ejercieron un gran poder cívico, económico y simbólico. Uno de sus principales centros es el sitio de La Venta. Situados en una geografía de valles fértiles, poseían ríos navegables que permitían no solo la adquisición de una gran variedad de recursos, sino, también, la circulación y comunicación con el Valle Central. El tráfico de material alóctono, como el jade, la serpentina, la obsidiana, el basalto, la ilmenita, magnetita, escaló bruscamente.

Estos pueblos se caracterizaron por ser los precursores en el juego de pelota, en la arquitectura piramidal —como el caso de San Lorenzo de Tenochtitlán— y la retratística. Sus manifestaciones estéticas son homocéntricas, acompañadas por figuras zoomorfas —caimán, jaguar, águila, serpiente—.



Su estilo artístico inconfundible es expresado principalmente en la escultura: enormes cabezas esculpidas, estelas, altares en piedra, finas estatuillas de jade y serpentina. Otros temas recurrentes, además del protagonismo de la figura humana, son las alusiones al jaguar y a la transmutación de hombre a jaguar.

La Venta es uno de los centros cívicos ceremoniales del territorio. El trazado arquitectónico es de forma oval alargada, de 4,5 km de longitud. Presenta edificios, plataformas, montículos y una gran pirámide trunca con forma de un volcán, seguramente como una cita a la región de los Tuxtlas del Valle Central. Se encuentran gran cantidad de materiales alóctonos, como arcilla coloreada con la que se construye el basamento de las edificaciones, rocas volcánicas (de la región del Valle Central) y minerales como serpentina y jadeíta del Valle de Oaxaca.

En La Venta, se han enterrado grandes ofrendas. Por ejemplo, mosaicos realizados en bloques de serpentina de más de 40 m² con formas felínicas enterrados por completo y muchas ofrendas de pequeños objetos en escondrijos distribuidos en distintas partes del sitio. Los altares de La Venta muestran siempre un nicho del que emerge un personaje, motivo el cual parece repetirse a lo largo de los años, como una suerte de simbolización de la vida que emerge de las cuevas.

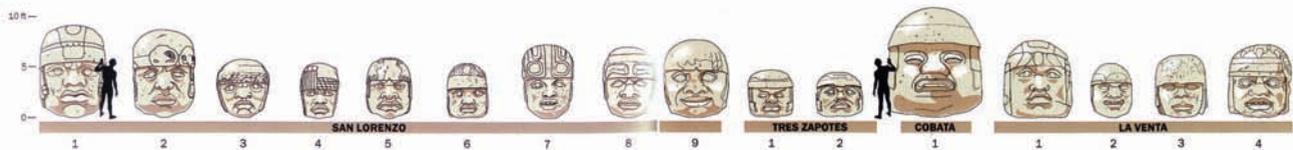
El sitio en su conjunto —por su ubicación y tamaño—, no parece haber albergado un elevado número de personas. De hecho, presenta el aspecto de un centro de reunión público que nuclea distintos poblados. Pero un rasgo recurrente, no solo en este sitio sino en otros, son las cabezas colosales. Muchas de ellas fueron mutiladas y enterradas, como forma de abandono de los centros.

Hacia el 400 d. C., La Venta perdió preeminencia, y la vida ceremonial y política se trasladó a otros centros ubicados al interior de la llanura, como el caso de

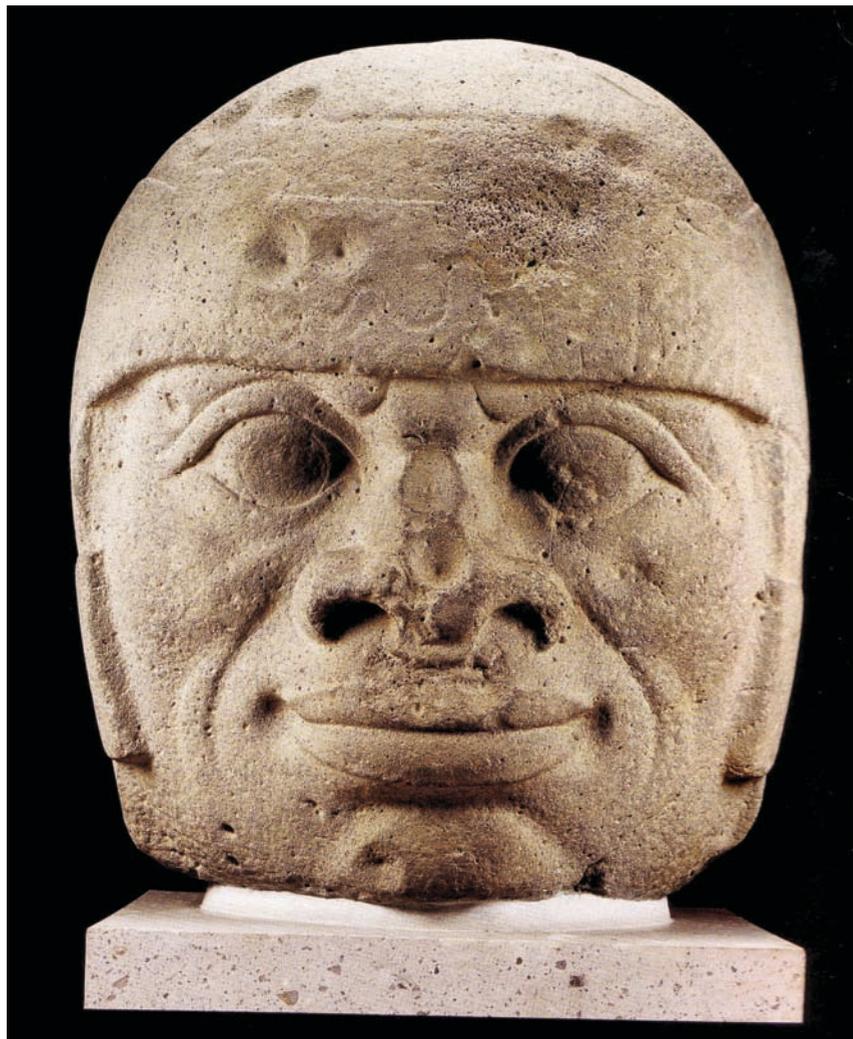
Tres Zapotes. Sus monumentos y trazado urbano, expresaban que la ritualidad de las prácticas ceremoniales y que la vitalidad de estas sociedades no se había interrumpido con el ocaso de La Venta.

Los rasgos culturales olmecas circularon en diversas direcciones y el peso de su influencia en la región es palpable. Al avanzar el período, se registra un proceso de complejidad creciente, tanto en la disposición arquitectónica de los centros (pirámides, largos montículos, plataformas, juegos de pelota), como en la complejidad de los modos de organización social.

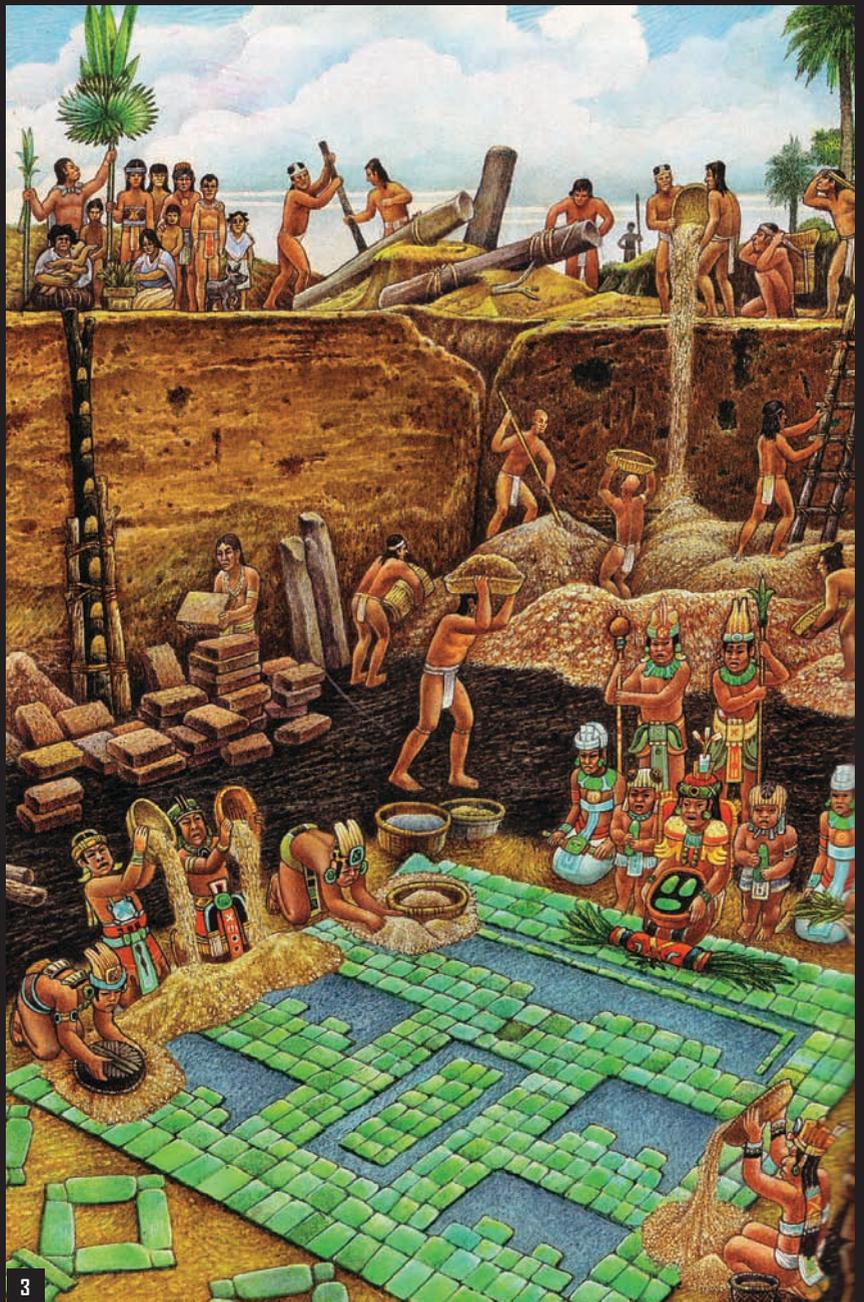
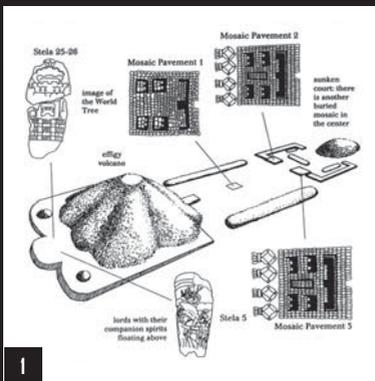
Proporción de las cabezas colosales en comparación con el cuerpo humano.



Cabeza Colosal del sitio La Venta, ca. 500 a. C.



1. Sitio arqueológico La Venta, ca. 600 a. C.
2. Ofrenda 4 enterrada en el sitio arqueológico La Venta. La única figura en granito parece ser mirada con hostilidad por el resto de las figuras de jade.
3. Recreación del monumento de serpentina.
4. Máscara felínica hecha de grandes bloques de serpentina. Se enterró sistemáticamente bajo arcillas de colores y ladrillos de adobe.
5. Altar 4 del sitio arqueológico La Venta. Soberano olmeca que emerge de la boca de una cueva.



CENTROS URBANOS NO OLMECAS

Cruzando el Istmo de Tehuantepec hacia la costa del Pacífico, en las tierras altas de Chiapas y Guatemala, surgieron centros con una iconografía muy similar a la olmeca, como los monumentos que se encuentran en Izapa, contemporáneos al centro olmeca de San Lorenzo Tenochtitlán.

En Izapa, se encuentran muchos elementos del patrón urbano olmeca, tales como los extensos montículos y las plazas, y las construcciones con grandes bloques de piedra, cerámica de regiones lejanas que evidencia redes de intercambio, estelas esculpidas en bajo relieve y motivos referentes al jaguar olmeca en su talla escultórica.

Más hacia el Sur, se encuentra otra serie de sitios significativos con escultura de estilo Izapa, entre los que se destaca Kaminaljuyú, centro ceremonial que fue creciendo durante el Período Formativo. Hubo muchos otros centros, como Chiapa del Corzo o Abaj Takalik, en torno a los cuales se establecieron las aldeas. En ellos, eran un rasgo común las grandes manifestaciones plásticas a los antepasados en sus monumentos.

En el Valle central de Oaxaca, los centros que se destacan son San José Mogote y Monte Albán, aunque solo este último logró reunir una serie de elementos que lo convirtieron, con el correr de los años, en el centro político y cultural de la región. Su ubicación geográfica, la arquitectura cívico-religiosa, la cantidad de complejos habitacionales, el arte y su producción económica evidencian el haber alcanzado un importante nivel de organización. Era el centro de las decisiones políticas del valle, de acopio de recursos y de acceso a abundante mano de obra.

En los siglos siguientes, el crecimiento de las sociedades urbanas generó nuevos cambios y representaciones. Si bien se mantuvieron ciertos rasgos básicos, algunas áreas perdieron preeminencia y otras afirmaron sus tradiciones culturales específicas. Los intercambios e integraciones se volvieron más intensos y complejos, pero el desarrollo de una visión compartida del mundo social, natural y divino se consolidó.

En este contexto, adquirieron influencia y notoriedad otros grandes centros urbanos que fueron la matriz de las sociedades del Período Clásico, como Teotihuacán, en el Valle de México; Tikal y Palenque, en las tierras bajas mayas, o Monte Albán, en el Valle de Oaxaca. Fueron centros urbanos muy planificados, con varios miles de habitantes y con una marcada diferenciación social, con élites poderosas, sofisticados estilos artísticos, monumentales arquitecturas y el desarrollo de innovadores saberes.

LOS CENTROS CÍVICOS-CEREMONIALES EN ANDES CENTRALES

Vinculado a los pueblos de los primeros centros serranos, como Kotosh o Cerro Sechín, y de las regiones de la costa y las tierras bajas orientales, Chavín de Huantar fue un importante centro cívico-ceremonial de gran esplendor. Ubicado en el área serrana del Perú, a más de 3100 m de altura, se convirtió en eje integrador de distintos pueblos andinos.

Edificado en el estrecho callejón de Conchucos formado por el río Pukcha o Mosna (paralelo al Callejón de Huaylas) disponía de fértiles tierras y cursos

de agua para la agricultura, lo que hizo que numerosas aldeas se instalaran en caseríos de las áreas bajas y húmedas, donde desarrollaron el cultivo del maíz, la papa y otros tubérculos y desde donde accedían a los cercanos pastizales de altura para el pastoreo de las llamas.

El sitio Chavín de Huantar es producto de un proceso de construcción por etapas, que tuvo agregados y transformaciones que modificaron su traza arquitectónica inicial. El Templo Viejo es una clásica construcción en «U», con un patio circular hundido en el centro, cuyas paredes tienen esculpidas figuras felínicas y falcónidas en posición de marcha y cabezas clavadas con las comisuras caídas y colmillos. En el interior, hay canales y acueductos, galerías y pequeñas cámaras conectadas por escaleras de modo laberíntico. En los pasillos internos, se hallaron figuras de felinos incisas y pintadas en los muros, fina cerámica y la imponente escultura de piedra conocida como el Lanzón. Esta imagen —en parte humana y en parte felina de 4,5 m de altura— se encuentra en la intersección de dos galerías subterráneas al centro del templo. Al parecer, había una forma muy particular de concebir los espacios sagrados, en el que los símbolos rituales de mayor importancia estaban ocultos, en la oscuridad, y tenían un acceso más restringido.

A partir del 500 a. C. se produjo su momento de apogeo, donde el templo fue remodelado y ampliado, y se conoció como el Templo Nuevo. Se construyó hacia la derecha una enorme estructura maciza, el Castillo, con un gran portal monolítico por el cual se accedía a nuevos patios hundidos de gran tamaño. Este portal, de granito blanco y de caliza negra, tiene esculpido en bajorrelieve en una columna una figura femenina con cabeza, alas y garras de ave de rapiña, y, en la otra, una figura masculina con cabeza, alas y garras de halcón. En la cima de la estructura, se construyeron dos edificios cuadrangulares y, al frente, una enorme plaza rectangular semihundida flanqueada por dos plataformas laterales. El área residencial alojaba a una élite permanente bien definida, artesanos





Escultura de danzantes en Cerro Sechín.

especializados y sirvientes del templo, en tanto que, en los alrededores, más de un millar y medio de habitantes vivían en casas rectangulares simples de adobe, dedicados al cultivo y al mantenimiento del templo, distribuidos hacia el norte cruzando el río Huachecsa y hacia el sur sobre el curso del río Mosna.

De este momento se suponen que son las otras dos esculturas más llamativas: el obelisco Tello, y la estela Raimondi. El primero es de granito con figuras esculpidas de flora y fauna proveniente del Pacífico y las Selvas Amazónicas. La segunda es de granito grabado y es la primera vez en que se representa una deidad portando dos cetros. Aunque hay varias teorías la identidad del dios continúa siendo discutida.

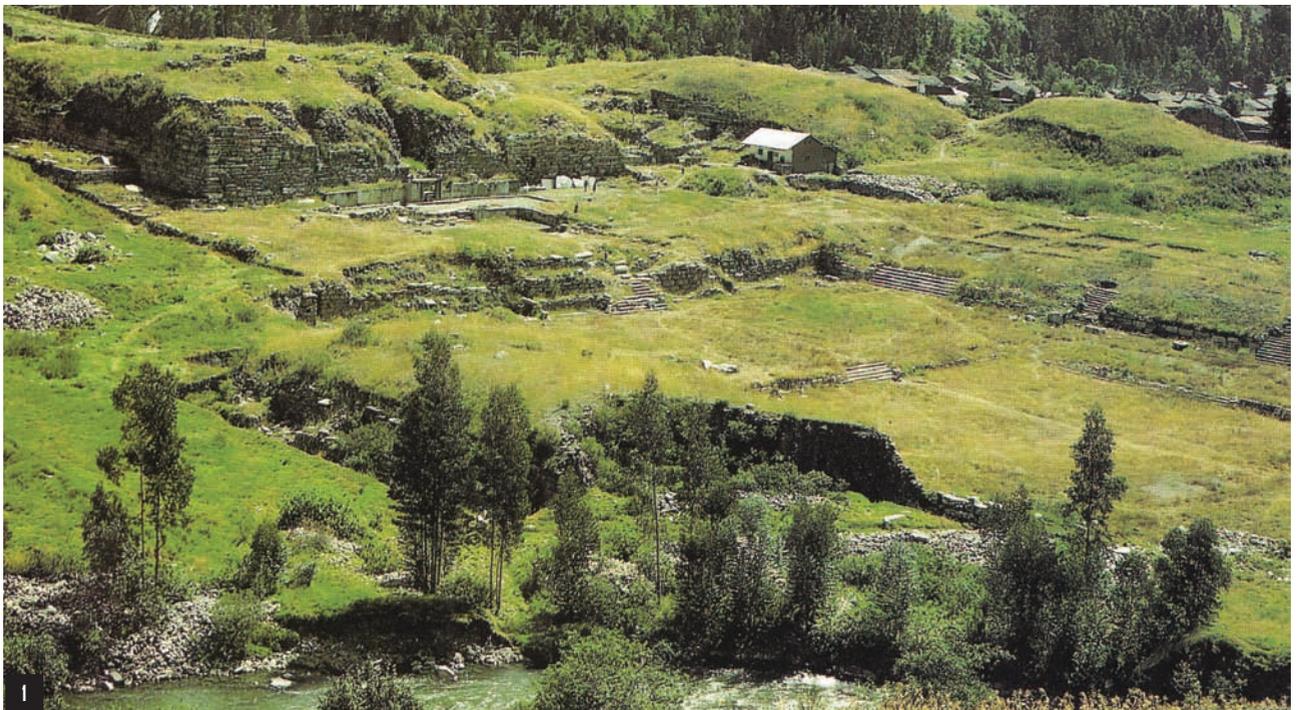
La imponente masa arquitectónica, las procesiones de sus sacerdotes —en el interior del templo viejo, o en el exterior del nuevo—, ataviados y con gesticulaciones rituales producto de los alucinógenos —como el cactus de San Pedro y el cebil—, el ruido de las cornetas de conchas marinas —*spondylus* y *strombus*— y del agua que corría por los acueductos internos del templo habrían producido

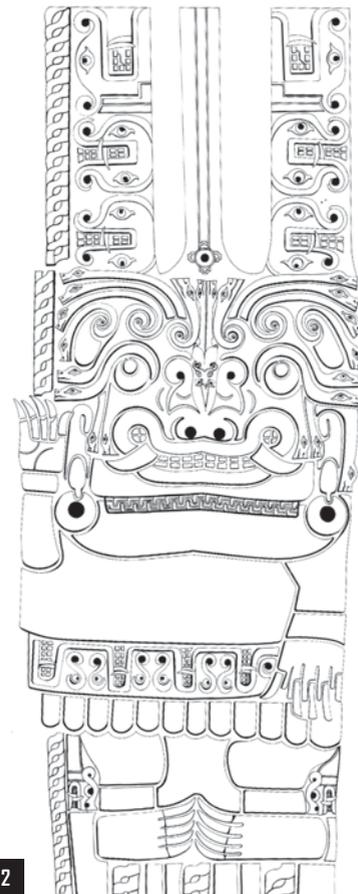
una experiencia de efervescencia ritual entre sus peregrinos.

El templo era una verdadera metáfora de integración de opuestos: el espacio interior gobernado por el Lanzón y el exterior, con la estela, el obelisco y la portada; la costa, con los *spondylus* y construcciones de granito, y la selva, con las representaciones de caimanes, jaguares, águilas y cactus de San Pedro. Era una suerte de centro de peregrinación en las sierras, donde se integraban, en una misma experiencia de lo sagrado, distintos grupos sociales de lugares distantes.

Ciertos temas, como el felino o la deidad de los dos cetros, y cánones de representación, como los motivos geométricos, las bocas y los rostros, el reemplazo de la línea curva por la recta, se extendieron por una vasta región

1. Sitio arqueológico de Chavín de Huantar.
2. Acceso al Lanzón.
3. Galerías internas del Templo Viejo.





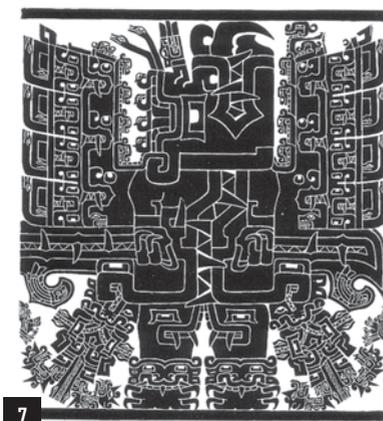
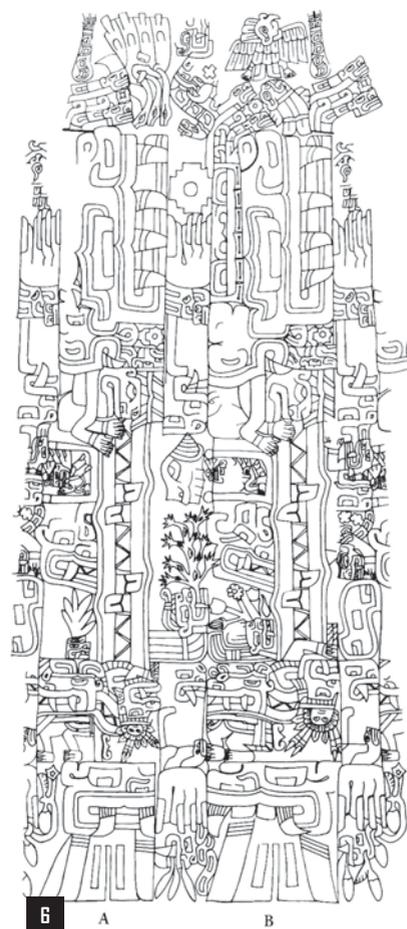
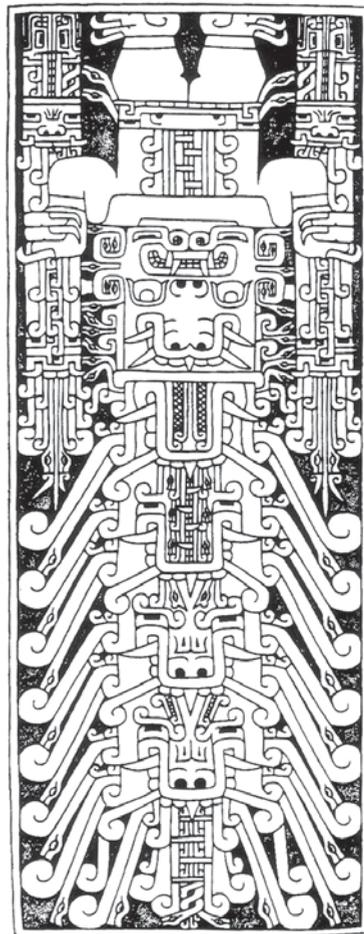
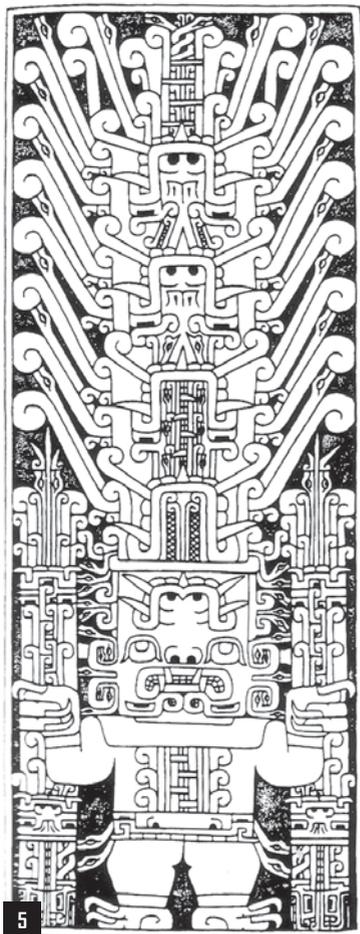
1. Cabeza clava de uno de los templos.
2. Dibujo en plano del Lanzón.

que incluye los actuales departamentos de Ica, Lima, Ancash, La Libertad, Piura, Cajamarca, Ayacucho y Huánuco. Ejemplo de ello es la fuerte influencia Chavín que sufrieron los pueblos paracas de la costa sur peruana, entre el 400 y el 200 a. C., tal como se evidencia en los textiles que acompañaban los ajuares funerarios, en calabazas pirograbadas y en la ornamentación de la alfarería.

En los últimos siglos del Período Formativo (100 a. C. y 300 años d. C.), a 75 km al noroeste del lago Titicaca, se desarrolló la Sociedad Pucará, cuyo radio de influencia llegó, por la Sierra Norte, hasta el valle del Cuzco y, por el Sur, hasta el lago Titicaca. En la costa del Pacífico, se han encontrado materiales pucará en los valles de Moquegua y Azapa. Sus asentamientos se caracterizaron por una disposición de un núcleo principal, varios centros de menor tamaño y aldeas dispersas por la cuenca norte del lago. Fue la primera sociedad en dominar las técnicas de agricultura de altura basada en camellones. Su alimentación fue a base de olluco, oca, mashua, papa y maíz, este último en menor proporción, que producían en las regiones suni y puna. Su economía también se sustentaba en la ganadería de camélidos —alpaca y llama—, aun manteniendo la caza de vicuña y guanaco.



1. Portada Blanca y Negra con grabado de falcónidas.
2. Orejeras con cabezas felínicas y cabello de serpiente.
3. Pututu de Spondylus con grabados felínicos.
4. Vasija con asa estribo.



- 5. Dibujo de la estela Raimondi.
- 6. Dibujo en plano del obelisco Tello.
- 7. Falcónidas grabadas en la portada Blanca y Negra.

Hacia el 300 d. C., la hegemonía cultural y expansiva de las ciudades olmecas y Chavín de Huantar evidenció una lenta declinación y las sociedades urbanas en Mesoamérica y los Andes Centrales transitaron procesos de desintegración y con una consecuente reagregación bajo nuevos paradigmas sociales. Aunque se conservó la forma de vida comunal aldeana, se afianzó notoriamente la conformación de grandes centros urbanos, con marcada regionalización en todos los aspectos de la vida social. Durante el primer milenio de nuestra era, esos desarrollos urbanos complejos culminaron en la formación de importantes núcleos sociales de alcance regional.

En Mesoamérica, se distinguen áreas con sus propias improntas: el Valle Central de México, Oaxaca, región del Petén y Veracruz. En ellas, se establecieron grandes capitales macrorregionales (Teotihuacán, Monte Albán, El Tajín, Palenque, Tikal, entre otros), nuevas formas de vida urbana que se desarrollaban en centros cívicos-ceremoniales.

En los Andes Centrales, también se distinguen áreas bien definidas. Pero hay que tener en claro, que las periodizaciones planteadas (hecha la salvedad anterior) son solo una propuesta metodológica, ninguna sociedad se rige por ese estanco. En la costa norte del Perú, la Sociedad Moche, y, en la costa Sur de la actual Lima, las Sociedades Paracas y Nazca. Todas ellas fueron contemporáneas a Chavín y, posteriormente, contemporáneas a Wari. Las formas de organización distaron de ser grandes centros nucleadores, sino más bien, de centros contiguos o distantes, manejados por gobernantes particulares, que lo que concentraban era el manejo del agua en una de las zonas más desérticas de Sudamérica.

Recién varios siglos después, en el Altiplano, surgieron dos sociedades paradigmáticas: Wari y Tiwanaku. Aunque vecinas, ambas gravitaron de distintos modos en grandes áreas. Una suerte de «conciliación», si se quiere, entre ambas. Wari expandió su poderío en el área de las sierras centrales peruanas y en la costa del Pacífico, mientras que Tiwanaku tuvo distintas esferas de expansión (efectivas o no) en todo el área circumpuneña (Valles Mesotermales, Tierras Bajas y Yungas, Altiplano, Norte de Chile y —con algunas controversias— en el Noroeste Argentino).

LAS INTEGRACIONES REGIONALES DE LOS GRANDES CENTROS URBANOS EN MESOAMÉRICA

En el Valle Central de México, hacia el 200 a. C., el centro urbano con mayor importancia, Cuiculco, quedó destruido por la erupción del volcán Xitle. Así, el hasta entonces pequeño poblado de Teotihuacán cobró importancia. Con el correr de los años, Teotihuacán devino en uno de los centros urbanos más importantes de la Mesoamérica antigua, en lo cosmológico, ideológico, económico y sociopolítico.

En efecto, el nombre nos habla de «el lugar de aquellos que tienen el camino para llegar a los dioses». La ciudad estaba en una «armonía perfecta» con el paisaje, como si hubiese sido creada por las divinidades mismas. Se cree que los teotihuacanos utilizaron así el mundo natural como una metáfora cívica para la creación de la primera metrópoli.

Entre los factores que pueden explicar su notable desarrollo, se puede señalar: el alto potencial del valle para la agricultura de regadío, el fácil acceso a materias primas principales, ríos navegables y la ubicación sobre una de las rutas comerciales que comunicaban Oaxaca, el Valle de México y la costa del Golfo. Por lo tanto,

PERÍODO CLÁSICO. LAS INTEGRACIONES REGIONALES Y LOS GRANDES CENTROS URBANOS (300 A 900 AÑOS D. C.)



la lógica política integracionista (con fuerte hincapié en la religiosidad), hizo de esta ciudad un centro cosmopolita que hospedó una cantidad considerable de viajeros y comerciantes de las regiones más alejadas (en efecto, se construyeron varios barrios de «extranjeros», como el Zapoteca).

Con el pasar de los años, Teotihuacán llegó a albergar más de 125 000 personas en una extensión de 250 ha, con una eficiente provisión de agua y sistemas de desagües. Su arquitectura es, a su tiempo, masa y espacio: masa en los grandes templos, espacio en las plazas, recintos y calzadas. Sus principales edificios como La Ciudadela, el Templo de Tlaloc y Quetzalcóatl (el dios de la lluvia y la Serpiente Emplumada) y el del Quetzalpapalotl parten con dirección Norte hacia una extensa avenida o Calzada de los Muertos, eje principal de toda la ciudad y los conjuntos residenciales que la flanquean. Esta última comunica con la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna. Ellas se caracterizan por ser grandes basamentos, claramente con una intención escenográfica que impacta al visitante (una que se enmarca en el cerro Gordo, la otra fue construida sobre cuevas subterráneas), que se encuentra solo, en su cima, el templo.

Toda la ciudad posee una traza reticular ortogonal, una forma de expresar lo sagrado como algo organizado y sistematizado. Todas sus construcciones nos hablan de una «atemporalidad eterna», de una «prodigalidad de la naturaleza». La Pirámide de Sol, por ejemplo, se encuentra construida sobre un manantial, los cuales eran entendidos (no solo por los teotihuacanos) como un lugar sagrado de



origen de vida y de pasaje del inframundo al supramundo. Los templos, palacios y pirámides se encuentran estucadas con representaciones escultóricas en color verde (remitiendo a la pluma del quetzal y al jade) y rojo (remitiendo a la sangre). En sus interiores se suelen hallar grandes murales emblemáticos y escénicos, como el mural del Tlalocán, «el paraíso de Tlaloc» en el barrio de Tepantitla. Pareciera que nada está librado al azar, el mensaje es claro al visitante.

Los gobernantes nunca eran representados, parecieran subsumidos a la presencia de las deidades, como una élite anónima que solo tiene el deber de cumplir con el calendario ritual. Las imágenes son siempre impersonales, atemporales, son solo los «dioses» los que se representan obsesivamente en la escultura, la cerámica, la lapidaria y la pintura mural. Huehueoteotl es la deidad vieja, cuidadora del fuego del inframundo. Tlaloc, deidad del agua, relacionada con la agricultura y la fertilidad. Es un ser antropomorfo, con tocado de quetzal, orejeras de jade, anteojos, colmillos y lengua bífida. Quetzalcóatl es una serpiente emplumada. Es terrestre, con fauces similares al de una serpiente de cascabel y a un jaguar. Tlaloc, junto con Quetzalcóatl conformarían la unidad del complejo agrícola. Ambos trascendieron el Valle de México, impactando en los panteones zapotecas, olmecas y mayas.

Teotihuacán fue sede de poder político y económico, pero fundamentalmente religioso. Su influencia se puede identificar en diversos lugares (sea por alianza política, intercambios económicos, influencia religiosa) como Monte Albán, Matcapán, Tikal, Kaminaljuyú, Tlatcopán y en las regiones de Guerrero e Hidalgo. El poder de irradiación religiosa y su sentido de centro de peregrinación sagrada continuó aun después de su abandono, y muchas veces, fue reconocido como lugar de origen divino de distintas sociedades.

Paralelamente a Teotihuacán, existieron en otras regiones de Mesoamérica grandes centros urbanos, uno de ellos Monte Albán, ubicado en el Valle de Oaxaca. Como ya se ha señalado, la ubicación geográfica y la arquitectura cívico-religiosa evidencian haber alcanzado un importante nivel de organización, con el que se convirtieron en el centro de las decisiones políticas del valle. Monte Albán no tiene características de centro ceremonial como Teotihuacán, sino que se presenta como una urbe con mercados, palacios, templos, sistemas de almacenamiento de agua y alimentos, y complejos sistemas de drenaje.

Vista panorámica del sitio arqueológico de Teotihuacán.





1

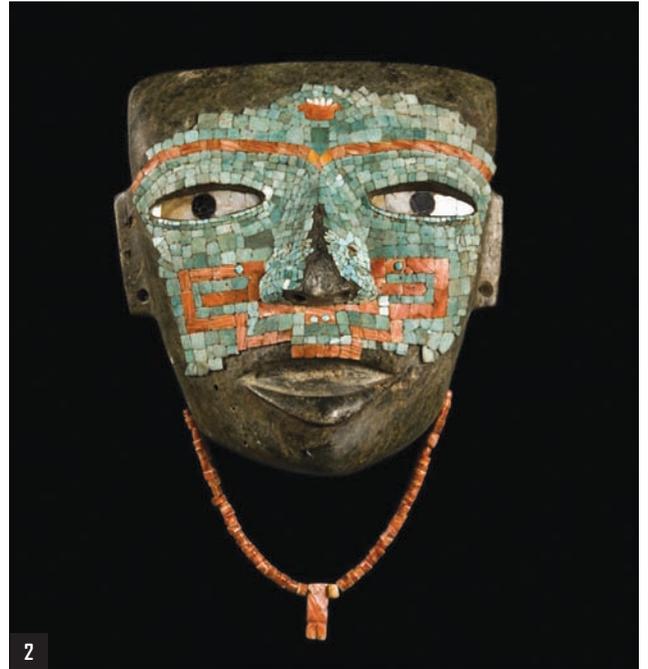


3



2

- 1. Pirámide de la Luna.
- 2. Templo de Tlaloc y Quetzalcóatl.
- 3. Recreaciones de los colores del Templo de Tlaloc y Quetzalcóatl.



1. Mural que representa el Tlalocan o Paraíso de Tlaloc en el barrio Tepantitla.
2. Máscara mortuoria con incrustaciones de jade.
3. Escultura de Huehueotl.
4. Urna con representaciones de símbolos bélicos.



Vista panorámica del sitio arqueológico de Monte Albán.

La ciudad está dispuesta en un eje Norte-Sur. En el centro se localiza la Plaza Principal, con tres edificios unidos entre sí. Luego se emplaza un gran complejo de Conmemoración Astronómica, y, al Oeste, tres edificaciones casi simétricas que flanquean la Galería de los Cautivos y la antigua Estructura de los Danzantes. Por último, al Este, se encuentra una cancha de Juego de Pelota donde se escenificaba el paso del sol de un hemisferio al otro.

Monte Albán albergó inicialmente (ca. 300 a. C.) a unos 20 000 habitantes, población que se duplicó en el Período Clásico. Contabilizando el área metropolitana y la rural, ocupó unos 40 km², que incluyen edificios públicos, residenciales, religiosos y unas 2000 terrazas habitacionales. Como se mencionó, recibió fuertes influencias de Teotihuacán, observables en la cerámica, la escultura, la pintura mural ceremonial y la arquitectura, producto del activo intercambio comercial y una fuerte alianza política entre ambas ciudades. En efecto, las representaciones de Tlaloc son permanentes, aunque resignificados, como Cocijo.

Monte Albán fue la cabeza de la sociedad Zapoteca. La institucionalización del poder estaba dada por «linajes de gobernantes». Estas familias controlaban la vida ritual-ceremonial y la cuenta calendárica, una suerte de «especialistas rituales» que generaban una detención de poder por transferencia ideológica. Eran «protectores» frente a amenazas sobrenaturales (ámbito ritual), y naturales (ámbito bélico). Se puede observar la forma de detentar poder en las prácticas funerarias. Frente a sus magníficas tumbas, se plasmaba en murales, en esculturas, en estelas, la imagen del gobernante, de sus parientes y sus ancestros; una manifestación clara de la institucionalización de un grupo de poder (uno de los símbolos recurrentes eran «las fauces del cielo»).

En la zona selvática, cálida y lluviosa de las Tierras Bajas de Yucatán (México) y el Petén (Guatemala) y de las Tierras Altas de los actuales México, Belice y Guatemala, habitaron pueblos de lengua Maya, cuyos orígenes se vinculan con la



1. Cancha de Juego de Pelota de Monte Albán.
2. Palacio de los Danzantes. Las figuras humanas representadas podrían haber sido cautivos de guerra.



tradición Izapa de Kaminaljuyú. Desarrollaron una cultura propia y alcanzaron su apogeo durante el Período Clásico entre los años 300 y 900 de nuestra era. En los últimos años, el conocimiento sobre la sociedad maya, se ha incrementado por los progresos en la investigación arqueológica y a los avances en el desciframiento de la escritura jeroglífica que crearon.

Entre los años 400 a. C. y 250 d. C., algunas de las pequeñas aldeas agrícolas experimentaron formas de agricultura intensiva que aumentaron la producción y con ella la cantidad de habitantes, hasta convertirse en centros urbanos de gran magnitud, con diferenciaciones sociales expresadas en el sofisticado estilo artístico y plástico de las enormes estructuras palaciegas y en las complejas ritualidades religiosas y cuidadosas prácticas funerarias. Pero el dato distintivo de





2



3

1. Ofrenda en la tumba de Atzompa, ca. 400 d. C.
2. Escultura de Cocijo.
3. Escultura de personaje zapoteca.

estas sociedades es sin duda la escritura jeroglífica (única en toda América) y la erección periódica de estelas fechadas por el sistema de cuenta larga.

Algunos centros encararon ambiciosos proyectos de construcciones cívico-ceremoniales monumentales como El Mirador, Uaxactún, Tikal y Copán en el Petén (actual Guatemala), Palenque, Bonampak y Yaxchilán en el Usumacinta (actual Chiapas, México), por citar algunas.

La importancia de estos centros radicaba en la disposición de materias primas en algunos casos. Otros se especializaban en la producción o dominaban lugares clave de las rutas de intercambio. Por ejemplo, Kaminaljuyú, en las Tierras Altas, controlaba la obsidiana y el jade; Colha y Komchén, en las Tierras Bajas, dominaban la extracción de sal y sílice; Nakbé dominaba un lugar clave en la ruta de acceso al Petén hasta que fue desplazado por El Mirador.

Los mayas desarrollaron un complejo sistema cosmológico-político para representar el orden social: en las Tierras Altas del Sur, los gobernantes eran conmemorados en imponentes monumentos esculpidos con escenas fechadas y textos jeroglíficos; en las Tierras Bajas del Petén, el poder de los señores se conmemoraba con la arquitectura de pirámides, suntuosamente decoradas con la simbología característica que los representaba y que los convertiría en verdaderos escenarios de hegemonía ceremonial. A continuación se analizará sólo a modo de ejemplificar el modo de organización de estas sociedades, tres de sus ciudades: Copán, Tikal y Palenque.

Copán es conocida como la Ciudad de Astrónomos. En los dos cerros extremos que encuadran la ciudad se colocaron dos estelas de piedra alineadas, de forma tal que, los 12 de abril, se forma una línea recta que atraviesa la ciudad (fecha en que se conmemora el comienzo de las labores agrícolas). Todos los monumentos de Copán son conmemorativos y «marcadores de tiempo». Los numerales y glifos (o signos pictográficos) representaban fechas precisas y cálculos astronómicos. Tanto los palacios, los templos, las estelas, las pequeñas edificaciones están llenas de escrituras. La Tribuna de los Espectadores, la cancha de Juego de Pelota, la Casa del Consejo o Popolna, la Escalera Jeroglífica (con más de dos mil quinientos glifos, la inscripción más larga conocida hasta la fecha), no dejan espacios vacíos. El relato es ciudad y la ciudad es historia.



Pinturas murales del sitio arqueológico de Bonampak. Las mismas nos ofrecen una visión de la vida ritual maya.

Tikal es una de las ciudades más extensas. Cuenta con tres mil estructuras habitacionales en solo 23 km² (que podía ser habitada por más de cincuenta mil personas). El fuerte poder de Tikal radicó en el control que ejercía sobre las rutas de intercambio con Teotihuacán, los llanos costeros del golfo y Kaminaljuyú, que le permitió asentarse como un gran centro redistribuidor del tráfico entre regiones. Se ubicaba en derredor de zonas pantanosas que, si bien facilitaban la defensa territorial, al mismo tiempo le permitían el aprovechamiento de esos reservorios de agua con obras hidráulicas. Hacia el comienzo de la era, se conformaron las formas arquitectónicas características que serían el sello de identificación de los pueblos mayas: la moldura saliente y la crestería. Llegaron a ser tan populares como las formas arquitectónicas de Teotihuacán. Se enfatizaba la verticalidad, el diferenciarse con la espesa selva, la demostración de superación de la naturaleza por parte de los Halach Huinicob (jefes gobernantes). Las cresterías, por ejemplo, duplicaban la altura de los palacios, y llegaban a medir más de 70 m.

Tikal tuvo una estrecha relación con Teotihuacán, que puede observarse en los incenceros trípodes, en los temas recurrentes en la alfarería y en la escultura y en



la resignificación con el propio estilo maya del panteón de divinidades: Huehuetotl, como Itzamná; Quetzacóatl, como Kukulcán, y Tlaloc, como Chaac. El prestigio de Tikal no se perdió ni siquiera cuando su influencia política declinó, posiblemente debido a la crisis de hegemonía de Teotihuacán, que habría privado a los señores de Tikal del apoyo político y económico que supieron tener.

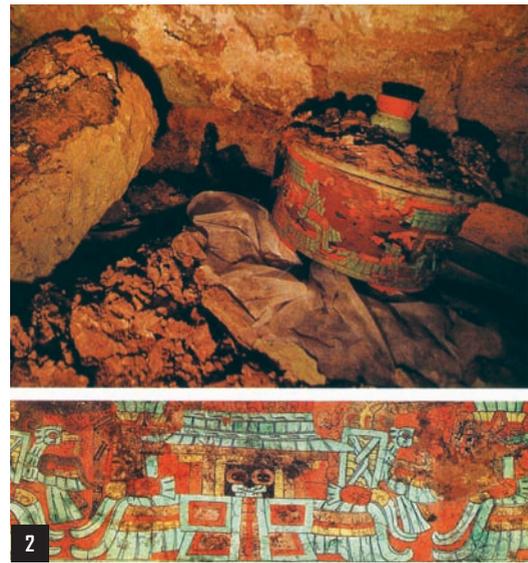
Palenque se destaca por sus grandes construcciones y monumentos públicos, como una suerte de propaganda hacia los gobernantes mayas. Estaban repletos de bajorrelieves que representaban las glorias del gobernante y su derecho al liderazgo. Los líderes más importantes: K'inich Janaab' Pakal y Kan B'ahlam, quienes estuvieron en el poder por más de ochenta años.

Entre los monumentos más emblemáticos, puede mencionarse El Palacio, un complejo de edificios, con altares, tronos, bancas, respiraderos, altos techos y patios. En algunos de ellos hay numerosas representaciones murales, como la Tabla Oval donde se simboliza la entronización de K'inich Janaab' Pakal. Otra de las particularidades de El Palacio es la torre de cuatro pisos como puesto de observación.

El Templo de las Inscripciones es una pirámide de más de 20 m de altura y, en su interior, contiene tres paneles con inscripciones jeroglíficas (la segunda más grande de las ciudades mayas) que cuentan la dinastía de Pakal. Lo interesante es que debajo de la pirámide se encuentra la tumba de Pakal. Lleno de joyería, inscripciones y seis víctimas sacrificiales; sobre la lápida se representa su muerte y su caída al inframundo, del que nace, desde «las fauces abiertas del inframundo», el «árbol de la vida». La escalera que conduce a la tumba fue repleta de ofrendas de jade, cerámica y conchas, tapándolas con piedras, sellando así la tumba.

Pese a no conformar una unidad política entre ellas, las ciudades mayas compartieron un modo de vida, una lengua, una forma de organización socioeconómica, una cosmovisión religiosa, y una forma de manifestación artística e intelectual, que los ligó identitariamente. Algunas hipótesis sostienen que adoptaron una forma política segmentaria, de alianzas permanentes, pero con momentos de debilidad y conflicto. Cabe recordar que, en estas grandes ciudades no vivía el común de la gente. Si no que, la mayor parte de la población, se encontraba dispersa en la selva bajo una economía agrícola-ganadera.

1. Ciudad arqueológica de Copán.
2. Estela H de Copán.



1. Escalera Jeroglífica.
2. Vasija con la imagen de la deidad Chaac en un contexto funerario.

Los logros más característicos de los mayas atañen al desarrollo de los conocimientos y al diseño de un complejo sistema de escritura jeroglífica único en la América prehispánica. Combinaban glifos fonéticos y logográficos cuyos signos se pintaban, tallaban o grababan sobre estelas, muros, dinteles, altares, escaleras o pequeños objetos de uso cotidiano. Disponer de saberes astronómicos les permitió diseñar un calendario muy preciso y un sistema de numeración de base vigesimal (con concepción del número cero) mediante la utilización de dos signos: un punto para designar la unidad y una línea o raya como valor de cinco unidades.

Los sistemas calendáricos eran dos. Uno ritual, regido por las prácticas cíclicas agrícolas, de doscientos sesenta días divididos en trece meses de veinte días cada uno. Otro solar, de trescientos sesenta y cinco días divididos en dieciocho meses de veinte días, con un período «nefasto» de cinco días. Cada cincuenta y dos años coincidían ambos calendarios, y marcaban el final de un período de vida y el comienzo de otro, ya que el mundo actual había de ser destruido por terminarse uno de estos ciclos, para así poder renacer.

Para sostener esta estructura social y política de las grandes ciudades, debían asegurarse el éxito económico que era básicamente agrícola (como se dijo, gran parte de la población desarrollaba sus actividades económicas tierra adentro), por ello era fundamental la tecnología de cultivo. Además del sistema de roza y quema rotatorio que practicaron (tala y quema de pedazos de selva), también desarrollaron cultivos con sistema de riego y andenes sobre las pendientes de las zonas inundables.

Los intentos de explicar —afirma León Portilla (2005)— qué ocurrió a los mayas, zapotecas, teotihuacanos y en general a los que dieron origen y promovieron los desarrollos sociales del Período Clásico en Mesoamérica, son todavía meras hipótesis. La decadencia y el abandono final de las magníficas metrópolis antiguas se produjeron, seguramente, por distintos motivos. Las evidencias parecen indicar un derrumbe repentino de Teotihuacán: ¿se incendió la ciudad como muestran algunos restos de muros y vigas de madera? ¿Fue destruida por fuerzas exteriores o fueron luchas internas político-religiosas las que pusieron fin a estas grandes ciudades? O como dicen algunos autores ¿fueron víctimas de cambios climáticos vinculados a la deforestación y desecación de los lagos por procesos naturales o por la propia acción humana?

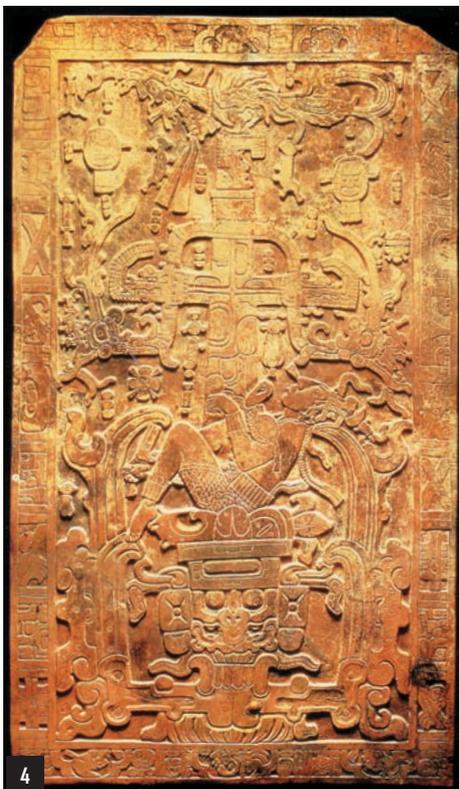


1. Vista panorámica del sitio arqueológico de Tikal.
2. Templo I de Tikal.
3. Arquitectura tendiente a la verticalidad que resalta en el paisaje.
4. Detalle del conjunto estela altar.
5. Vasija funeraria en mosaico de jade del enterratorio 116 de Tikal.





3



4



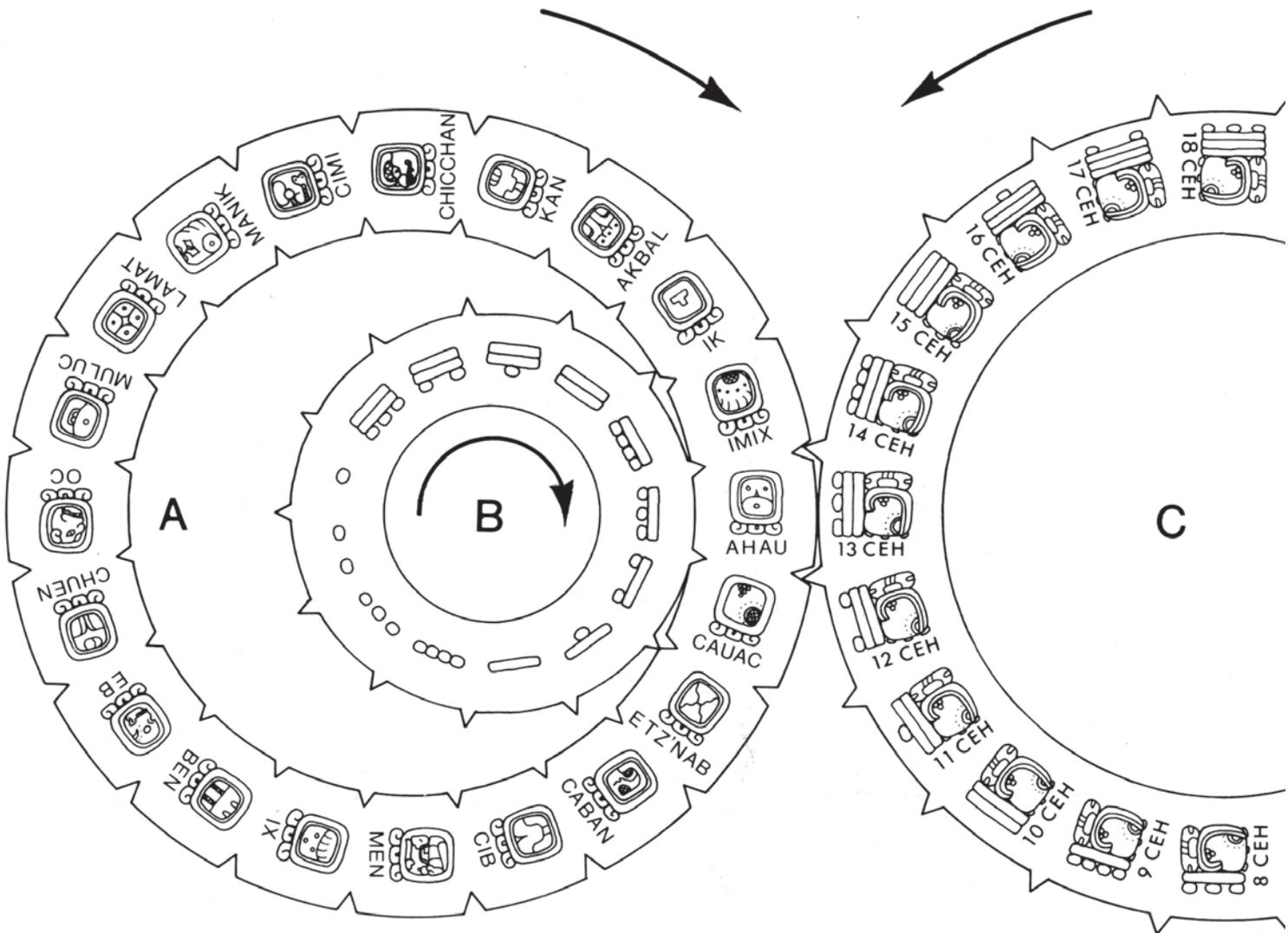
5

1. Vista panorámica del sitio arqueológico de Palenque.
2. Vista del Palacio de Palenque con su torre de tres pisos.
3. Máscara funeraria de Pakal.
4. Tapa del sarcófago de Pakal bajo el Templo de las Inscripciones. Se puede observar al soberano en el momento de su muerte engullido por mandíbulas esqueléticas.
5. Detalle del relieve de kinich Ahau.

Quizá fue la conjunción de estos factores o distintas razones que provocaron desenlaces similares. No se sabe ni se pueden hacer generalizaciones, porque no hay evidencias contundentes de ataques exteriores, grandes incendios, colapsos agrícolas o epidemias universales. Pareciera como si en determinado momento, los sacerdotes dejaron de erigir estelas y las ciudades gradualmente fueron abandonadas y sus habitantes se fueron a buscar otros lugares para establecerse.

Conjeturas aparte, la desaparición de la hegemonía de estas culturas no significó su desaparición absoluta, sus integrantes se fusionaron con otros pueblos que heredaron sus realizaciones clásicas y generaron nuevas que sobrevivieron en el tiempo, incluso en algunos casos, a la conquista europea.

Sistemas calendáricos mayas, ritual y solar, en concordancia.



LAS INTEGRACIONES REGIONALES DE LOS CENTROS URBANOS EN LOS ANDES CENTRALES

A partir del siglo III a. C., hace unos 2300 años AP, el apogeo de Chavín de Huantar dio signos de declinación, y fue abandonado un siglo después, aunque no por ello perdió su valor simbólico y su influencia a lo largo de los Andes. Esto abrió el camino hacia un profundo reordenamiento de las sociedades andinas y el comienzo de un nuevo tiempo marcado por la integración regional de ciudades y aldeas en torno a nuevas formas político-organizativas con centros urbanos-religiosos que servían como núcleos de integración y negociación a distintas escalas con curacas de áreas vecinas.

Las sociedades de las costas tuvieron una cronología más extensa que alcanzó «ambos momentos» (los comúnmente denominados fines del horizonte temprano, período intermedio temprano y comienzos del horizonte medio). Así, unos siglos antes del inicio del primer milenio de nuestra era, en los valles de la actual costa peruana, surgieron expresiones culturales regionales distintas: en la Costa Norte, los pueblos Moche; en la Costa Sur, los pueblos Nazca y Paracas. Los primeros fueron autores de una notable tecnología y calidad estética dada por sus artesanos metalúrgicos y alfareros; los segundos, se destacaron por ser extraordinarios tejedores, alfareros y por un curioso manejo de los paisajes desérticos; en tanto que los terceros se distinguieron por su fina textilería, con sus complejos diseños y por el tratamiento extraordinario que daban a sus muertos.

Hacia el 500 d. C., en la Sierra y en el Altiplano, emergieron grandes centros urbanos-ceremoniales que se organizaron en unidades políticas de gran alcance regional al norte y al sur del Lago Titicaca. Wari, ubicada en el actual departamento de Ayacucho, fue una sociedad con una fuerte impronta expansiva militarista, cuya expansión alcanzó, por el Norte, hasta los territorios de los actuales departamentos de Cajamarca y Lambayeque y, por el Sur, hasta el Cuzco y Moquegua. Por su parte, Tiwanaku, al sur del Lago Titicaca, actual Bolivia, fue un centro de enorme poder cívico religioso, cuya influencia se extendió hacia el Sur, hasta, quizás, el noroeste argentino y el norte de Chile. Recordando los procesos de Mesoamérica, se observa una marcada regionalización de las ciudades, diferenciación social, hegemonía de una élite sacerdotal, crecimiento demográfico, especialización del trabajo, monumentalidad en la traza urbana, entre otras. Cada ciudad-centro regional comprendía un núcleo monumental, con edificios públicos, grandes plazas y áreas residenciales: cada una de ellas controlaba una vasta zona rural habitada por varias aldeas y poblados que dependían de ella económica y políticamente.

Los pueblos moche marcaron la historia de los primeros siglos de nuestra era en los Andes Centrales. Claro que no se puede pensar sino como un continuo de los pueblos de siglos anteriores, a los cuales los investigadores los denominaron Salinar y Gallinazo, (ambos ubicados en la costa norte de Perú).

Salinar fue caracterizado como una red de diferentes asentamientos aldeanos unidos bajo relaciones políticas y simbólico-religiosas. Usualmente, los asentamientos se ubicaron en sitios altos y fortificados para controlar las tomas de agua y alimentar las obras de irrigación de los valles. Esto puede indicar un continuo estado beligerante e inestable entre los distintos nodos urbanos, solo aplacado por negociaciones, alianzas y pactos interétnicos.



En cambio, Gallinazo, asentado en el sector medio de los valles de Lambayeque y Virú, puede haber sido el que preanunció las grandes huacas moche. En ese momento, se construyeron estructuras con grandes basamentos de adobe donde se asentaban promontorios monticulares de gran altura. Los modos constructivos, su orientación y su organización, además de los objetos hallados, son la antesala a lo que siglos más tarde serán los grandes centros políticos-ceremoniales moche.

Entre los siglos I y VIII d. C., los pueblos moche fueron los protagonistas de la árida planicie septentrional de Perú. Este paisaje extremo llevó a que la ocupación se limitara a una serie de valles transversales a la costa, surcados por ríos provenientes de las montañas andinas que desembocaban en el Pacífico. Por tal razón, sus dominios efectivos no fueron extensos. En su período de mayor expansión, ocuparon solo desde los valles de Piura hasta los de Huarney, una distancia de aproximadamente 550 km. Norte-Sur. La extensión Este-Oeste era aún más pequeña. Sus asentamientos se encuentran entre la línea de la costa y el punto donde las llanuras del valle se estrechan para entrar en los cañones que conducen a la cordillera de los Andes, una distancia de unos 50 a 80 km lineales.

La base de su poder fue el control del máximo recurso crítico: el agua. Mediante la creación de una compleja red de canales de irrigación, los moches ampliaron la extensión de tierras cultivables. Algunos hallazgos como el reservorio de San José —con capacidad de almacenamiento de cientos de miles de m³ de agua—, la acequia de la Cumbre —de más de 110 km—, o el acueducto de Ascope, dan cuenta de ello. Si a estas obras hidráulicas, se añade el uso de guano como fertilizante extraído de las islas Chincha y los trabajos de estructuración de las chacras, se comprenderá por qué alcanzó tan alto nivel de producción y coerción. Es probable que ese excedente en la producción haya posibilitado la manutención de una red de artesanos de tiempo completo, y haya generado una tradición de especialistas de excelencia artística y sofisticadas tecnologías.

1. Huaco retrato moche.
2. Vasija escultórica de personaje sacrificial.



1



2

La alfarería moche refleja una confección notable tanto en su morfología como en sus temas representados. Fueron los primeros en emplear la técnica de molde, mediante la cual su producción aumentó rápidamente de escala, y llegó a cientos de miles de piezas. Las formas eran escultóricas o pintadas en plano. Dentro de las primeras, se observan escenas de la vida cotidiana como momentos de caza, de pesca, de construcción de casas, de cosechas, como también de animales, de plantas y objetos. Los llamados «huacos retratos» eran modelados con caras de distintos personajes, con gestos, adornos faciales o símbolos de poder (orejeras, naguireras, tembetás). También se moldearon figuras eróticas en las que se representan escenas de coito entre seres humanos y seres míticos, así como entre personas de igual o diferente sexo.

Las vasijas también fueron soportes para pintar complejas escenas de diversa índole: de guerra, de fiesta, de sacrificios, de rituales, etc. Pero cada pieza no es un relato en sí mismo, sino que se asocia con otras contando historias o mitos, como por ejemplo, la Rebelión de los Objetos. Estas historias también son replicadas en grandes murales de distintos centros moches, como en la Huaca de la Luna.

Se lograron grandes avances técnicos metalúrgicos. Lo más llamativo son las aleaciones de oro, plata y cobre en combinaciones varias y técnicas pioneras para dorar objetos de cobre. Bajo distintas formas de laminado, martillado, alambrado, soldaduras, se confeccionaron herramientas, armas, atuendos, emblemas, ornamentos y toda una variada y rica parafernalia ritual (como prendas de algodón cubiertas con plaquetas de metal dorado, que parecían estar hechas completamente de oro).

La arquitectura monumental moche también requirió de gran cantidad de mano de obra. Los moches ampliaron la escala de construcción en comparación con sus predecesores (Gallinazo). Algunas de las más conocidas son los complejos templarios denominados Huaca del Sol y Huaca de la Luna. La primera es una pirámide rectangular de 228 m por 136 m de superficie y 50 m de altura, con cinco plataformas. Se asciende a la cima mediante una rampa de 90 m de longitud y sobre la cual se eleva una pirámide escalonada con otras cinco plataformas. Debe de haber contenido más de ciento cincuenta millones de ladrillos de adobe, los cuales tenían impresos sellos que daban cuenta de qué grupo de artesanos los habían realizado (en total se contabilizaron cerca de cien sellos distintos).

La Huaca de la Luna se encuentra a unos 500 m de la anterior. De tamaño menor, es un edificio abierto, con una sola plataforma en uno de los lados, mientras que los otros tres están bordeados por seis terrazas escalonadas. En ella, se han localizado fragmentos de distintas pinturas murales.

Las evidencias dan cuenta de una organización sociopolítica no centralizada, sino de redes. No había solo un pequeño grupo de poder. Eran varios que controlaban los recursos de agua de cada valle. Esto requirió una compleja red de alianzas, negociaciones, intercambios; cada «señor» debía legitimar su poder a través de la construcción de obras monumentales, rituales ostentosos y supremacía militar, principalmente.

En el momento de mayor expansión (entre el 300 y el 600 d. C.), existió una clara división entre los que controlaban los valles del Norte y los valles del Sur, ambos sometidos a un estado continuo de hostilidad. Los «señores del Norte» controlaban los valles de Lambayeque (Sipán, Pampa Grande) y los de Jequetepeque (San José de Moro, Huaca Dos Cabezas, Pacatnamú, Sián, entre otros). Los «señores del Sur», entre tanto, controlaban los valles de Moche



Vasija escultórica que representa los sacrificios de la montaña.



1. Adorno de oro funerario.
2. Tocados de oro.



(Huacas del Sol y de la Luna, Huanchaco, Galindo) y los de Chicama (Mocollope, Huaca Cortada, Huaca Cao Viejo, Complejo El Brujo).

Las representaciones artísticas moche mostraban guerreros de pie o en combate, pero, particularmente, una escena se repite: los derrotados eran desvestidos y con las manos atadas y una soga al cuello eran presentados, subiendo por unas largas escalinatas, a una deidad que los sacrificaba. Al excavar las tumbas de Lambayeque (las más conocidas, la del Señor de Sipán y la Dama de Cao), se demostró que las deidades eran dignatarios. Eran tumbas de sacerdotes guerreros que llevaban a cabo distintas ceremonias, afianzando su poder. Allí se hallaron, no solo un centenar de piezas cerámicas y metalúrgicas que repiten el mito, sino también todos los objetos de filiación guerrera que aparece en la iconografía, como dos cuchillos que se usaban para la decapitación de los prisioneros.

Pero la estabilidad en el poder era errática, demasiados eran los factores que se debían controlar. Por eso, se cree que la caída de los «señoríos moche» tiene que ver con la pérdida de legitimidad de los sacerdotes guerreros al no poder controlar disturbios sociales y naturales. Hacia el 800 d. C., la costa peruana había sido devastada por tempestades causadas por la corriente de El Niño. Las grandes inundaciones derribaron muchas huacas, mientras que los subsiguientes períodos de sequía dejaron sin alimento a la sociedad. A la inestabilidad social interna, se le sumaron conflictos bélicos con guerreros wari de la actual región de Ayacucho, lo cual dejó a los pueblos moche disgregados y sin poder.

La Costa Central peruana, el área Pedemontana y las Serranías Centrales vivieron —como otras regiones— una etapa de grandes cambios durante los tres siglos anteriores a nuestra era, en los que muchos sitios de peso político quedaron deshabitados, y se produjo una gran fragmentación entre los pueblos. Hacia los 300 y 200 años a. C. volvió a haber algunos nucleamientos poblacionales, con la construcción de algunos centros de índole integracionista.

Hacia el sur de la actual ciudad de Lima, en los Valles de Chíncha, Pisco, Río Grande de Nazca, Palpa y, principalmente, en el Valle de Ica, comenzó el momento de esplendor de los pueblos Paracas. Dejaron su sello distintivo en su finísima textilería, muchas de ellas usadas para envolver a sus difuntos en verdaderos «fardos funerarios». A fines del primer milenio antes de nuestra era,

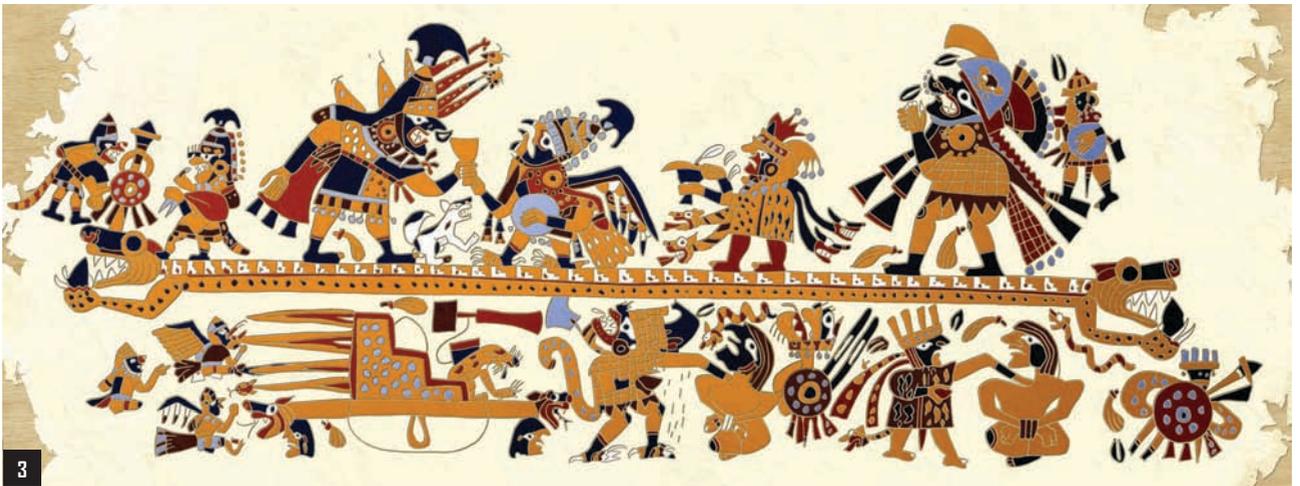


1



2

1. Huaca del Sol.
2. Reconstrucción de la tumba del Señor de Sipán.
3. Escena representada en diversas vasijas y pinturas murales sobre el sacrificio de cautivos.
4. Murales en la Huaca de la Luna.



3



4

predominaron las sociedades paracas sobre los valles del Sur, ya sea por sus manifestaciones artísticas, el tratamiento de los difuntos o la disposición constructiva de sus enterratorios. Evidencia de ello son los cambios sucesivos que sufrieron sus manifestaciones plásticas a lo largo de los años.

A partir de nuevos fechados radiocarbónicos se pudo observar que, entre el 400 a. C. y el 200 a. C., hubo una fuerte influencia Chavín. Sea por contacto directo o indirecto, lo cierto es que la iconografía Chavín aparece representada en alfarería y en tejidos de algodón pintado. Las caras de perfil con colmillos entrelazados, patas de caimán, personajes con dos cetros, entre otros, tienen un claro dominio sobre la materialidad de los sitios del Callango. A finales de este momento, y curiosamente de forma paralela a la caída de Chavín, desaparecen estos cánones iconográficos, y dan lugar a nuevos personajes con sus propias formas de representación. Es el momento del «ser oculado» como protagonista indiscutible: un personaje de brazos extendidos, cuerpo antropomorfo, rostro felino, una suerte de mimetismo entre hombre y animal. De su cabeza y su cuerpo salen múltiples apéndices que llenan el espacio plástico: serpientes, cabezas trofeos (cercenadas), armas, felinos, monos, halcones. Lo uno y lo múltiple. El ser oculado no se encuentra solo plasmado en los tejidos de algodón (a los que se los denomina «estilo lineal»), sino también, en alfarería, metales, calabazas pirograbadas, murales y en máscaras que se colocaban en la cabeza de algunos difuntos.

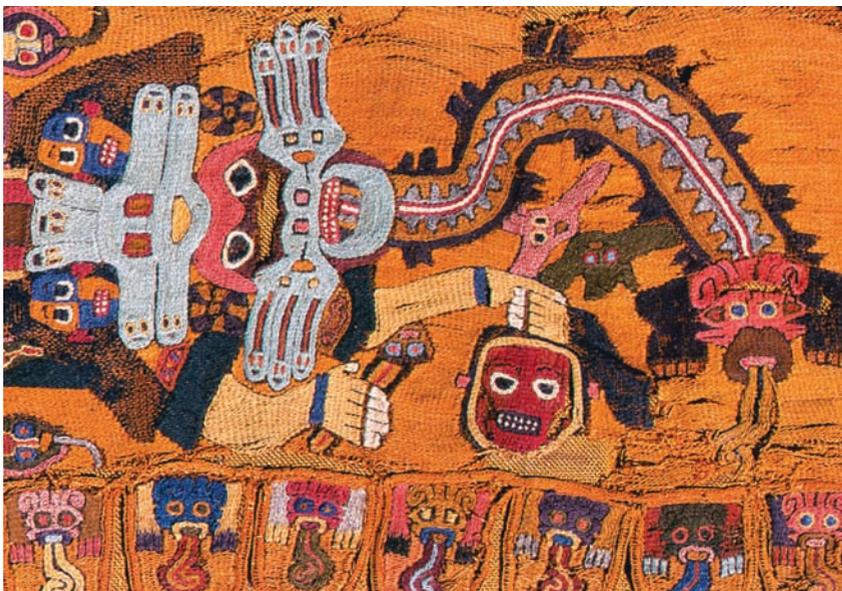
Esta nueva lógica estuvo acompañada de nuevas construcciones arquitectónicas. La más llamativa fue el Centro de Ánimas Altas (de más de 100 ha), que contaba con trece montículos con plataformas, edificios pequeños, grandes espacios de almacenamiento, plazas y canales de irrigación. Los enterratorios eran colectivos en cámaras funerarias. En las personas se observan deformaciones craneanas cuneiformes y evidencias de trepanaciones. Pero luego de un siglo Ánimas Altas perdió su esplendor y hubo una gran migración hacia la cuenca de Ocucaje.

Este momento coincide con el comienzo de una interacción con dos nuevas fuerzas regionales: las Sociedades Nazca y Topara. En el Valle de Ocucaje la actividad ritual aumentó sorpresivamente. Se hallaron enterratorios colectivos de más de cuatrocientos cincuenta fardos, por lo general, cada uno de ellos dentro de una cesta y con un excesivo ajuar funerario ubicado entre los pliegues de las telas (uno de los fardos que se halló contenía más de cien textiles que lo envolvían). La deformación craneana dejó de ser cuneiforme y para a ser la denominada «cabeza larga», y se perdieron ya evidencias de trepanación.

Algunos investigadores sugieren que los habitantes de los valles cercanos consideraban la península de Paracas un espacio sagrado donde enterraban a sus «señores», con cuidadosas mortajas compuestas por muchos textiles de finísima elaboración. Los entierros, a su vez, contenían túnicas, turbantes, comida, adornos, armas, animales disecados y lujosa cerámica policroma, que exhiben los distintos estamentos de la sociedad de Paracas y el poder de los señores que extendieron su influencia por los valles de Chincha, Pisco, Ica y Nazca. Con respecto a las manifestaciones plásticas, del ser oculado hay distintas variantes que se «animalizan», como si fuesen seres híbridos, y muestran una mayor voluntad descriptiva y naturalista de los temas. Surgió una nueva forma de confeccionar los tejidos, el estilo denominado «bloques de color».

Península de Paracas.





Tejido Paracas con Influencia Chavín.

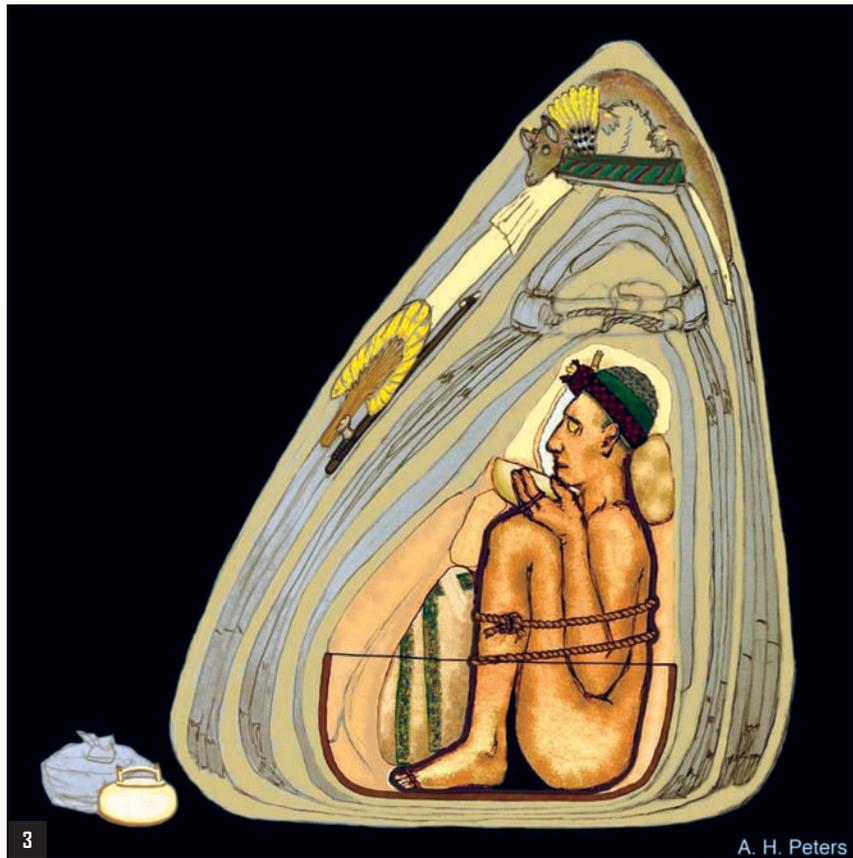
Manto Paracas de estilo Lineal con el personaje del ser oculado.



1



2



3

A. H. Peters



4

3



5

1. Unku Paracas.
2. Turbantes utilizados en necrópolis Paracas.
3. Esquema de un fardo funerario de necrópolis Paracas.
4. Evidencia de trepanación craneana.
5. Deformación craneana cuneiforme.



1. Manto Paracas de estilo Bloque de Color.
2. Manto bordado de estilo Bloques de Color.
3. Detalle bordado de uno de los tejidos.



Mientras tanto, en los valles de la Costa Sur peruana en la cuenca del Río Grande de Nazca, otros hábiles ceramistas —quizás, herederos de la destreza Paracas— iniciaron estilos independientes que culminaron en modos inconfundibles. Caracterizados por la brillantez, el colorido y el simbolismo de sus representaciones, la presencia de deidades y seres con fuerte carga de elementos felinos, los convirtieron en creaciones extraordinarias del arte universal.

Los estudios sobre los pueblos de Nazca se centran en la secuencia de los estilos cerámicos más que en sus asentamientos, ya que no es mucho lo que se puede decir de la arquitectura nazca. Es una de las zonas más áridas de la costa peruana, por lo que son una incertidumbre las formas constructivas que emplearon para el suministro de agua.

Los complejos habitacionales hallados en los valles de Nazca, de Acari y de Ica son asentamientos bastante simples contruidos con adobe y algunas construcciones de carácter templario monticular. El único centro importante es

el del Cerro Soldado, Valle de Ica, donde se distinguen montículos, una plaza y numerosas casas, al igual que el centro ceremonial situado junto al río Tungva, un pequeño templo circular rodeado de un conjunto de cuartos y casas.

Su alfarería merece un párrafo aparte. Hasta el siglo II a. C., se representaban temas relativamente naturalistas, por lo general, especies animales y vegetales, figuras con trazos simples y grandes áreas de color. Un estilo caracterizado por la claridad y la simplicidad. Pero un fuerte cambio sucedió a partir de ese siglo, con diferencias locales en los diferentes valles. Quizás debido a una «revolución religiosa», aparecieron rasgos nuevos: temáticas militares (guerreros, cabezas cercenadas, armas) y el ser mítico antropomorfo que, al igual que el ser oculado

1. Sitio arqueológico de Cahuachi.
2. Acueducto Nazca.
3. Fardos funerarios en el cementerio de Chauchilla.



en Paracas, fue símbolo por excelencia en Nazca. Posee una máscara sobre la boca, una maza en una mano y una cabeza trofeo en la otra, de su frente sale un manto con muchos apéndices. No es un motivo estable, sino que posee muchas variantes. Los temas icónicos pueden ser ordenados en tres categorías: naturalistas (pájaros, flores, animales), geométricos y míticos. Permanecen ausentes la retratística y las escenas de vida cotidiana, pues se trata de un arte más simbólico que representativo.

Dentro de la temática religiosa, además del ser mítico antropomorfo aparecen la orca mítica, el gato moteado, la criatura serpentina, la arpía, el segador, entre otros. Hacia el siglo V d. C., se evidenció una tendencia en las representaciones plásticas más «prolífica». Se añadieron rayos y borlas a los seres míticos, y ocupaban todo el espacio plástico. Disminuyeron los temas naturalistas y aumentó la temática militar. Una gran dispersión de vasijas con escenas de batallas y decapitaciones aparece, desde el Valle de Cañete hasta Yauca y Acari, que muchos investigadores han explicado como un momento de contacto y conflicto entre las sociedades nazca y las moche.

La relación entre las sociedades paracas y nazca ha sido interpretada como forma de tradición costera continuada, con una percepción religiosa común con temas compartidos (como las cabezas trofeo), aunque, en la sociedad nazca, es la alfarería el medio principal de representación en detrimento de los tejidos.

Pero de los muchos aspectos de la sociedad nazca, han sido los geoglifos de la pampa de Ingenio, entre Nazca y Palpa, los que han tenido fama mundial. Las llamadas Líneas de Nazca, trazadas a una escala descomunalmente grande (los motivos lineales pueden tener de 4 a 1000 m² mientras que los dibujos de 15 a 140 m²), habrían sido realizadas sobre la base de la remoción de grava propia del desierto, que dejaron al descubierto el suelo estéril de coloración clara.

La hipótesis con más peso en la actualidad es la que plantea su relación con el culto al agua. El importante vínculo con el medio ambiente, en esta zona de gran aridez, se manifiesta no solo en la alfarería, sino también, en los geoglifos. La orientación de los trapecios se correlacionan con el caudal de agua y las líneas rectas, en sus intersecciones, poseen grandes ofrendas monticulares con conchas marinas, al igual que las figuras de plantas y animales. Corresponde pensar en un modo artístico que no está para ser visto, sino transitado, experimentado, modificado, sacralizando la geografía.

A mediados del primer milenio de nuestra era, los desarrollos regionales habían incrementado la población en los Andes Centrales, producto de la agricultura intensiva, bajo diferentes sistemas de riego y terrazas de cultivo. Las grandes ciudades constituyeron unidades políticas complejas, cuyos «señores» incrementaron su poder e influyeron sobre otros pueblos y regiones. La expansión de las sociedades hizo que entraran en competencia por los recursos alimenticios.

En la Sierra peruana y en el actual Altiplano boliviano, emergieron dos grandes unidades políticas de alcance e integración regional al norte y sur del Lago Titicaca: Wari y Tiwanaku.

Las áreas de control de estas dos unidades no parecen haberse superpuesto. Su límite se encontraba cerca de la actual ciudad de Puno. Wari se ubicó en el actual departamento de Ayacucho, Perú, y su expansión alcanzó, por el Norte, hasta los territorios de los departamentos de Cajamarca y Lambayeque; por el Sur, hasta el Cuzco y Moquegua, y, por el oriente, las selvas de la región de Vilcanota.



Cabeza trofeo con soga para su traslado.



Vasija con asa puente con el personaje mítico antropomorfo.



Vasija con representación del ser mítico antropomorfo en su fase prolífica.



Vasija modelada de orca mítica.

Tiwanaku en cambio, extendió su influencia por la cuenca del lago Titicaca, las tierras del Altiplano boliviano, los valles cochabambinos y chuquisaqueños, el desierto chileno, las yungas orientales y otras regiones que aún están en estudio.

Algunos investigadores sostienen que Wari y Tiwanaku representan dos modos políticos distintos de expansión y organización. Mientras la base del primero era del tipo militarista con nodos administrativos en las poblaciones locales que entraban en su dominio, el segundo instauró un extenso y complejo sistema de redes de alianzas entre distintos pisos ecológicos bajo negociaciones recíprocitas, manejando las redes de caravaneo de los Andes Centro-Sur.

1. Geoglifos trapezoidales.
2. Geoglifo con representación de mono.
3. Geoglifo con representación de ave.
4. Geoglifo con motivo de ballena.
5. Detalle de las líneas.



La hegemonía de Wari se produjo entre los años 600 y 1200 d. C. Representó un complejo desarrollo político coercitivo en los Andes Centrales, ya que integró desarrollos urbanos anteriores de naturaleza muy disímiles. Wari reclamaba a las nuevas comunidades satélites el aporte de materia prima, recursos y mano de obra de acuerdo con su propia agenda bajo reglas de complementación y reciprocidad. Fue una sociedad urbana que organizó su economía a partir de una fuerte planificación que contemplaba sistemas de cultivos intensivos de irrigación por terrazas, o por sistema de camellones o waru waru, y de ganadería de llamas y alpacas en todas las ciudades que conquistó.

Fueron los primeros en desarrollar la idea de traza urbana en el área andina, con la que levantaron grandes complejos arquitectónicos, con muros perimetrales que encerraban las casas, almacenes, calles y plazas. Construyeron edificios para la administración civil, para las guarniciones militares y núcleos urbanos



organizados en barrios de artesanos. Todas las construcciones eran amplias y de un solo piso, siguiendo una arquitectura planificada, modular y simétrica. Lo interesante de sus ciudades es su acceso y visibilidad. No solo estaban amuralladas, sino que los corredores interiores tenían paredes de 3 m de altura, con lo que resultaba imposible ver del otro lado. Su único acceso hacía de ellas una suerte de laberinto imposible de flanquear.

Algunos de los centros Wari fueron: Piquillaqta, al este de Cuzco; Wiracochapampa, en Huamachuco; Huariwillca, en el Callejón de Huaylas; Cajamarquilla y Pachacámac, en Lima. Los centros regionales cumplían el rol de almacenamiento y circulación de bienes, muy diferentes de los centros ceremoniales.

La cerámica Wari tuvo influencia de Tiwanaku. Inicialmente eran vasijas votivas de gran tamaño y se utilizaban en los enterratorios como ofrendas, pero se fue transformando a tipos de objetos más pequeños: botellas con cuello, cuerpo ovoide y base plana, botellas con pico, cántaros con cuello cilíndrico, entre otros. Los motivos característicos son antropomorfos e incluyen elementos trazados, como seres míticos con cabeza felínica. Hay motivos tiwanaku que se resignificaron bajo nuevos cánones plásticos, como la deidad de los dos báculos o el personaje alado.

A partir del año 1000 d. C. la ciudad de Wari decayó como centro político y perdió el control de las ciudades y territorios que tenía bajo su dominio. Esto produjo la emancipación de los pueblos dominados y el abandono de las grandes ciudades. Se desconocen las causas del declive de Wari, por lo que no se puede aventurar una hipótesis sin elementos serios.

Tiwanaku, situado en el actual departamento de La Paz (Bolivia), a pocos kilómetros del lago Titicaca y a una altura de 3842 m. s. n. m., fue el centro urbano ceremonial más importante del Altiplano. La caída de los centros Pucará, en el siglo III de nuestra era, coincidió con la emergencia de Tiwanaku como una potencia del



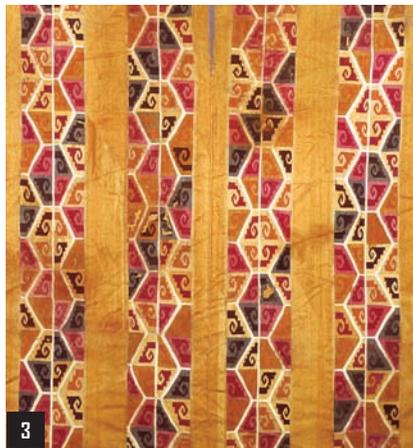
1. Placa de hueso y mineral de cobre.
2. Sitio arqueológico de Piquillacta.



lago. Transformándose en un centro urbano de importancia, alcanzó su hegemonía entre los años 300 y 900 d. C., dando impulso a una fuerte integración económica que excedió los límites del territorio controlado.

Por un lado, estimuló la producción alimenticia y de bienes suntuarios a gran escala conforme a las necesidades de la élite dirigente y, por otro, alentó un mayor desarrollo de los circuitos de intercambio. Pero, sin dudas, la prioridad de «los señores del lago» fue el aumento de la producción agrícola, para atender las crecientes necesidades y asegurar la alimentación al conjunto de la población de la ciudad, de las áreas rurales y los centros vecinos de la cuenca del Titicaca. Se llevó a cabo una estrategia de agricultura intensiva por sistema de camellones, largas plataformas de tierra cultivable construidas por excavación de zanjas a ambos lados que, luego,





1. Tocado wari.
2. Vasija silbadora con motivos geométricos.
3. Unku wari con motivos geométricos escalonados.
4. Vasija policroma wari.
5. Gorro de cuatro puntas.
6. Casco wari.





Lago Titicaca.

eran inundadas. Las aguas contenidas en las zanjas, además de servir como reservorios de humedad para la estación seca, producían un efecto moderador sobre las temperaturas, atenuando las heladas. Su mayor exponente fue Pampa Koani.

Entre los 400 y 800 años d. C., Tiwanaku se erigió como el centro de una red jerárquica de urbes secundarias, que se expandió mediante el envío de colonos a las tierras bajas situadas a ambos lados de los Andes. Estableciendo enclaves comerciales en puntos distantes, abarcaban amplias porciones de territorio del extremo sur del Perú, el altiplano de Bolivia, las yungas orientales, el extremo norte de Chile, incluso algunas localidades septentrionales del noroeste de la Argentina. Gradualmente, sin embargo, declinó, hasta desintegrarse en algún momento del siglo XI d. C., por circunstancias vinculadas a una desastrosa y larga sequía.

El lago Titicaca fue considerado por mucho tiempo como un *taypi* o *axis mundi*, un centro en el que convergen los opuestos que se complementan. Desde él, se dividía el mundo en Urco (el poniente, el altiplano, lo masculino) y Uma (el saliente, los valles, lo femenino).

La arquitectura de la ciudad de Tiwanaku es una continua metáfora al lago, al *taypi*. Su trazado urbanístico está dado por una red de alcantarillados subterráneos o en superficie que le da una estructura concéntrica, simbolizando una gradación concéntrica de lo sagrado (el centro es el *taypi*). Por otro lado, rigen principios axiales cardinales. El eje Este-Oeste remite al camino del sol que une el cerro Illimani (al oriente) con el lago (al poniente), materializado en las escalinatas de la pirámide del Akapana. El eje Norte-Sur los núcleos ceremoniales gemelos, al norte el Akapana, al sur el Pumapunku.



1. Vista del Akapana.
2. Alcantarillado dentro del Akapana.
3. Sistema de camellones en Pampa Koani.

Actualmente, del centro ceremonial de Tiwanaku, solo quedan vestigios derruidos o, en parte, reconstruidos. Entre ellos: la Pirámide del Akapana, el Templo de Kantatayita, el Templete Semisubterráneo, el Templo de Kalasasaya, el Palacio Putuni, el Palacio Kheri Kala y la Pirámide de Pumapunku.

El Akapana, de 182 m de ancho por 194 m de largo y 18 m de alto, es una estructura con planta de media cruz andina (símbolo de las cuatro partes del mundo habitado), compuesta por siete terrazas superpuestas. Una escalinata, con esculturas de chachapumas (imágenes de guerreros con máscara de pumas, con una cabeza en una mano y un hacha en la otra) erigidas sobre

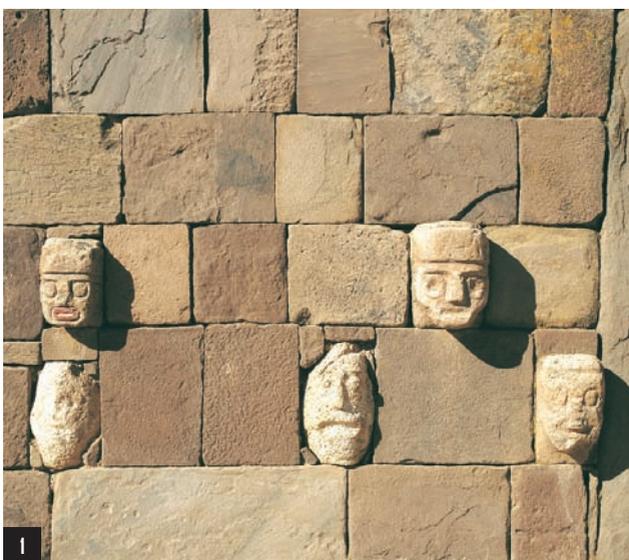
pedestales, lleva a la cima cuyo centro tenía un patio hundido en forma de cruz andina donde se acumulaban las aguas pluviales. Los ingenieros instalaron en la pirámide un sofisticado sistema de canales subterráneos que hacía que las aguas drenen por fuera y dentro de la pirámide descendiendo por las terrazas hasta un gran sistema de desagüe subterráneo que daba al lago. Imitaba la circulación de las aguas de lluvia que, entre diciembre y marzo caen con súbitas tormentas sobre el cordón montañoso de Quimsachata; escurren por una infinidad de arroyos subterráneos que, cada ciertos trechos, afloran a la superficie, se apoyan en las terrazas naturales y se infiltran de nuevo en el interior de la montaña, y emergen al pie del macizo en forma de ríos, arroyos y manantiales que constituyen la fuente de agua para todo el valle.

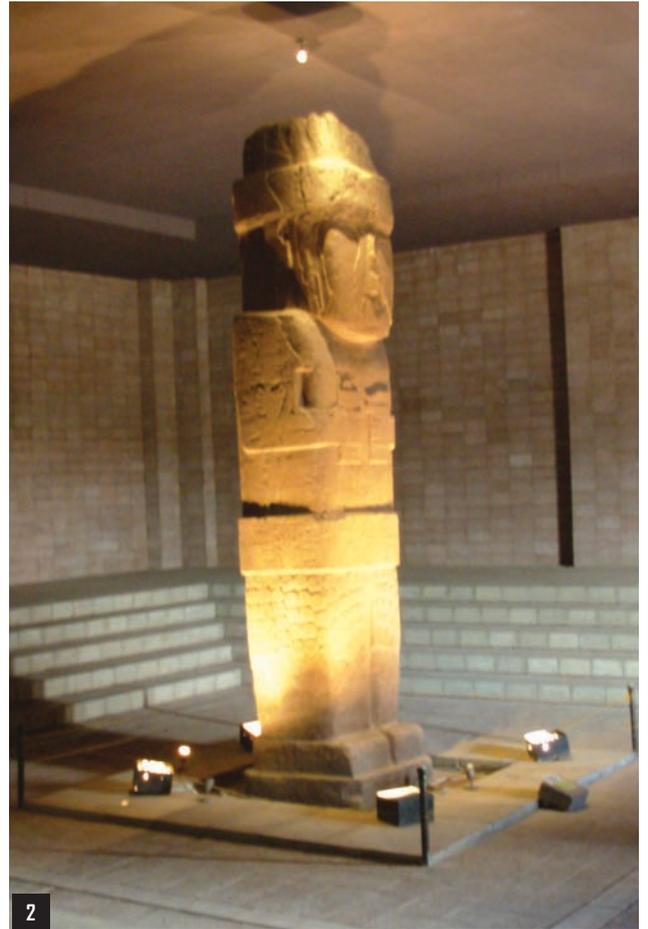
Flanqueando la Pirámide de Akapana por el Norte, se encuentra un patio abierto, conocido como el Templo Semisubterráneo. En sus muros hay 175 cabezas humanas esculpidas en piedra caliza. A poco más de 20 m al oeste del Templo y al norte de la Pirámide, la prominente portada del Templo Kalasasaya orientada al sol naciente, en la que su interior guarda la Puerta del Sol, el Monolito El Fraile y el Monolito Ponce. Posee patios internos y dos filas de siete pequeñas cámaras cuadrangulares, donde se supone que alojaban los cuerpos momificados de gobernantes fallecidos o de ancestros de los linajes de la élite. Al oeste del templo, separadas por una amplia avenida, están las ruinas del Palacio Putuni, un complejo de planta rectangular de grandes dimensiones y más al oeste del Putuni, se encuentra el Palacio de Kheri Kala.

A unos 900 m en dirección al suroeste del Kheri Kala, se encuentra sin duda el edificio más suntuoso de la ciudad, la Pirámide de Pumapunku formada por tres terrazas superpuestas escalonadas, con un amplio espacio terraplenado en forma de «U». Sus pisos están tapados con minerales y arcillas que les dan múltiples colores. Posee grandes sillares líticos, que probablemente hayan estado cubiertos con placas metálicas y telas, portadas (una idéntica a la del sol), dinteles, estatuas de chachapumas, entre otros.

Tiwanaku impulsó una fuerte integración económica que excedió los límites formales de su territorio. Ante un diverso escenario de nichos ecológicos y

1. Cabezas clavadas en el Templo Semisubterráneo.
2. Vista del Kalasasaya desde el Templo Semisubterráneo.





sociedades que los habitaban, empleó diferentes sistemas de trabajo para obtener sus recursos. Así se enfrentó en las yungas, con pueblos agrícolas que practicaban el sistema de tala y quema, en tanto que, en las márgenes del río Desaguadero, afluente del lago Poopó, encontraban núcleos de urus pescadores y recolectores del río y del lago. Pero lo más importante fue el manejo y control de las redes de tráfico caravanero que conectaba de forma eficaz distintos pisos ecológicos y generaba relaciones de clientelismo, de intercambio o de alianzas con los pueblos de los Andes del Sur.

Hacia fines del primer milenio, Wari y Tiwanaku comenzaron una lenta declinación que culminó con el abandono de sus centros urbanos y regionales. Las causas ciertas del colapso se desconocen y, para el caso, podría repetirse la línea argumentativa de León Portilla para explicar el similar proceso ocurrido en Mesoamérica. De todos modos, hay coincidencia entre los investigadores que señalan las graves consecuencias de un prolongado período de sequía, que habría producido una reducción drástica de alimentos que debilitó la situación de las élites que controlaban las áreas de integración. Los indicios muestran que se caracterizó esta etapa por el enfrentamiento entre ciudades que dio inicio al Período Posclásico, en el cual surgirían diferentes desarrollos regionales.

Cuatro siglos más tarde, cuando los españoles preguntaron por el origen de los inkas, se les dijo que sus héroes fundadores venían de Tiwanaku. Mito o realidad, lo cierto es que las élites incaicas explicarían el origen divino y de ellos mismos a

1. Monolito Ponce.
2. Monolito Bennett.



partir de las Islas del Sol y de la Luna del lago Titicaca, donde se halla el Templo del Sol y la Roca de los Orígenes. Copiaron vocabularios iconográficos de Tiwanaku, consideraron la posibilidad de establecer la corte real en este sitio, se inspiraron en parte en sus ruinas para construir el Cuzco y vincularon su linaje real con los señores de la prestigiosa ciudad altiplánica.

En algún momento, los inkas remozaron uno de los templos de Tiwanaku y practicaron rituales en él. Al menos un soberano se las ingenió para que su hijo naciera en uno de los aposentos que los cuzqueños construyeron en los alrededores de las ruinas. Lo que los inkas estaban haciendo con estos despliegues llenos de significación política, era importar legitimidad de los legendarios Señores del Lago Sagrado para forjar su propio Imperio.



1



2

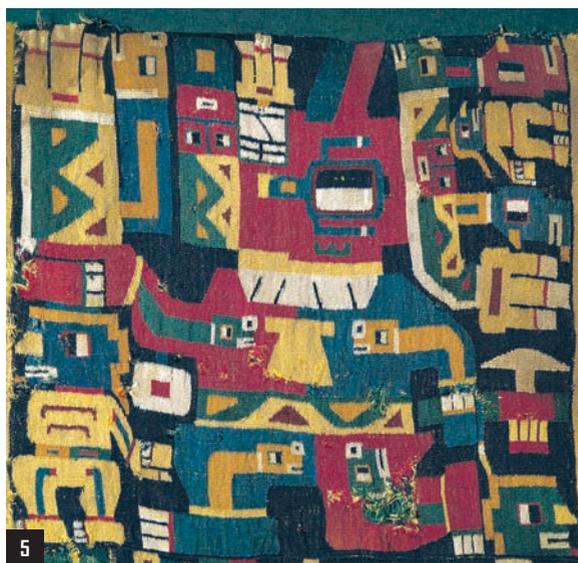


3



4

1. Portal del Pumapunku.
2. Chachapuma.
3. Incensario con modelado de águila.
4. Incensario con modelado felínico.
5. Manto con personaje de los dos cetros hallado en Pulacayu.



5

La desintegración de las grandes unidades políticas mesoamericanas y andinas condujo, a comienzos del segundo milenio de nuestra era, a un proceso de profunda inestabilidad y fragmentación debido al aumento de conflictos regionales (e interregionales) y enfrentamientos militares. Esta situación provocaría grandes cambios sociales y políticos en las élites y en el sistema de ideas, creencias y ritualidades, vinculadas al militarismo emergente. Los señores-sacerdotes poseedores de un poder legitimado en el saber y el conocimiento, serían desplazados por una élite de señores-guerreros, que darían su impronta a las nuevas sociedades.

Los conflictos derivados de disputas territoriales por los recursos, el comercio y la circulación de bienes, culminaría en sujeciones políticas de unos pueblos sobre otros, bajo las formas de construcción estatal más extensas y complejas del mundo antiguo americano. Durante los tres siglos previos a la llegada de los europeos, se produjo la formación de las dos unidades políticas imperiales o los dos Estados centralizados más extensos de América: en Mesoamérica, la Confederación Mexica o Azteca y, en Sudamérica, el Tawantinsuyo Inka.

Ambos tuvieron características organizacionales diversas. Por un lado, los mexicas o aztecas ejercieron un poder indirecto, mediante la cooptación de las élites vecinas para la contribución de tributos. No organizaron territorialmente un enorme Estado centralizado, dividido en administraciones provinciales, a cargo de gobernantes mexicas y sin infraestructura de caminos o guarniciones militares. Por otro lado, los inkas organizaron una fuerte integración política estatal, apoyándose tanto en alianzas con otros señores andinos como en la expansión militar. Organizaron un Estado centralizado (el Tawantinsuyo) dividido en cuatro administraciones provinciales (o Suyos), con funcionarios inkas, articulado por una extensa red de caminos y comunicaciones que permitía administrar pueblos y regiones muy distantes, para explotar los recursos y obtener excedentes.

Por fuera de estas dos organizaciones estatales imperiales, una constelación de pueblos muy diversos, se extendía por las praderas y estribaciones de las montañas norteamericanas, las selvas y cordones montañosos de Centroamérica, las selvas de la cuenca Amazónica-Guaraní, el monte chaqueño centro-sudamericano, los valles y quebradas circumpuneños, las verdes praderas rioplatenses y araucanas, como el sur patagónico de la Argentina y Chile. Un conglomerado heterogéneo de sociedades aldeanas agricultoras o pastoriles, que combinaban una economía de producción con la recolección y la caza según las regiones que, para esta etapa, conocían la cerámica, la textilería de distinto tipo y tenían una organización social bastante simple no exenta de jefaturas y señoríos, con una religiosidad vinculada al universo simbólico de la vida, los astros y la tierra.

LOS DESARROLLOS REGIONALES DE LOS GRANDES ESTADOS IMPERIALES EN MESOAMÉRICA

Hacia el año 1000 d. C., el vacío de poder producido por la caída de Teotihuacán, produjo un desmembramiento en la población del Valle Central. Sin embargo, las inmigraciones cada vez más fluidas de grupos cazadores-recolectores del Norte desértico creó un paisaje salpicado de múltiples pueblos. Los grupos del Norte, muchas veces denominados chichimecas (quizás un denominador común para

PERÍODO POSCLÁSICO. LOS DESARROLLOS REGIONALES DE LOS GRANDES ESTADOS IMPERIALES (900 D. C. A 1500 D. C.)



grupos distintos, pero que compartían las características «seminómadas»), incorporaron modos agrícolas incipientes y establecieron alianzas con sus vecinos de modo de apropiarse de los espacios ocupados.

Años más tarde, en el mismo escenario, se produjo la formación de un núcleo de dominación política (suerte de alianza de pueblos agricultores y chichimecas) en la meseta central del valle, con su centro en la ciudad de Tula, cuya influencia en distintos ámbitos se extendería más allá del Valle de México, y llegarían más allá de la Península de Yucatán.

Tula poseía extensas tierras aptas para el cultivo y recursos valiosos en piedra caliza y depósitos de obsidiana, pero además, ocupaba un lugar clave en las rutas de intercambio con el Golfo y las Tierras Bajas y Altas del Sur, que le permitieron convertirse en un centro político-económico. Tula fue la gran metrópoli de la Sociedad Tolteca. Su militarismo, organizado en órdenes identificadas con el jaguar y con el águila, fue indispensable para el ejercicio de la dominación de todo un sistema de redes de intercambios en un amplio espectro territorial.

Recuperaron elementos teotihuacotas (cabe recordar que el peso simbólico de Teotihuacán sobrevivió a su propio abandono), como el calendario, el conocimiento astronómico y el culto a Quetzalcóatl. Pero no solo eso, tomaron a Teotihuacán como su propio «lugar de origen mítico», una forma de sustentación cosmológica de pertenencia. Las ruinas de Tula dan testimonio de una entramada metrópoli, con singulares figuras escultóricas como Atlantes y Chac Mool, que se encontraron luego en Chichén Itzá, ciudad de la esfera de dominio maya del período posclásico temprano en la Península de Yucatán.





1. La ciudad arqueológica de Tula, vista de la Pirámide B.
2. Atlantes, representaciones de guerreros preparados para la batalla con átlatl a su costado, pectorales de mariposas y tocados en forma de tambor.
3. Edificio Coatepantli.
4. Chac Mool del Palacio de Tula. Estos guerreros yacentes se colocaban delante de los tronos.
5. Relieves de jaguares y águilas de la pirámide de Quetzacoatl.
6. Máscara Tolteca.

MESOAMÉRICA

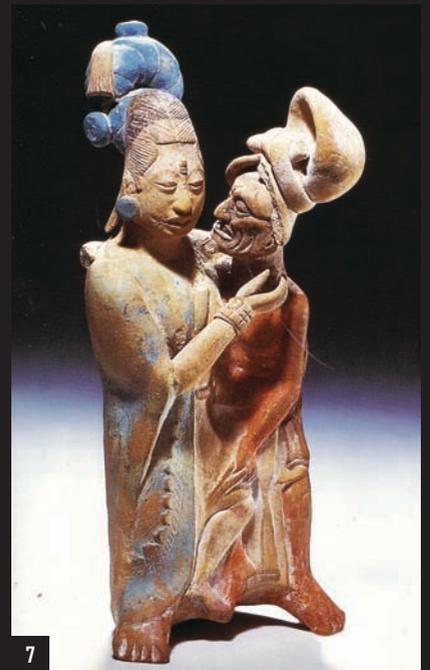


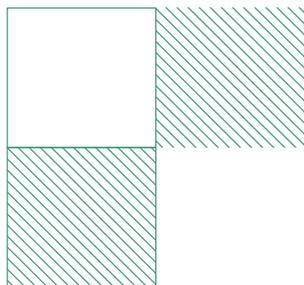
1

1. Vista panorámica de la ciudad arqueológica de Chichén Itzá.
2. Pirámide funeraria denominada El Castillo.
3. Templo de los Guerreros con claras influencias toltecas.
4. Detalle del dios Chaac en la esquina del Templo La Iglesia, Complejo Las Monjas.
5. Chac Mool en el Templo de los Guerreros.
6. Pintura mural del Templo de los Guerreros en Chichén Itzá.
7. Vasija silbato de un hombre y una mujer con el característico azul maya.



2





El panteón Tolteca está encabezado por dos deidades: Quetzalcóatl (la Serpiente Emplumada), deidad venerada por una élite de sacerdotes poseedores del conocimiento, y Tezcatlipoca (espejo humeante negro) venerada por la élite militar.

Esta dualidad es reflejo del conflicto que dio origen a la organización sociopolítica tolteca, bajo una élite gobernante que unió las funciones militares con las religiosas, donde las prerrogativas de los sacerdotes de Quetzalcóatl pasaron a manos de los líderes militares que veneraban a Tezcatlipoca y viceversa. Una especie de eterna rivalidad y alianza, de desprecio y necesidad. Con esta doble cara, avanzaron los toltecas hacia las tierras del Sur, incorporando pueblos por pactos de tipo rituales oficiados por Quetzalcóatl, o bajo las armas, con la protección de Tezcatlipoca.

El mito de ambas deidades culmina con el destierro de la serpiente emplumada y el nuevo reinado del dios de la guerra. Seguramente, relacionado con la expulsión de Tula del sacerdote Ce Acatl Topilzín, quien había sido el fundador del primer linaje real tolteca, tras un largo conflicto de poder con las órdenes guerreras. Este momento marca el punto cúlmine de la expansión militar tolteca y su subsiguiente caída, resultado de rebeliones internas y sublevaciones.

En efecto, el mito del destierro de Quetzalcóatl, está presente en la ciudad maya de Chichén Itzá. Es allí que Quetzalcóatl, o Kukulcán para los mayas, es recibido y empoderado como líder. No es extraño entonces que las representaciones de Atlantes no aparezcan y sí los Chac Mool, relacionados con Kukulcán. Una evidencia más que ayudaría a dar fuerza a esta hipótesis, son las representaciones de los enfrentamientos de los señores jaguar (toltecas de Tezcatlipoca) y los señores águila (mayas de Kukulcán).

Durante su hegemonía, pero sobre todo después de la dominación tolteca, apareció entre las élites estatales mesoamericanas, el interés por vincularse con los linajes toltecas, para legitimar su poder. Más aún entre los poderosos señores llegados del Norte, sin conexión genealógica con los toltecas y más emparentados con un origen chichimeca, quienes reclamaron esposas de sangre tolteca para madres de una futura generación de pipiltin (nobles) que formarán el estamento gobernante legitimado.

Luego de la caída de Tula, se produjo en el Valle Central una nueva dispersión de poblados, caracterizados por relaciones de alianzas, conflictos, guerras y negociaciones. Distintas ciudades que fueron tomando poder por alianzas segmentarias con las vecinas, se conformaron en lo que los pueblos nahuas llamaron altepetl. Casi todos los altepetl eran productos de migraciones chichimecas que se habían establecido en el valle, que se autorreconocían como herederos o portadores étnicos toltecas. Cada altepetl contenía un territorio, un templo y una deidad principal como símbolo de soberanía, una autoridad dinástica gobernante, el tlatoani (aquel que los guió por el desierto), y, en su interior, una sociedad estratificada en diferentes tipos de segmentaciones más pequeñas.

Las partes constituyentes del altepetl se conocen como calpulli, término que significa «casa grande» que, en cuyo seno, existía un pipiltin (noble) que era la cabeza. El tlatoani pertenecía a un calpulli determinado, del cual era jefe a la vez que soberano de todos los demás. A él y a su calpulli, llegaban los frutos de la recolección del tributo en primera instancia, los pipiltines (nobles) de los otros calpullis le rendían pleitesía y tributo, los macehualtines (gente del común) rotaban en su servicio encargados del trabajo agrícola.

La incorporación de tradiciones y prácticas originarias de Tula, implicó el reconocimiento de la religión tolteca, aunque, por los relatos de la tradición, tuvieron un

carácter ambivalente. En lo más alto de su panteón se encontraban, por un lado, la deidad Mixcoatl (dios de la caza y de la vía láctea, seguido por los grupos nómades cazadores) que representaba la fuerza y bravura chichimeca y, por el otro, a Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, representante de los valores civilizatorios toltecas. Sin embargo, fueron inclinándose cada vez más hacia el culto de dioses guerreros (como Tezcatlipoca) que legitimaban la expansión del poder del altepetl.

En el superpoblado y conflictivo territorio alrededor del lago Texcoco diferentes altepetls alternaban el dominio político, como Colhuacán y Azcapotzalco. En este contexto, quienes lograron imponer su hegemonía sobre el Valle de México serían los mexicas o aztecas, pueblo oriundo del Norte, de la región de Aztlán. Al igual que todos los grupos chichimecas, arribaron como un pueblo más de toda la corriente migratoria de fines del primer milenio de nuestra era. Se establecieron en las islas de menos recursos del lago Texcoco, y fueron sometidos a servir como macehualtines a los señores o pipiltines tepanecas de Azcapotzalco.

Hacia el siglo XIV, los mexicas o aztecas habrían construido la ciudad de Tenochtitlán. Produjeron una serie de modificaciones en su organización social y política, convirtiéndose en una sociedad jerarquizada entre pipiltines (nobles) y macehualtines (gente del común). Muy similar al caso de Tlatelolco, ciudad hermana de Tenochtitlán. Ambas eran centros tributarios de Azcapotzalco.

Durante la crisis de sucesión de Tezozomoc, tlatoani de la alianza tepaneca, Chimalpopoca (tlatoani mexica) fue asesinado —presumiblemente por los tepanecas—, por lo que estalló la guerra entre mexicas y tepanecas. Itzcoatl, nuevo tlatoani mexica condujo la rebelión aliándose con los poderes de Texcoco y Tacuba (ciudades más pequeñas), dando inicio a la Triple Alianza, que subsistiría hasta la crisis final del imperio, pero en la que el poder del soberano de Tenochtitlán (huey tlatoani) se impuso sobre los demás. Luego de la victoria sobre Azcapotzalco, Itzcoatl y su cihuacoatl (gran sacerdote y consejero) emprendieron una serie de reestructuraciones económicas, políticas, sociales e ideológicas siguiendo la tradición cultural de las clases dominantes.

Su sucesor, Moctezuma I, definió los privilegios de los pipiltin y reglamentó las diferencias estamentales, que incluían el vestido, las viviendas y la educación. Los tributos se repartieron en función de derechos de nacimiento y éxitos militares, que junto a la agricultura de chinampas y el comercio se convirtieron en la base de la economía imperial.

La necesidad creciente de tierras y tributos de una ciudad cada vez más grande y poderosa generó en la nobleza la necesidad de extender más su dominación a través de campañas militares y acuerdos de intercambio y tributo con las ciudades dominadas. Esta expansión se sustentó en una alteración de la versión de la historia y de la religión, según la cual los mexicas eran descendientes de los toltecas, ya que Acamapichtli el señor de Culhuacán, junto con otros pipiltines, se casaron con hijas de antiguos sacerdotes y guerreros mexicas, de modo que descendían de los toltecas y en última instancia de Quetzalcóatl.

Ellos habían abandonado Aztlán, conducidos por Huitzilopochtli, sacerdote de Tetzahuitl Teotl (manifestación de Tezcatlipoca), quien los había elegido para darles un lugar privilegiado donde serían pipiltines y jefes de todos los que habitaban la tierra. El sacerdote Huitzilopochtli se deificó y se asimiló a Tezcatlipoca identificado con el Sol a quien los pipiltines debían mantener con vida. Así, la clase dominante se legitimó y se otorgó el papel decisivo de

mantener el orden cósmico. Para ello, elevó a un oscuro dios y local, como Huitzilopochtli, a divinidad suprema y se consolidó una cosmología imperial que obligaba a la captura de guerreros enemigos para sacrificarlos al dios y alimentarlo con la fuerza espiritual de las víctimas, con el objetivo de mantener al quinto Sol con vida y evitar la destrucción del mundo. Este culto reformado, por el que la élite mexica logró legitimar su dominio interno y externo, constituyó una verdadera ideología imperialista.

De esta conjunción de intereses saldría la fuerza conquistadora más importante de Mesoamérica, jamás conocida hasta entonces, cuyas campañas militares tenían por objeto capturar prisioneros para el sacrificio y obtener tributos para el Estado. Alcanzaron la máxima expansión en el reinado de Ahiutzotl, pero el imperio nunca tuvo continuidad territorial. Las conquistas carecían de una consolidación posterior, porque el manejo de ciudades que prometían obediencia quedaba en manos de élites locales y, si bien para los aztecas se reducían al mínimo los problemas administrativos, aumentaba la posibilidad de rebeliones. De hecho a las conquistas iniciales, usualmente, la seguían campañas de reconquista de esas mismas regiones.

1. Escultura de Chac Mool debajo de la Escalinata de Tláloc.
2. Escultura de Coyolxauhqui que se encuentra bajo la escalinata de Huitzilopochtli.
3. Escultura de Coatlicue, madre de Huitzilopochtli y Coyolxauhqui.



1



2



3

El más importante de esos Estados independientes que no podían ser conquistados fue el de Tlaxcala, cuyos soldados fueron parte, junto a los españoles, del sitio de Tenochtitlán. El costo de mantener esta lógica era altísimo y para el gobierno de Moctezuma II se hizo insostenible, pese a que intentó algunas concesiones reforzando a la más alta aristocracia, poniendo límites a las posibilidades de ascenso social que daba el éxito en la guerra o el comercio de larga distancia, e incentivando las campañas contra esos enclaves rebeldes; fracasó en todos sus objetivos.

Su fracaso estuvo en gran parte determinado por la propia estructura expansiva basada en una cosmología que exigía un crecimiento ilimitado de conquistas y sacrificios, empujada por las necesidades materiales de un centro cuyo crecimiento demográfico había sido gigantesco.

Tenochtitlán era una ciudad imponente y era el corazón indiscutido del vasto imperio. Hacia su mercado confluían los más variados y ricos productos. Pero no eran solo los tributos de las provincias lejanas la fuente de su economía, las imponentes obras hidráulicas permitieron ampliar las tierras de cultivo mediante las chinampas. Como Tlatelolco presentaba un aspecto colorido y agitado, el

1. Cráneo humano con incrustaciones de turquesas, obsidianas y piritas; representando a Tezcatlipoca.
2. Piedra Calendario.
3. Tocado de plumas que probablemente lució Moctezuma II.
4. Ruinas de Tenochtitlan en la ciudad de México.
5. Escultura de joven guerrero águila de tamaño natural.



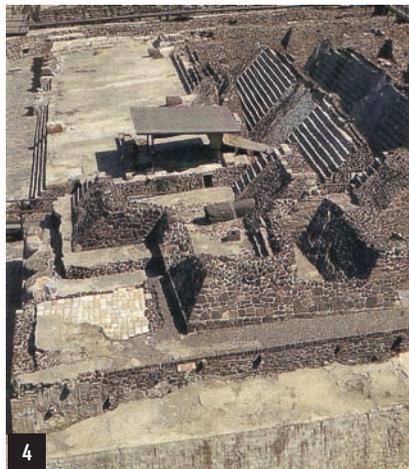
1



2



3



4



5

Modelo a escala del Templo Mayor.
Se divisan las pirámides gemelas de Tláloc
y Huitzilopochtli.



Templo Mayor era el centro cósmico de la ciudad, dedicado a las dos divinidades principales: Tláloc (divinidad vinculada al agua y a la fertilidad, de quien dependía el éxito de la agricultura y cuyo rito se remonta a Teotihuacán y la ciudadela de Quetzalcóatl) y Huitzilopochtli (señor del cielo y de la tierra, dador de vida).

Más allá de la frontera imperial, otros pueblos desarrollaron su existencia más o menos independientes del control imperial; aunque directa o indirectamente, hubiera relaciones de intercambio o identificación cultural y religiosa. Los señoríos zapotecos y mixtecos de Oaxaca y las tierras mayas fueron las más extensas e importantes.

En el territorio maya, tras la caída de los grandes centros del Período Clásico (Tikal, Copán, Palenque) de la región del Petén, hacia los años 1000 d. C., el eje de gravitación político y cultural se trasladó al norte de la Península de Yucatán, donde se erigieron ciudades que al parecer tenían fuertes vínculos culturales con el mundo tolteca. A las ciudades mayas del Período Posclásico como Chichén Itzá, Mayapán y Uxmal se las denomina «toltequizadas» o «mexicanizadas», porque fueron producto de un proceso de mestización cultural de fuerte contenido náhuatl, entre las poblaciones mayas —que abandonaron las ciudades de la región central del Petén— y la corriente migratoria tolteca que arribó a Yucatán a inicios del segundo milenio. Ya se hizo referencia a las leyendas que recuerdan la llegada de Topilzin Quetzalcóatl (Kukulcán para los mayas) encabezando una corriente migratoria tolteca que, hacia fines del primer milenio de nuestra era conquistó la región y se estableció en lo que luego fue Chichén Itzá. Pero las sorprendentes similitudes entre la ciudad de Tula, Hidalgo y Chichén Itzá son evidencia directa de la dominación tolteca sobre los mayas del Período Posclásico.

Si bien las interacciones entre los Estados y jefaturas mayas fue de carácter mercantil, en especial con las grandes áreas nucleares de Oaxaca y del Valle Central de México, del Golfo y de las costas de Guatemala y Tabasco, para los mayas-toltecas, este período fue de fuerte fragmentación, inestabilidad y estado de guerra interno, que se extendió hasta la llegada de los conquistadores europeos.

Chichén Itzá formó una alianza con Mayapán y Uxmal, conocida con el nombre de Confederación o Liga de Mayapán. El auge de Chichén Itzá y de sus gobernantes maya-toltecas terminó hacia fines del siglo XIII, abandonaron su ciudad y se dirigieron a las selvas del Petén, donde fundaron una nueva población en la isla Tayasal del lago Petén Itzá, allí permanecieron a salvo hasta la segunda mitad del siglo XVII. Al ocaso de Chichén Itzá, surgió Mayapán como la gran heredera de la grandeza de Chichén. Su marco temporal abarca de 1221 a 1441 d. C., cuando su supremacía llegó a su fin enfrentada con Uxmal. Era una ciudad fortificada, rodeada de una muralla de piedra cuya arquitectura permite apreciar claras influencias toltecas. Acabado el dominio de Mayapán sobre la Península de Yucatán, esta se dividió en al menos 16 cacicazgos distintos enfrentados entre sí. En el Petén, Tayasal de los Itzáes, Zacpetén de los Ko'woj y Queixil de los Yalnain, fueron las últimas ciudades mayas y mesoamericanas en ser conquistadas.

LOS DESARROLLOS REGIONALES DE LOS GRANDES ESTADOS EN LOS ANDES CENTRALES

El colapso de Wari y de Tiwanaku fragmentó el escenario político de los Andes Centrales en numerosos y pequeños Estados, generando contrastes regionales que se hicieron más evidentes hacia fines del siglo XI y comienzos del siglo XII. En la costa Norte, el desarrollo urbano culminó con la formación de los

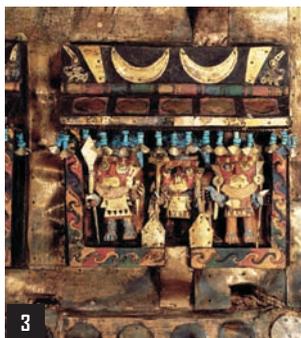


grandes «reinos» Chimú o Reino de Chimor, cuya principal ciudad fue Chan Chan, en el Valle de Moche. En la costa Sur, se generaron pequeños centros regionales asociados a los pueblos Ica, con alguna alternancia en la supremacía de unos sobre otros. En tanto que en torno a la cuenca del lago Titicaca y los curacazgos del Valle de Cuzco los inkas que, en principio, no parecían un pueblo con gran poder, fueron la principal fuerza unificadora de toda el área panandina.

El gran reino Chimú, fundado hacia el año 900 de nuestra era, fue en principio un Estado local que controlaba el Valle de Moche. Tiempo después —hacia el año 1200 d. C.— comenzó su poderosa expansión a partir de la reelaboración de tradicionales estrategias andinas. Estas prácticas, fundadas en el culto a los antepasados, son las que se conocen como herencia partida, la cual establece el derecho sobre las propiedades conquistadas a los soberanos difuntos y el derecho a la sucesión política al heredero principal de su linaje. El sucesor heredaba el cargo político, pero no las propiedades (palacios y tierra) que seguían en posesión de la momia del soberano difunto, la cual debía ser cuidada y perpetuada por los familiares herederos secundarios. Esto creaba al nuevo dirigente la necesidad de conseguir propiedades y tributos, fundando un nuevo linaje.

En Chan Chan, cada nuevo mandatario construyó un nuevo palacio y sus plataformas sepulcrales, en una sociedad extremadamente jerarquizada y con un gran desarrollo en la tecnología hidráulica. En el siglo XII, conquistaron los valles de Jequetepeque y de Lambayeque y, al mismo tiempo, dominaron las tierras altas del Norte. A fines del siglo XIV, su influencia se había extendido hacia el Sur —cerca de la actual Lima— pero bajo una dominación no centralizada.

Chan Chan fue un gran centro urbano construido en adobe, con un fino tratamiento arquitectónico, edificado de espaldas al mar en una planicie con un gran muro en su parte norte. La ciudad tenía grandes recintos rectangulares que formaban conjuntos independientes. Estas eran las áreas residenciales,



1. Adornos faciales en oro y conchas de spondylus.
2. Pectoral de conchas de spondylus Chimú.
3. Respaldar de andas ceremonial.
4. Traje ceremonial Chimú.
5. Hacha ceremonial —tumi— de oro con incrustaciones de turquesas.
6. Máscara funeraria.
7. Vasijas silbadoras.

denominadas ciudadelas, destinadas a ser residencias de los mandatarios. Cada una pertenecía a un soberano y, a su muerte, pasaba al cuidado de su linaje para descanso de su momia, mientras que el nuevo debía construirse otra.

La ciudad contaba con grandes depósitos y estructuras de almacenamiento, plataformas, plazas y lugares de reunión. Los muros internos estaban enlucidos y pintados, decorados con celosías o motivos figurativos. Chan Chan daba la sensación de inaccesibilidad y exclusión, dado que tenía una sola entrada siendo los muros de 9 m de alto y 2 m de ancho. En los suburbios había barrios de artesanos, mientras que la población general vivía en caseríos y aldeas a las afueras de la ciudad. Esta jerarquía edilicia da cuenta de una sociedad altamente estratificada, a cuya cabeza estaba la élite formada por el señor y su familia, los sacerdotes, funcionarios y militares, luego los servidores de los señores, por debajo los vasallos y los servidores domésticos y en la base los campesinos.

El lugar —hoy desértico— tuvo un complejo sistema de obras hidráulicas que irrigaba la zona, y la convirtió en un área agrícola altamente productiva, con capacidad para producir alimentos para la numerosísima población que se calcula en más de 30 000 habitantes. En la segunda mitad del siglo XV, hacia 1470 d. C. irrumpieron en la zona los señores del Cuzco, e incorporaron el territorio chimú al Tahuantinsuyu.

En contraposición a la zona costera, en el Altiplano meridional hubo muchas jefaturas que surgieron con el derrumbe de Tiwanaku: kollas, lupacas, omasuyos, pacajes, canchis. Si bien kollas y lupacas mantenían relaciones pacíficas con otros grupos, entre ellos los conflictos eran permanentes y violentos. En los valles andinos, tras la caída de Wari, también surgieron jefaturas en conflicto como los qheswas y los chancas. Los Qheswa o Inkas eran una jefatura del Valle del Cuzco, cuya organización no difería del resto de los grupos, cuyos integrantes se relacionaban entre sí a partir de la pertenencia a un antepasado común y la trama de parentesco constituía al ayllu.

Las tierras y propiedades pertenecían al dominio colectivo de los ayllus y los hogares reforzaban su pertenencia, intercambiando bienes y mano de obra a partir de los principios de reciprocidad y complementación. El trabajo comunitario



Sitio arqueológico Chan Chan.

incluía, además de trabajar las tierras de cada unidad doméstica, trabajar en las tierras del señor o Sapa Inka, del templo y de las divinidades locales (huacas), en las de los señores étnicos o curacas, y en el sostenimiento de las viudas y huérfanos (waqcha). Las tareas se llevaban a cabo en trabajos por turnos o mit'a.

Más allá de la tradición oral imperial, que sostenía que siempre habían sido gobernados por una dinastía de descendientes de Inti (el Sol, dios supremo), hasta el séptimo soberano Viracocha inka, los jefes son personajes de existencia incierta. El origen mítico con que los Inkas explican su historia narra que son oriundos de la Isla del Sol del lago Titicaca, y que Manco Cápac y Mama Ocllo (hermanos-esposos-hijos del Sol) fueron sus padres y fundadores del Cuzco, quienes les dieron los conocimientos agrícolas y asentaron las bases de su supremacía sobre otras parcialidades.

Detalle de los bajorrelieves de los muros de Chan Chan.



Así, asociándose al mito de origen, los inkas legitimaban su poder sobre todo el mundo andino, con el que forjaron su propio imperio, además de emparentarse con los Señores del Lago Sagrado (Tiwanaaku). Aparecían imbricados en la antigua cosmogonía venerada por los pueblos andinos, cuyos símbolos eran el Sol, el culto a los antepasados, la huaca (monolito de piedra que representa al ancestro momificado), asimilados al Culto Solar en el que se presentaban como hijos y señores del mundo.

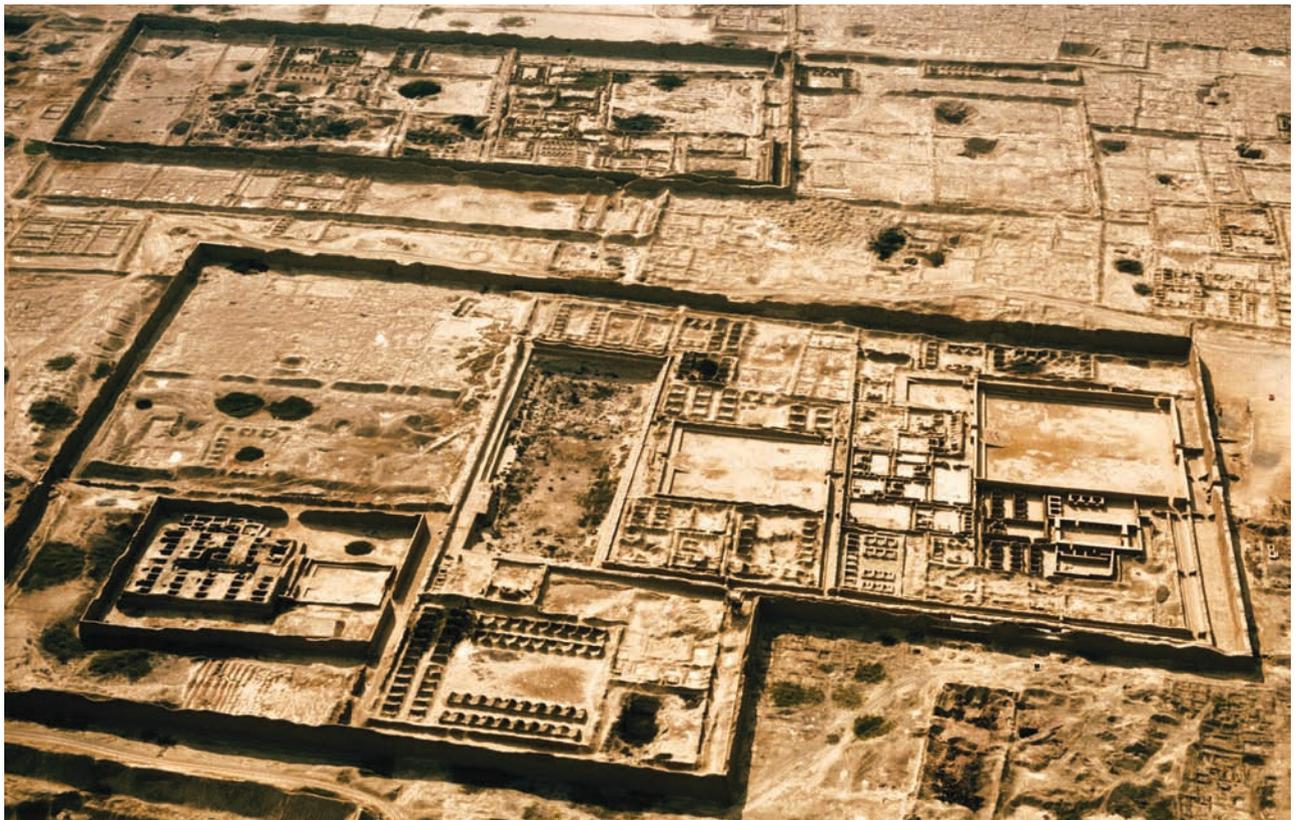
A lo largo del siglo XIV, los centros urbanos de la Sierra se consolidaron mediante coaliciones militares más o menos exitosas. Entre los cacicazgos y reinos militares, se destacaron los quechuas en el área occidental del Cuzco, los chancas hacia el Norte, los canas y canchis al sur de Cuzco, los kollas y los lupacas al oeste del lago

Titicaca. En la medida que se desarrollaban los pueblos, sobrevinieron los conflictos y enfrentamientos por los recursos, la tierra y las fuentes de agua. Cada uno estableció alianzas con unos y hostilidades con otros. Entre las rivalidades, se destaca el enfrentamiento entre quechuas y chancas por un lado y kollas y lupacas por el otro.

A comienzos del siglo XIV, Viracocha Inka ascendió al poder y fue el primero que intentó hacer conquistas permanentes sobre las aldeas cercanas al Cuzco. En esta etapa, se produjeron cambios en la manipulación del contenido religioso, pero sin claras ventajas aún para los inkas sobre sus vecinos, debido al poder de los lupacas y sobre todo de los chancas que se habían extendido por el territorio quechua. Al instalarse en sus fronteras, los chancas atacaron a los inkas, hasta que invadieron su territorio y pusieron sitio a Cuzco.

Viracocha Inka ya era anciano y el final de su reinado estaba próximo, por lo que huyó y se llevó a su hijo y sucesor, Inka Urco, a la vez que dejó la defensa

Vista aérea de las ciudadelas de Chan Chan.



de Cuzco en manos de su otro hijo Cusi Inka Yupanqui, quien logró con ingentes esfuerzos derrotar a los chancas, por lo que fue aclamado como nuevo Sapa Inka con el nombre de Pachacútec Inka Yupanqui, y se impuso luego por las armas a la oposición de su padre y su hermano.

Pachacútec inició la expansión Inka más allá de las fronteras del Perú actual: hacia el Norte, conquistó los reinos Chimú y de Quito, y por el Sur llegó hasta el valle de Nazca, imponiendo su dominio sobre un complejo mosaico de sociedades diversas y trasladando a los grupos conflictivos lejos de sus regiones de origen, a lugares más estratégicos para los fines del imperio. Fue además el organizador de la estructura económica del Estado, diferenciando las tierras «para el Sol»



1. Vista del Qapaq Ñam o Camino Real incaico.
2. Quipu incaico.
3. Túnica real con Tocapus.
4. Ofrendas en miniatura del ritual de la Capacocha en enterratorios de altura.



1. Templo del Coricancha con el convento de Santo Domingo encima.
2. Aríbalo cuzqueño.

y «para el Inka», impulsando la construcción de canales de riego, andenes de cultivo (terrazas agrícolas) y colcas (depósitos o despensas estatales) en todas las regiones del imperio. Conectó todas las Ilaqtas (ciudades) al Qapaq Ñam (Camino del Inka), ampliándolo y edificando en sus tramos —cada legua o legua y media— los tambos (aposentos) para el descanso del viaje y organizó un sistema de chasquis (mensajeros) y de quipucamayoc (contadores) que contribuyeron a garantizar las comunicaciones y guardarlas con fines estatales.

Dividió el Tahuantinsuyu en cuatro suyos (regiones): Chinchaysuyo, al Norte; Collasuyo, al Sur; Antisuyo, al Este, y Contisuyo, al Oeste. A los suyos los dividió en huamanis (provincias) y estableció funcionarios que supervisen las administraciones y la labor de los curacas en sus ayllus.

Pachacútec fue el responsable de la expansión cultural del Cuzco a partir de la transformación ideológica y la reelaboración histórica de los inkas. Priorizó el culto al Sol y ordenó la edificación de templos en su honor, asegurando tierras y mitayos (trabajadores por turnos) para el sostén del templo, e imponiendo el uso del Quechua o como lengua oficial del Tahuantinsuyu. En los últimos años de su vida, Pachacútec confió la dirección de las campañas militares a su hijo Túpac Inka Yupanqui, en tanto

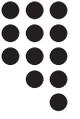


1



2

1. Sitio arqueológico de Saqsaywamán.
2. Sitio arqueológico de Machu Pichu.



que él se dedicaba a la construcción en el Cuzco de algunos de los monumentos como el Coricancha (Templo del Sol) y Saqsaywamán, la fortaleza cercana a la capital. Murió en 1471, su mallqui (momia) fue venerada por su Panaca (linaje) Hatun Ayllu.

Los inkas —como todos los pueblos andinos— guardaban el culto a los antepasados, identificados en la huaca, cuya importancia era tan sagrada como el cuidado de los mallquis (momia de los antepasados). Por ende, muchas de estas transformaciones implicaron la resignificación de pautas andinas tradicionales, como por ejemplo asociar al culto a los muertos la imposición de la herencia partida. Esto significaba que a la muerte de un Inka, quien lo sucedía —no necesariamente el hijo primogénito— no heredaba las propiedades, las cuales continuaban en poder del difunto o de su mallqui, custodiada por su panaca real (parientes), por lo que el nuevo Sapa Inka debía crear una nueva panaca y conseguir nuevas propiedades, incentivando así una dinámica expansiva.

Conrad y Demarest (1984), sostienen que al impulsarse la expansión del Tawantinsuyu, la herencia partida incrementaba las exigencias militares y administrativas, aumentaba las necesidades de excedentes agrícolas y obligaba a inversiones enormes en el mejoramiento y ampliación de las tierras. El hecho de que cada vez más tierras pasaran a pertenecer a gobernantes difuntos y a sus panacas, era fuente de conflictos con los pueblos a quienes les arrebataban tierras y también entre las panacas. La disputa de tierra adyacente al Cuzco condujo a que se emprendieran obras de infraestructura de riego y de andenes o terrazas de cultivo con el fin de aprovechar el fondo de los valles y las laderas de los cerros. Como consecuencia, ante el riesgo que exigía emplear una ingente mano de obra luego, fallaran las cosechas por las sequías, las heladas o el granizo, sobre todo del maíz cuyo cultivo se dificultaba por encima de los 2700 m sobre el nivel del mar.

Aparte de estas tensiones, el Estado estuvo sometido a otro conflicto derivado del culto a las mallquis reales (y del dominio de sus tierras y propiedades), que generó disputas de intereses interpanacas (convertidas en facciones políticas que minaban la autoridad del Sapa Inka y amenazaban la estabilidad del gobierno). En realidad, puede decirse que dentro del Tahuantinsuyu como Estado, las panacas coexistían como una serie de señoríos más pequeños, cada una con sus propiedades, sus integrantes, sus posesiones, sus fuentes de ingreso y con su gobernante difunto considerado como un ser vivo capaz de dar órdenes y un igual del Sapa Inka que, en ese momento, ocupaba el gobierno. Las aspiraciones de las panacas y las ambiciones de sus integrantes agravaban las tensiones entre los gobernantes presentes y pasados, con el predecible resultado de intrigas y conspiraciones que se ponían en juego contra el Sapa o para influir en la sucesión del trono y sacar provecho. Esto ocurriría a la muerte de Túpac Yupanqui —heredero de Pachacútec— y en la sucesión de su hijo Huayna Cápac.

Túpac Yupanqui continuó la obra de su padre y consolidó el Tahuantinsuyu en el norte hacia las tierras de los chachapoyas (Selva Norte), cañaris y cayambis (en Ecuador) y hacia el Sur, al territorio araucano hasta en el río Maule, donde encontraron una tenaz resistencia que no pudieron doblegar. Túpac Yupanqui murió en 1493, y su sucesor fue Huayna Cápac.

Huayna Cápac se concentró en consolidar el dominio inka en el Chinchaysuyo (provincia Norte) sofocando las rebeliones de los huancas, cañaris, huancavilcas, chonos, chachapoyas y punaños, y llegando hasta el río Ancasmayo (actual Colombia), con lo que alcanzó el máximo límite que tuvo el Tahuantinsuyu. Murió

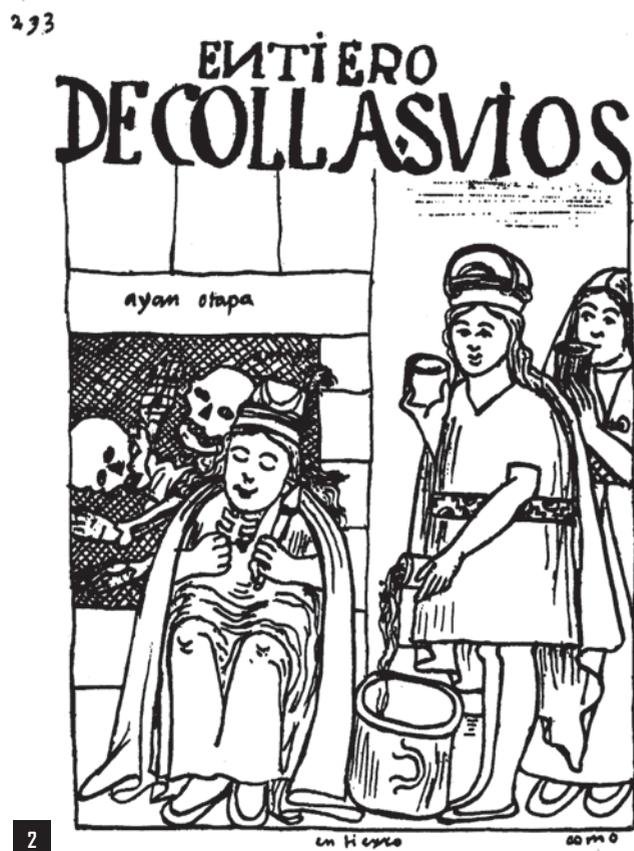
víctima de una epidemia de viruela, enfermedad europea desconocida en América que llegó antes que los conquistadores españoles. Huayna Cápac había pasado más de la mitad de los treinta años de su reinado en campañas de conquista en el actual Ecuador. Desde su muerte hasta la llegada de los españoles en 1532, se desencadenó una violenta lucha entre panacas reales por la sucesión del trono, que tuvo como protagonistas rivales a dos de sus hijos, Huáscar y Atahualpa.

La sucesión real no estaba regida por la primogenitura, sino que el Sapa legaba el cargo en el hijo más capaz de su esposa principal. Huáscar era el heredero legítimo, hijo del Inka y de la Kolla, en cambio Atahualpa era hijo del Inka y de Túpac Paçlla una ñusta (princesa) puruhá del reino de Quito, y por lo tanto, carecía de legitimidad para gobernar el Tahuantinsuyu. A pesar de ello, Huayna Cápac le tenía gran estima (a diferencia de Huáscar), porque era un gran jefe militar que lo había acompañado en las campañas conquistadoras del Chinchaysuyo, por lo que Huayna Cápac lo designó gobernador imperial de Quito. La fuerza de Atahualpa radicaba en el núcleo veterano del ejército con quien se había criado, en tanto que Huáscar poseía títulos legales para ser el sucesor y probablemente haya sido designado heredero en su juventud, en cuanto llegó al Cuzco la noticia de la muerte de Huayna Cápac, la Kolla se movió políticamente con rapidez entre la nobleza cuzqueña y lo coronó Sapa Inka.

Atahualpa aseguraba que su padre había repartido el imperio garantizándole la soberanía de la región del Norte, cosa que Huáscar rechazó con vehemencia. Pero a la disputa con su hermano y la pérdida de control del norte del imperio, debió sumarle el conflicto derivado de la falta de tierras para la agricultura por

1. Mallqui del Inka en procesión. Felipe Guamán Poma de Ayala, facsímil de un dibujo en El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno, ca. 1565.

2. Culto a los antepasados. Felipe Guamán Poma de Ayala, facsímil de un dibujo en El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno, ca. 1565.



la concentración de recursos agrícolas por parte de las panacas de los inkas muertos, que controlaban toda la tierra y mano de obra del Cuzco y alrededores. La alta nobleza y los grupos étnicos descontentos creaban tensiones administrativas que reclamaban conquistar más tierras o bien hacer reformas drásticas.

Pero la disputa con Atahualpa dificultaba la empresa conquistadora por lo que Huáscar concluyó que la única solución, ante la situación crítica, era una transformación ideológica y devastadora que aboliera la herencia partida y el culto a los antepasados reales, enterrar a los reyes difuntos y terminar con sus derechos de propiedad. Esto enfureció a la alta nobleza que consideraba una herejía la postura de Huáscar y que si permitían su implementación, faltarían a su deber de proteger a sus antepasados y se verían despojados en este mundo y despreciados en el mundo de los muertos. Los reyes muertos y las panacas comenzaron a conspirar contra Huáscar y volcaron su favor hacia Atahualpa, más allá de su ilegitimidad de origen.

Huáscar se separó del Alto Cuzco y de las panacas de Inka Roca a Huayna Capac y la guerra civil fue inevitable, y en razón de la enorme diversidad de pueblos y señores andinos que contenía el imperio, se difundió y duró tres años. En 1532, las veteranas tropas de Atahualpa derrotaron a los novatos hombres de Huáscar, quién fue capturado y asesinado. El enfrentamiento dejó al Tahuantinsuyu desmembrado y desorganizado. Camino a su coronación en Cuzco, Atahualpa supo de la presencia de 168 extraños personajes que acababan de llegar a su imperio, quienes a la postre serían los beneficiarios de esta crisis política imperial, tomándolo prisionero y asesinándolo. Si bien la resistencia de los pueblos andinos no terminó aquí ni el dominio extranjero pudo ser absoluto en toda la región, el Tahuantinsuyu, el Imperio de las Cuatro Partes, había sucumbido menos de un siglo después del triunfo de Pachacútec sobre los chancas.



LAS SOCIEDADES ALDEANAS DEL ÁREA CENTROAMÉRICA

Entre los 2000 y 300 años antes de nuestra era, en el territorio de Centroamérica, lejos de los grandes centros urbanos y las formas estatales antiguas de México y Yucatán, las personas que habitaron sus serranías y selvas se organizaron en dispersas comunidades aldeanas agrícolas semisedentarias, con relaciones entre sus integrantes organizados por parentesco en torno a una autoridad local. Entre los 300 años a. C. y 500 años d. C. (dependiendo de la región), el crecimiento poblacional y las relaciones de intercambio produjeron un proceso de cambio, en el que la organización aldeana dio lugar a sociedades integradas regionalmente en torno a señoríos y jefaturas.

El cultivo del maíz se consolidó como la producción económica principal, mientras que en otras, se dio un sistema mixto junto con el aprovechamiento de los recursos costeros, de la caza y de la recolección de frutos que ofrecía la selva. También en esta etapa se perfeccionó y consolidó la producción textil, la cerámica, el uso de artefactos de jade, oro y cobre.

MÁS ALLÁ DE MESOAMÉRICA Y LOS ANDES

Entre los años 500 y 800 de nuestra era, aparecieron las primeras estructuras políticas centralizadas, con presencia de aldeas grandes y obras de infraestructura (basamentos, calzadas y montículos funerarios). Se jerarquizaron los asentamientos, con aldeas principales y poblados secundarios, con linajes de poder hereditario y especialización de labores.

A partir del año 800 de nuestra era y hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI, se presentó un incremento en el tamaño y complejidad del diseño interno de las aldeas, y las diferencias regionales se acentuaron con conflictos por territorios y recursos. Era evidente la presencia de numerosos cementerios, simples y complejos, obras de infraestructura masivas, diversidad de bienes domésticos y suntuarios, desarrollo de orfebrería, intercambio regional.

Más allá de la actual división política centroamericana, entre su población hay descendientes de estas comunidades y algunas de las lenguas —a pesar del tiempo y de la acción conquistadora— han llegado hasta el presente. Las lenguas nahuatl (emparentada con el náhuatl del del continente), sutiava, mange y matagalpa han desaparecido en Nicaragua, aunque persisten a través de vocablos que todavía se utilizan. Las lenguas miskitu, mayangna panamahka y tuahka, atraviesan serio riesgo de desaparición, al igual que la lengua ulwa, de la comunidad de Karawala de Nicaragua, o la lengua garífuna hablada en Belice, Honduras, Guatemala y Nicaragua que pertenece a la familia Arawak.

Cacaopera es un pueblo indígena pequeño de El Salvador, que ha logrado sobrevivir hasta la actualidad y aunque su lengua ya está extinta, mantiene algunas tradiciones locales, como el famoso baile de los emplumados, que representa a la serpiente emplumada Xochiquetzal. El pueblo Pipil o Nahuatl es descendiente de emigrantes nahuas que llegaron a Centroamérica en diversas olas migratorias entre los años 800 y 1300 d. C.

De los tres pueblos indígenas que aún se pueden identificar en El Salvador (lencas, cacaoperas y pipiles), únicamente los pipiles han mantenido su lengua, aunque hablada por un grupo muy pequeño de ancianos esparcidos en pequeños poblados en el departamento de Sonsonate; los lenca son los más numerosos, seguidos por los Miskitu, los garífuna y los chorti.

La decadencia de estos pueblos indígenas y sus lenguas es un proceso histórico que comenzó con la conquista española y continuó durante el período republicano. Los indígenas actuales son un grupo étnico de difícil definición, ya que el mestizaje y el sincretismo cultural los hace pasar inadvertidos, confundándose a simple vista con el centroamericano medio y más aún, con los campesinos. Las características externas encontradas en otras etnias, tales como la vestimenta y la lengua, dejaron ya hace mucho tiempo de ser rasgos distintivos. Por este motivo, los indígenas han sido invisibilizados por la sociedad en general y para muchos, ellos y sus lenguas ya no existen. Sin embargo, numerosas poblaciones aún existen y resisten en su identidad autóctona.

LAS SOCIEDADES AGROALFARERAS DEL ÁREA CIRCUNPUNEÑA SURANDINA

El área circunpuneña comprende las regiones del noroeste argentino, norte chileno y sur boliviano. Su paisaje conformado por valles, quebradas altas y

ambientes altiplánicos, vincularon las tierras cálidas del oriente chaqueño-amazónico con la costa del Pacífico. Fue el escenario en donde se desarrollaron, a lo largo de 3000 años, importantes sociedades agrícolas ganaderas con complejas estructuras socioeconómicas. Hacia el 1480 d.C. fueron incluidas al Tahuantinsuyu hasta su disolución, enfrentando luego las distintas entradas del conquistador europeo.

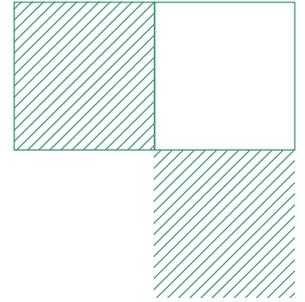
Estas sociedades pastoriles y agroalfareras, alcanzaron un enorme desarrollo tecnológico en las estrategias económicas con que estructuraron sus técnicas de cultivo, obras de irrigación, industria cerámica, textil y metalúrgica, en el ordenamiento espacial y arquitectónico de sus aldeas y ciudadelas y en el sentido transversal de las redes de intercambio e interacción de productos y elementos culturales con que vincularon todos los nichos ecológicos del Chaco a la Puna.

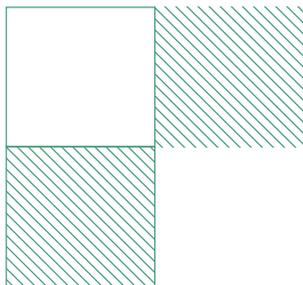
Durante el Período Formativo (2000 a.C. a 300 d.C.), los pueblos de la Circumpuna adoptaron un modo de vida aldeano, con estrategias económicas productivas (agricultura o pastoreo), complementada con caza y recolección y con una explotación complementaria de ambientes, asociado a una mayor planificación social del espacio (sedentarismo) y a la incorporación de tecnologías especiales (arquitectura, metalurgia, cerámica). Uno de los patrones arquitectónicos característicos de este momento son los complejos habitacionales superficiales o semisubterráneos asociados a corrales y chacras. En el sitio arqueológico de Tafi, por ejemplo, se observan residencias de patrón circular, con círculos mayores (posiblemente patios de actividades múltiples), en los que se adosaban otros más pequeños (depósitos o habitaciones). Seguramente, asociado a las viviendas, se encontraban los famosos menhires del Mollar.

Con manifestaciones tempranas del culto a los antepasados, estos pueblos debieron tener un rico universo simbólico religioso, a juzgar por sus complejas prácticas mortuorias. Fueron artífices de diferentes estilos alfareros como los denominados Candelaria, Alfarcito, Condorhuasi, Saujil, Ciénaga, entre otros; destacándose también los trabajos en lapidaria, como los suplicantes de Alamito, y el notable uso de pipas.

Hacia el 500 d.C., en lo que llamamos Período Clásico, se produce en estos pueblos un proceso de integración entre distintas regiones. Si bien no hay cambios en las formas productivas ni en los patrones de asentamiento, se da paulatinamente un proceso de unificación social e ideológica sobre diversas sociedades locales del sur andino que compartían una serie de elementos materiales y simbólicos, denominándolo, localmente: período de integración regional. Este momento de integración se trataría de distintas sociedades con procesos históricos propios pero que compartirían un culto religioso. Este se caracterizaría por una iconografía con un repertorio temático específico, que aparece representado en distintos soportes pero principalmente en la cerámica asociada a contextos mortuorios.

El área valliserrana fue el centro del fenómeno conocido como Aguada. Sus características estuvieron dadas por la presencia de centros ceremoniales o complejos espaciales de carácter público, como es el sitio La Rinconada o Iglesia de los Indios en Catamarca; una alta producción de bienes suntuarios relacionados al ceremonialismo («culto felínico») y al consumo de alucinógenos (principalmente la *Anadenanthera colubrina*, también llamada: cebil); una iconografía que muestra





una suerte de «obsesión felínica» plasmadas en distintos soportes (piedra, hueso, grabados y pinturas rupestres, metal, alfarería, textiles); y una gran expansión geográfica que abarca desde el sur de la provincia de Salta hasta el norte de la provincia de San Juan (Argentina), así como una amplia circulación a larga distancia de objetos (como el textil Aguada en San Pedro de Atacama, Chile).

Entre el 850 y 900 de la era, comenzó una etapa de inestabilidad política. Desaparecen del registro arqueológico los indicadores del periodo de integración, aunque no se produce de la misma manera en todas las regiones. En algunas, lo hacen en forma brusca sin evidencias de ocupaciones posteriores, en otras hay un paso gradual hacia las sociedades que van a caracterizar al Período Posclásico o de Desarrollos Regionales.

Los modos de organizarse sociopolítica y simbólicamente de estos pueblos cambia en este momento. En primer lugar, se da una explosión de conflictos endémicos (indicadores de asentamientos fortificados –pucarás–, objetos bélicos, traumas osteológicos, etc.), posiblemente causados por las sequías de los siglos XII y XIII, que afectaron principalmente a los pueblos de agricultura temporal. En segundo lugar, hay una integración segmentaria multicomunitaria, que culmina al final de período con la proliferación de «centros urbanos» o «semiurbanos» dotados de plazas o espacios públicos bien definidos (como los sitios arqueológicos Los Amarillos, Juella, Tilcara, Volcán, Payogasta, Quilmes, Santa Rosa de Tastil, Fuerte Quemado, entre otros); con una estructura jerárquica corporativa, donde las identidades individuales son subordinadas a identidades colectivas, dadas por la figura del ancestro (el énfasis sobre el culto a los antepasados se ve reflejado en huacas, cullpas y cerros). En tercer lugar, se observa una intensificación económica, dada por grandes obras de regadío, establecimiento de economías verticales, intensificación del tráfico interregional, especialización e intensificación de la producción artesanal. Por último, las identidades colectivas se contrastan regionalmente, dando lugar a «estilos regionales» de cultura material en la alfarería (como los estilos regionales Santa María, Belén, Yavi-Chicha, Tilcara negro sobre rojo, Casabindo, entre otros), arquitectura, textiles, metales y funebria.

Hacia el 1480 d. C. se incorporan los pueblos circumpuneños al Tahuantinsuyu, aunque su presencia fue flexible y varió en cada región de acuerdo a su potencial para los intereses estatales y las condiciones sociopolíticas y de resistencia de las poblaciones locales.

LAS SOCIEDADES ALDEANAS DEL ÁREA AMAZÓNICA-GUARANÍ

La población de la extensa cuenca Amazónica estaba integrada por numerosas y diversas parcialidades indígenas como los paí tavyterás, los mbyá, los chiripás, los avá guaraní, los guarayo, los izozeños, los tapietés, los arawak y sobre todo la más numerosa, la familia lingüística tupí guaraní. Cada uno de estos grupos tenían una cultura con características propias y diferenciaciones lingüísticas pero con un denominador común (además de la pertenencia étnica y su cosmología): la pertenencia a una zona de Sudamérica caracterizada por un enorme macizo, cubierto por selva, con muchísima humedad y distintas cuencas fluviales.

Originalmente cazadores-recolectores no dejaron esta práctica cuando



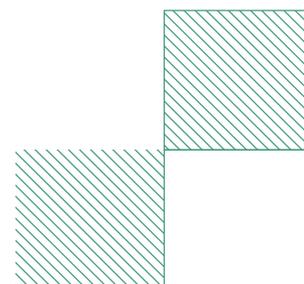
domesticaron los vegetales. Se sabe que eran sociedades descentralizadas simples de cazadores-recolectores y agricultores seminómadas que habitaban casas comunales de construcción simple y perecedera de diez a diecinueve familias. Al igual que los guaraníes modernos, se unían y organizaban en lazos de parentesco que compartían una perspectiva cosmológica común. Con frecuencia trasladaban sus aldeas o campamentos según la disponibilidad de los recursos hacia zonas que ofrecieran mejores condiciones. Su economía era mixta, basada en la caza y la recolección, como así también en la agricultura de diferentes variedades de vegetales como papa, maní, frijoles y sobre todo el maíz. Para organizar sus plantaciones utilizaban el sistema de tala y quema (o sistema de roza), que practicaban rotando periódicamente el uso de los suelos para no agotarlos.

La gran familia tupí guaraní eran típicos cultivadores amazónicos y buenos ceramistas, provenían del Amazonas medio, desde donde iniciaron sus desplazamientos siguiendo el curso de los ríos, hacia las cuencas del Paraná, Paraguay y Uruguay. Esta gran dispersión geográfica indica las largas migraciones que emprendieron sus antepasados, que continuaron aun después del inicio de la colonización. Algunos de los pueblos cuyas lenguas pertenecen a la familia tupí-guaraní de la Amazonía brasileña se encuentran distribuidos en los estados de Maranhao, Pará, Amapá, Amazonas, Mato Grosso, Rondonia y Tocantins.

La familia lingüística tupí-guaraní en Paraguay estaría formada por unas veintiseis lenguas. De las seis etnias que hablan lenguas de la familia guaraní, cuatro se sitúan en la región oriental de Paraguay, dos en el centro y extremo noroeste del Chaco, hacia la frontera con Bolivia de donde transmigraron. Los guaraníes viven en comunidades, y en esas comunidades prácticamente todos son indígenas del mismo pueblo, sin mezcla con otras etnias. Los avá-guaraníes de los departamentos Canindeyú, Alto Paraná y San Pedro serían el pueblo que manifiesta mayor contacto con la sociedad occidental, con una larga tradición de trabajo temporal en los yerbales y estancias.

Los mbyás, al menos hasta la década de los años sesenta, podían ser considerados sin contacto real con la población paraguaya; solo la colonización de menonitas y los programas de colonización de los últimos cincuenta años, que conllevan la deforestación masiva para agricultura de exportación y estancias de ganado, ha afectado su hábitat y modo de vida, al igual que a los paí-tavyterás, aunque ya habituados a esporádicos trabajos de changa y peonaje. Son los únicos que conservan los rituales de la iniciación masculina, que comporta la perforación del labio inferior en el cual colocan un tembetá. Los avá procedían de la región del bajo Amazonas, pero en el siglo XV, cruzaron el Gran Chaco de Este a Oeste y se asentaron en las regiones cerca de los Andes, que actualmente pertenecen a Argentina y Bolivia. Tras resistir el avance de los inkas en el siglo XVI, fueron temidos por los españoles, con quienes intercambiaron armas de fuego por esclavos chané.

En la región del Gran Chaco y del nordeste argentino en sentido amplio, se encuentra la mayor diversidad de culturas y lenguas habladas por indígenas avá-guaraní y mocoví, que declararon pertenecer o descender del pueblo guaraní o tupí-guaraní, pero se puede deducir que esta población de las provincias de Salta y Jujuy, puede subsumirse en el pueblo avá-guaraní. Las diferentes denominaciones corresponderían a la dinámica identitaria de este pueblo y sus subgrupos, que a través de diferentes nombres expresan y regulan sus relaciones interétnicas y su sistema de representatividad social.





La duda surge con la concentración de población guaraní en las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones: chané, tapiete, mbyáguaraní, chorote, nivaclé, tonocoté, toba, pilagá, mocoví, wichís, de la familia lingüística mataco-mataguaya y su lengua es la lengua indígena más vital de la Argentina. Los tobas se encuentran en las provincias argentinas de Chaco y Formosa y los pilagás, mayormente en la provincia de Formosa.

La lengua avá (sería el término más correcto, ya que la palabra chiriguano es ofensiva) se habla en Chaco (Paraguay), en Tarija (Bolivia), Jujuy y Salta (Argentina), y es hablada por menos de 100 000 personas.

LAS SOCIEDADES DEL ARAUCO, PAMPA Y PATAGONIA

Al occidente de los Andes, los grupos que poblaban en el centro sur del actual territorio chileno fueron quienes más resistencia opusieron al avance incaico. Sus entradas no pudieron avanzar más allá del río Maule. Las características ambientales de la región ofrecían recursos y condiciones absolutamente convenientes para el asentamiento humano, que disponía de un paisaje boscoso —con predominio del roble y la araucaria—, suelos fértiles, abundante lluvia, cuencas lacustres y sobre el faldeo cordillerano, altas montañas y volcanes nevados donde nacen los numerosos ríos que atraviesan la región de Este a Oeste.

Los inkas llamaron «aucas» a sus habitantes, término que utilizaban para denominar a los grupos rebeldes o belicosos —que los conquistadores llamaron araucanos, derivado de Arauco, región donde residía la mayor concentración de población—, aunque los descendientes actuales se denominan mapuches (gente de la tierra) y, según fuentes del siglo XVI, habrían usado el etnónimo «reche» (gente verdadera). Estos grupos eran descendientes de antiguos pueblos agroalfareros formados en la interacción regional con otros grupos andinos y de las tierras orientales a los Andes. No constituyeron una unidad política, pero hablaban (y hablan) una lengua común, el mapuzugun (lengua de la tierra), y compartían un territorio común, al que denominan Wall Mapu (tierra ancestral o circundante) que abarcaba el Ngulu Mapu (de los Andes al Pacífico, actual Chile) y el Puel Mapu (Tierra del Este, de los Andes al Atlántico), incluyendo a los distintos grupos que habitaron la extensa llanura pampeana y los valles lacustres del este cordillerano.

Eran sociedades aldeanas semipermanentes que habitaban en rucas (viviendas construidas con materiales perecederos), sin diferencias sociales establecidas, salvo las derivadas del prestigio o la autoridad. Si bien no tuvieron estructuras políticas burocráticas, registraban formas de gobierno directo o semidirecto, a partir de las juntas o consejos convocados por los jefes o lonkos (cabeza de la comunidad), con asistencia de las diversas lof (comunidades). Pero cada uno gobernaba su jurisdicción, sin ninguna dependencia ni subordinación a otro. Su autoridad se cimentaba en el linaje, el prestigio, el valor como guerreros, la acumulación de bienes, la generosidad y la capacidad de oratoria que desplegaban en los consejos colectivos.

Si se organizaban alianzas, llamaban gúlmen o úlmen a quien las encabezaba, en tanto que los jefes guerreros o toqui, surgían del reconocimiento colectivo a su valentía y destreza en la conducción de la guerra.

Organizaron su economía a partir de prácticas hortícolas estacionales, de

cultivos que se adaptaron al territorio (papa, batata, calabaza, ajíes, poroto, teca, maíz y otros granos) sin abandonar la caza (guanacos, huemules) y la recolección de frutos que le permitían los bosques de robles y araucarias. Más allá de la actividad horticultora y pastoril, se destacaron por tres actividades artesanales de importante calidad: sus mujeres fueron, entre otros aspectos, excelentes tejedoras de una fina textilería elaborada a partir de la utilización de la lana de llama y de guanaco, y sus hombres fueron delicados orfebres en el trabajo de la plata, además de la producción alfarera y de cestería.

En tanto comunidades agrícola-pastoriles, la principal ceremonia religiosa era y es el Nguillatún, rogativa que los reunía anualmente para agradecer y pedir a dioses y antepasados por el bienestar común, la abundancia de las cosechas, la fertilidad de los campos y de las majadas. Los responsables de presidir las ceremonias rogativas e interceder con el mundo simbólico-religioso eran los machi (sabios o chamanes), que bien podían ser mujeres o varones.

Dentro de las parcialidades del tronco mapuche o araucano, puede situarse en el Ngulu Mapu, los chiquillanes, y por la banda de la costa a los cuncos que vivían al sur del río Valdivia, hasta el Archipiélago de Chiloé, a los huilliches, que habitaron la mayor parte de la Región de los Lagos, desde el Villarrica al Sur (lo que hoy se llama Chiloé Continental); en el Puel Mapu, en la vertiente oriental de los Andes, entre el sur de la actual Mendoza y Valcheta, a los pehuenches (gente de la tierra del Pehuén), más al Sur, en torno al lago Nahuel Huapi, se ubicaban los poyas y los puelches (gente del Este).

Las llanuras pampeanas y la región norte de la Patagonia eran habitadas por los chewel che o tehuelches (gente brava).

La mayoría de los especialistas está de acuerdo en que el Río Chubut separaba a dos grandes parcialidades: los tehuelches meridionales (que se extendían por el Sur, hasta el estrecho de Magallanes) y los tehuelches septentrionales (que llegaban por el Norte hasta el Río Colorado y el Río Negro). La presencia o no de tehuelches en la región pampeana es fuente de polémicas entre los investigadores, que tampoco se han puesto de acuerdo sobre la existencia de una subdivisión separada denominada «pampa» y de cuál sería la relación y límites que tenían con los mapuches, para quienes eran puelches, ya que habitaban las tierras del Este.

El componente septentrional de los tehuelches se ubicó entre el norte del Chubut y del Río Negro, con incursiones por el sur de la provincia de Buenos Aires, en Sierra de la Ventana y el sudeste de la provincia de La Pampa.

Formaban clanes familiares que reconocían la autoridad de un jefe sobre una determinada región. Habitaban en grandes toldos formados por cueros de guanacos unidos entre sí, que formaban grandes carpas de 6 a 7 m de diámetro donde se desarrollaba toda la vida familiar. Durante cada temporada, se movilizaban a pie en pequeños grupos por circuitos determinados, predominantemente de oeste a este y viceversa, acampando a orillas de lagunas y cursos de agua en campamentos temporales.

Tuvieron un modelo económico cazador-recolector: como cazadores de guanacos, ciervos, ñandúes, coipos, vizcachas y mulitas, la utilización del arco y la flecha fue un elemento tecnológico de enorme importancia por su efectividad y versatilidad a distancia. Esto les permitió desarrollar estrategias de subsistencia más efectivas y obtener mayor cantidad de presas. Pero, además, consumían



pescado, sobre todo, en la Depresión del Salado y en el noreste rioplatense. Como recolectores, aprovecharon la algarroba, la miel, el molle y piñones de la araucaria —alimento principal— del que extraían harina para hacer pan o fermentados de los que obtenían bebidas alcohólicas. El manejo de la agricultura ha sido motivo de controversia, pero el reciente hallazgo de restos de maíz carbonizados en Cueva Tixi (Sistema de Tandilia) abrió nuevamente el debate. Si bien la alfarería dentro de la región pampeana es un tema poco tratado, fue otra innovación importante que permitió preparar alimentos calientes, conservar líquidos y otras formas de almacenamiento en piezas de vasijas abiertas con decoraciones incisas de motivos geométricos.

Practicaron mecanismos de intercambio con grupos extrapampeanos, tanto del oeste andino como de los grupos querandíes y guaraníes del Delta y del Paraná. En el largo proceso de interacción e intercambios entre los distintos grupos, circularon conocimientos, conceptos e ideas comunes que, con el tiempo, fueron consolidándose en modos de vida comunes entre estas sociedades.

Este modo de vida fue el que observaron y describieron los primeros conquistadores, quienes dieron nombres genéricos a distintos pobladores de Pampa y Patagonia, como por ejemplo, Tehuelches o Patagones. Sin embargo, esos modos generalizados de vida poseían diferencias regionales entre grupos, con variedades dialectales y distintos sistemas simbólicos de expresión, que reconocían pertenencias territoriales propias y ajenas.

UNA HISTORIA SILENCIADA

Hasta aquí se ha trazado una brevísima referencia a la historia americana anterior a la llegada del europeo. Una historia muchas veces silenciada, desdibujada, invisibilizada o reducida a unas pocas centurias y, básicamente, a tres de las numerosísimas culturas americanas.

No es posible una auténtica liberación de la semicolonialidad sino se busca tomar distancia de una visión eurocéntrica sobre nosotros mismos. Es fundamental emancipar el estudio de lo americano de la mirada «racialista» que niega al «otro» indígena como sujeto político, constructor y transformador de la realidad social; como sujeto de derecho generador de cultura y de derecho al respeto de la propia cultura, en un plano de absoluta igualdad y relación de interculturalidad.

No es nuevo este planteo. Ya había sido señalado por José Martí (1891) una serie de ideas que dieron sustento al siglo americano de Nuestra América, una serie de ideas que otros —como Mariátegui, Osvaldo de Andrade, Fernando Ortiz y Darcy Ribeiro— han continuado.

La idea principal de este programa es que Nuestra América se halla en las antípodas de la América europea. Es la América mestiza fundada por el cruzamiento, a veces violento, de mucha sangre europea, india y africana. Es la América capaz de sondear en sus propias raíces para después edificar un conocimiento y un gobierno que no fueran de importación, y que estuvieran adecuados a su realidad. Sus raíces más profundas se hallan en las luchas de los pueblos amerindios contra los invasores; es ahí donde están los verdaderos precursores de los independentistas latinoamericanos. Se pregunta Martí: «¿No es acaso evidente que América fue paralizada por el mismo golpe que paralizó a los indios?» y se responde: «hasta que los indios no caminen, América misma no comenzará a caminar bien».